

Pontificia Universidad Católica Argentina

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Historia

DE • REBUS • ANTIQVIS

ISSN 2250-4923

Nº 6 - 2016



PEHG

Proyecto de Estudios
Históricos Grecorromanos

AUTORIDADES

Pontificia Universidad Católica Argentina

Rector

Mons. Dr. Víctor Manuel Fernández

Vicerrector de Asuntos Académicos e Institucionales

Dr. Gabriel Limodio

Vicerrectora de Investigación

Dra. María Clara Zamora

Facultad de Ciencias Sociales

Dra. Liliana Pantano

Secretario Académico

Dr. Roberto Aras

Director del Departamento de Historia

Dr. Horacio García Bossio

Proyecto de Estudios Grecorromanos (PEHG)

Directora

Dra. Graciela Gómez Aso

Secretaria

Lic. Lorena Esteller

De Rebus Antiquis

Directora

Dra. Graciela Gómez Aso

Editor

Lic. Juan Pablo Alfaro

Secretaria de redacción

Lic. Lorena Esteller

Colaborador de edición

Rodrigo Candiano

CONSEJO EDITOR

- Florencio Hubeñak:** Pontificia Universidad Católica Argentina
Giuseppe Zecchini: Università Cattolica del Sacro Cuore (Milán, Italia)
Hugo Bauzá: Universidad de Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias
Pablo C. Díaz: Universidad de Salamanca (España)
Renán Frighetto: Universidade Federal do Paraná (Brasil)
Raúl Buono-Cuore: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile)
Margarida María de Carvalho: Universidade Estadual Paulista / Franca (Brasil)
Viviana Boch: Universidad Nacional de Cuyo
Ana Teresa Marques Gonçalves: Universidade Federal de Goiás (Brasil)

Las opiniones vertidas por los autores reflejan sus criterios personales y la revista no se hace responsable por las mismas. Los autores de los artículos publicados en el presente número ceden sus derechos a la editorial, en forma no exclusiva, para que incorpore la versión digital de los mismos al Repositorio Institucional de la Universidad Católica Argentina, como así también a otras bases de datos que considere de relevancia académica.

ÍNDICE:

1. Autoridades, Staff y Consejo Editor	i
2. Índice	iii
3. Artículos:	
- AGUSTÍN MORENO (CONICET-UNC) <i>La otredad étnica en las fuentes literarias romanas: un pequeño recorrido bibliográfico y algunos aportes</i>	1-28
- CÉSAR SIERRA MARTÍN (Università della Calabria) <i>Pólis Týrannos. El dêmos ateniense como aristócrata indeseado en el pensamiento político del siglo V a.C.</i>	29-52
- DIEGO PAIARO (Univ. Nac. Gral. Sarmiento – UBA) <i>El discurso aristocrático sobre el fin de la tiranía en Atenas y la teoría democrática</i>	53-93
- VIVIANA BOCH (Universidad Nacional de Cuyo - UCA) <i>¿Enemigos de Roma? Disquisiciones políticas en tiempos de Honorio</i>	94-107
- JUAN PABLO ALFARO (UCA) <i>Inversión sócio-política en la corte imperial de Calígula</i>	108-125
4. Conferencia:	
- PABLO UBIERNA (CONICET-UBA) <i>Discurso aristocrático y expectativas populares en Bizancio: La crisis de Roma-Bizancio en perspectiva escatológica</i>	126-138
5. Reseñas Bibliográficas:	
- Fraschetti, Augusto (2014). <i>Marco Aurelio. La miseria de la filosofía</i> . Madrid: Marcial Pons Historia. LORENA ESTELLER.....	139-140
- Beard, Mary (2016). <i>SPQR: Una historia de la antigua Roma</i> . Barcelona: Crítica. RODRIGO CANDIANO.....	140-142
- Campbell, Brian (2013). <i>Historia de Roma. Desde los orígenes hasta la caída del Imperio</i> . Barcelona: Crítica. JUAN PABLO ALFARO.....	142-145

ARTÍCULOS

**LA OTREDAD ÉTNICA EN LAS FUENTES LITERARIAS ROMANAS:
UN PEQUEÑO RECORRIDO BIBLIOGRÁFICO Y ALGUNOS APORTES**

Ethnic otherness in roman literary sources: a short bibliographic survey and some contributions

(artículo recepcionado el 27/07/2016, aceptado el 29/11/2012)

AGUSTÍN MORENO

CIECS (CONICET-UNC)

agustinmoreno2003@yahoo.com.ar

Abstract: The present essay deals with approaches to the subject of ethnic otherness in Roman literary sources. The first part exposes an overview of how the theme has been worked by classics researchers in the last century. Our interest there is to highlight important aspects of the researchers' contexts that break in their analysis of the Roman past. In the second part of the essay, we aim at presenting some contributions that could be of help at the moment we approach the Roman literary sources.

Keywords: Rome – ethnic otherness – racism – ethnic stereotypes

Resumen: El presente trabajo estudia algunas aproximaciones destacadas al tema de la otredad étnica en las fuentes literarias romanas. La primera parte expone un panorama de las lecturas que han ofrecido investigadores del campo de los estudios clásicos en el último siglo. Nuestro interés allí es resaltar aspectos importantes del contexto propio de los investigadores que se han filtrado en sus análisis del pasado romano. En la segunda parte del artículo, pretendemos ofrecer algunas contribuciones que podrían ser de utilidad en el momento de leer sobre la cuestión del otro en las fuentes literarias romanas.

Palabras Clave: Roma – otredad étnica – racismo – estereotipos étnicos

1. Introducción

“Es un mundo, y es sólo sumergiéndose totalmente en él, intentando desembarazarse de todo prejuicio, de toda asimilación de lo

que uno conoce, que uno puede intentar escapar al anacronismo.”¹

El tema de la otredad étnica en la literatura grecolatina ha dado lugar a numerosos estudios. Incluso, si nos restringimos al mundo romano, la bibliografía se ha multiplicado con las diferentes perspectivas empleadas, las fuentes trabajadas y la especialización de las investigaciones, todo lo cual la ha hecho prácticamente inabarcable. Es por ello que hemos optado aquí, en una primera instancia, por detenernos en obras representativas de distintos momentos del desarrollo de la investigación sobre la materia y, especialmente, en obras de síntesis que aún tienen recepción en los últimos trabajos y que resumen los avances anteriores desde distintas perspectivas.

En esa primera parte del trabajo nuestro interés es resaltar aspectos teóricos generales que tienen que ver con el abordaje del material que ofrecen las fuentes literarias. Más precisamente, desde dónde se las interroga. Luego, en una segunda instancia nos detendremos a reflexionar sobre algunas nociones más precisas que encontramos en esas obras o que éstas han descuidado, para, de ese modo, establecer herramientas conceptuales útiles y pertinentes para analizar los aspectos relacionados con la otredad étnica en el contexto sociocultural en que son producidas.

2. Un breve recorrido bibliográfico

Tomaremos como punto de partida el libro de Theodore Johannes HAARHOFF,² *The Stranger at the Gate*, publicado por primera vez en 1938 por Longmans, Green, and Co. y por segunda vez en 1948 por Blackwell, luego de que el bombardeo alemán destruyera en diciembre de 1940 en Londres las

¹ “C’est un monde, et ce n’est qu’en s’y plongeant totalement, en essayant de se débarrasser de tout préjugé, de toute assimilation à ce que l’on connaît, qu’on peut tenter d’échapper à l’anachronisme.” (VEYNE, 2005: 28. Trad. propia).

² Para noticias biográficas de T. J. HAARHOFF, ver: T. J. HAARHOFF (1951: ii), A. PETRIE (1958: 9 y 13) y R. WHITAKER (1997: 6-7), con más referencias.

oficinas de la primera editorial y el stock de la primera edición.³ La obra estudia en sus dos primeras partes la relación de griegos y de romanos con el otro,⁴ cuestión en la que el autor considera que puede realizar un aporte por el bilingüismo cultural -inglés y afrikáans- que él maneja por formar parte de la sociedad sudafricana.⁵ Un aspecto, afirma, que lo diferencia de otros investigadores que han tratado el tema.⁶

Pero, lo que marca su trabajo es lo que señala en el subtítulo del mismo, *Aspects of Exclusiveness and Co-operation in Ancient Greece and Rome, with some Reference to Modern Times*,⁷ donde se trasluce la verdadera preocupación que inquieta a HAARHOFF, los problemas raciales que sacuden a su país, lo que

³ Sobre la destrucción de la primera edición, cfr. T. J. HAARHOFF (1951: vii). Aquí usamos la reimpresión de la segunda edición publicada en 1951 por The Beacon Press en Boston.

⁴ Ver más abajo, al comienzo del segundo apartado, para una precisión del concepto.

⁵ Su preocupación por el tema de la lengua y literatura afrikáner en este libro se puede ver en pp. v-vi, 170, 204, 299-300, 309-326. La preocupación por la incorporación de la lengua afrikáans en la educación sudafricana ya la muestra HAARHOFF en el prefacio al primero de sus trabajos sobre la antigüedad, *Schools of Gaul. A Study of Pagan and Christian Education in the Last Century of the Western Empire* (Oxford, 1920). Consultar también la comparación que realiza en página 255 de ese trabajo. Sobre este punto es interesante lo que señala Jo-Marie CLAASSEN: "A great part of the strong emphasis of Afrikaans-speakers on their language during the early part of the 20th century stemmed from a memory of the 'dunce caps' and 'shaming boards' school children were made to wear if they dared to speak 'Dutch' (Afrikaans) at school early in the 20th century, after the defeat of the Boers by the British in 1902. From this arose the Afrikaans-speakers' struggle to have own schools as opposed to, at best, dual-medium schools. From this, too, would have come the CASA founders' stress on the need for (Afrikaans-English) bilingualism. English-speaking Classicists (especially those from Oxbridge) were notoriously unilingual, whereas most Afrikaans-speaking academics have always been able to speak both languages. This factor, rather than a white-towards-black racist agenda, may have influenced the makeup of the CASA Executive of the early years..." (2012: 177). El tema de la educación en lengua materna, resalta la autora, aún está candente en Sudáfrica (2012: 177-178).

⁶ Así, en el prefacio leemos: "This is a kind of problem we have in South Africa- a problem little understood by people from unilingual European countries, or even by those from Switzerland, Belgium or Canada, where territorial segregation places the question on a different footing." (1951: v). Esta cuestión es resaltada, entre otros, por H. W. PARKE (1939: 481) y por Aubrey DILLER (1941: 108), quien cita una afirmación similar a ésta, que figura en la edición de 1938 del libro de HAARHOFF: "a problem not readily understood in unilingual countries –the co-operation of two languages and cultures in a single state without prejudice to the individuality of either." También Malcolm F. MCGREGOR, en su reseña para la segunda edición, resalta la cuestión, aunque corrigiendo que Canadá es, asimismo, oficialmente bilingüe (1951: 207-208).

⁷ En la edición de 1951 el subtítulo dice *Aspects of isolationism and co-operation in ancient Greece and Rome, with reference to modern tensions between races and nations*.

será considerado en la tercera parte del libro.⁸ Es esa misma preocupación la que ha llevado a algunos de sus reseñadores a criticar un notorio subjetivismo en el planteo de la temática en la obra, puesto que esta cuestión permea el análisis de los casos griego y romano, el primer pueblo asimilado a los británicos y el segundo a los afrikáneres.⁹ Asimismo, se le reprocha al autor el presentar negativamente a los griegos y ensalzar sobremanera a los romanos, porque sí lograron llevar a la práctica las ideas de los primeros sobre la incorporación del otro.¹⁰

Estas dos cuestiones, como se advierte, están inextricablemente relacionadas en el libro, donde HAARHOFF propone que es de los segundos - especialmente del período de Augusto, cuando se dio la síntesis de las culturas

⁸ Esta preocupación está implícita ya en la dedicatoria con que se abre la edición de 1951: “To the spirit of racial co-operation”.

⁹ Esto se observa claramente, por ejemplo, cuando defiende el paralelo entre romanos y campesinos boers que había planteado anteriormente en *Vergil in the Experience of South Africa*: “To our main thesis, it has been objected that the Romans were the war-victors and the Greeks the conquered; whereas the English (though oversea influences are not confined to them) were the war-winners and the Afrikaners the vanquished. It may be answered that if the Afrikaner lost the war, he won the peace, and is in actual politics in a ruling position to-day; but, just as the Roman was captured and captivated by Hellenic culture and was a willing captive, so the Afrikaner should be willingly captivated by what is good and refined in the oversea culture and make it his own, thus creating a new citizen, as the Roman did; not an Englishman or a Boer, but a South African, in whose cultural tradition the individuality of neither element has suffered violence. This example of two cultures reinforcing each other in the same person, is regarded by many people as an impossible myth. It has been the object of this study to show that it was, historically, clothed in flesh and blood.” (1951: 295). Y a continuación critica HAARHOFF a aquellos que trazan la comparación entre los germanos de Tácito y los boers (1951: 295-296). De todos modos, más adelante, HAARHOFF precisa que los boers serían comparables con los primeros romanos, mientras que los ingleses lo serían con los romanos imperiales. Tras observar esto, el autor subraya asimismo las similitudes que existen también entre ingleses y afrikáneres (1951: 302-307). Sobre la recepción de estos paralelos (afrikáner-romano e inglés-griego), fundamentalmente del romano con el afrikáner, ver: H. W. PARKE (1939: 482), A. N. SHERWIN-WHITE (1949: 126), A. PETRIE (1958: 12) y R. WHITAKER (1997: 8-9). Como señala Alexander PETRIE, T. J. HAARHOFF no fue el único en trazar estos paralelos. Conexiones entre el afrikáner y los romanos -y griegos- han sido identificados por Richard EVANS (2007) en la arquitectura del monumento al Voortrekker construido en Pretoria. Citado con asentimiento por W. J. DOMINIK (2013: 103).

¹⁰ Sobre la mirada subjetiva de HAARHOFF, ver H. W. PARKE (1939: 481) y L. EDELSTEIN (1952: 186). Sobre la presentación positiva de los romanos y desfavorable de los griegos, ver: A. DILLER (1941: 109, con respuesta de HAARHOFF, 1941), P. A. BRUNT (1949), A. N. SHERWIN-WHITE (1949: 126), M. F. MCGREGOR (1951: 207) y L. EDELSTEIN, quien subraya: “We have suffered long enough from those who are wont to idolize the Greeks. Why is it necessary now to idolize the Romans?” (1952: 186).

griega y romana¹¹ que la sociedad sudafricana debe tomar el ejemplo para llevar adelante el espíritu de cooperación racial que él promulga. Éste consiste en promover un *modus vivendi* en el que la tolerancia y el respeto por las tradiciones y cultura de cada grupo prevalezcan y den nacimiento a un todo que es más que la mera suma de las partes que lo enriquecen.¹² Un deseo en el que sólo estaban llamados a participar afrikáneres e ingleses, quedando al margen del mismo la población bantú.¹³ HAARHOFF señala que los romanos no tenían el problema que sí tenían los sudafricanos con la población negra, por la cual estos últimos veían amenazada su tradición.¹⁴ Frente a dicha población aquél defenderá una postura paternalista; los blancos, superiores por su cultura europea occidental, debían asumir la tarea de educar y controlar a los bantúes.¹⁵

¹¹ Cfr. por ejemplo, pp. 259-261, 265-274, 333-334.

¹² Una propuesta, vinculada con la doctrina del holismo de Jan Smuts, que ya había defendido anteriormente (WHITAKER, 1997: 7-10) y que también defenderá posteriormente en *Why not be friends? Natural Apartheid and Natural Friendliness* (1956). Años después, se puede leer una alabanza a este pensamiento de T. J. HAARHOFF en el texto de A. PETRIE (1958: 12-13) con que se abre el primer número de *Acta Classica*, el cual, por cierto, es dedicado a HAARHOFF. Para el holismo en *Stranger at the Gate*, ver pp. vi, 5, 64, 240, 265 y, especialmente, 327-332.

¹³ Richard WHITAKER (1997: 9-10) hace notar en su análisis de pasajes de obras precedentes (*Die Klassieke in Suid-Afrika* (1931) y *Vergil in the Experience of South Africa* (1931)) que el deseo de HAARHOFF se limitaba a considerar a pueblos de la cultura europea occidental. Esto mismo se observa en el caso de *The Stranger at the Gate* (1951: i).

¹⁴ “A point of difference between the Republics and Rome that leaps to the eye is the attitude to coloured races. This is partly a difference of circumstances. The Mediterranean countries have never been threatened by overwhelming numbers of negroes and have never felt the racial repulsion that is natural to most Northern Europeans. Consequently in addition to the general and admirable absence of race-feeling in Italy, there has never even been any colour-prejudice. With the Northern Europeans there is often an absence of such feeling too; though it has been observed that when the abstract philanthropist is made to live among coloured races, his attitude undergoes a sea-change. But in the Republics you had a handful of whites, painfully pioneering and fighting for their existence against an overwhelming sea of blacks. At that stage, a rigid exclusiveness was all that could be expected. Had it not been rigid, the descendants of the Voortrekkers would to-day quite certainly have been coffee-coloured; and Mr. Shaw may think that desirable, but South Africans do not. However much it may be disguised by aggressiveness and rationalisation, fear is at the root of the Afrikaner’s attitude to the Bantu.” (1951: 299).

¹⁵ Sobre la discriminación hacia la población negra y la postura paternalista, ver: T. J. HAARHOFF (1951: 2-4, 299-300), R. WHITAKER (1997: 5, 10-11) y L. CANFORA, quien resume la postura de Haarhoff del siguiente modo: “Parece creer -para continuar con la «metáfora» antigua- que la función de los negros en la sociedad sudafricana dominada por los modernos griegos y romanos (es decir, por los ingleses y los boers) sea muy semejante a la de los bárbaros (o de los no libres) en el mundo greco-romano (el auténtico). No se trata de una visión nueva, ya había salido a la luz en el siglo XIX, en una situación en cierto modo similar, en la cultura sudista de los Estados Unidos de América: el «modelo griego», la perspectiva ilusoria de una democracia inseparable de

Aunque la recepción del libro no parece haber sido muy buena en todos los ámbitos,¹⁶ la crítica positiva de Dacre BALSDON a la primera edición publicada en 1940 en *The Journal of Roman Studies* y la bienvenida de la segunda edición, aunque con algunos reparos sobre el análisis del caso romano, por Peter BRUNT publicada en la misma revista en 1949 radicaría, afirma Emma DENCH, en otra causa social, política y cultural de fondo, la postura inglesa de ser una raza mixta frente a la pureza racial que defendían los nazis. No obstante, una mixtura que sólo era bien vista cuando se trataba de pueblos europeos.¹⁷ Así, podemos leer aún en 1965 en un artículo de BRUNT que reflexiona sobre el imperio británico y el imperio romano:

la esclavitud, presentada paternalísticamente como benéfica para el esclavo-plantador, y confiada a la «bondad» del propietario, una condición muy distinta de la alienante y perjudicial del obrero «libre».” (1991: 232). Para el caso de la cultura sudista de Estados Unidos en el s. XIX, ver L. CANFORA (1991: 30-33).

¹⁶ Consultar las reseñas de H. W. PARKE (1939) y, especialmente, A. DILLER (1941) sobre la primera edición y las de A. N. SHERWIN-WHITE (1949), L. EDELSTEIN (1952) y, especialmente, la demoleadora de M. F. MCGREGOR (1952) sobre la segunda.

¹⁷ Quizá en la misma línea haya que pensar la reseña positiva de John Hope SIMPSON (1941). El caso de la mixtura de raza interpretada como un aspecto positivo antes y después de la Segunda Guerra Mundial en Gran Bretaña y Sudáfrica, “sociedades mixtas”, es tratado por E. DENCH (2005: 229-231), quien aclara que dicha mezcla se limita a pueblos europeos y deja al margen a otros pueblos, como hemos observado en el caso de T. J. HAARHOFF: “It is however, doubtful that such pride would encompass ‘mixture’ with non-European peoples, such as Afro-Caribbean peoples or those from the Indian subcontinent: the particular combination of imperial history and racial theory would make this a problematic supposition.” (2005: 230). DENCH se detiene para el caso de Gran Bretaña, especialmente, en Humfrey GROSE-HODGE (2005: 229-230, 231 n. 22). Un ejemplo explícito de la visión positiva de la mixtura de razas para un inglés lo encontramos en la crítica siguiente de BAYNES a la tesis que Martin Persson NILSSON sostiene en *Imperial Rome*: “I confess that as soon as the word ‘race’ is introduced into any discussion I realise that my only safe course lies in a resolute silence, for I have never been able to understand the precise significance of that ambiguous term. But when folk begin to ascribe all kinds of moral and spiritual failings to race-mixture it will hardly be expected that an Englishman will accept the insinuation without a protest. It is beyond calculation to estimate how many races and peoples have gone to his ethnological make-up, and he will not readily admit that the results of ‘mongrelisation’ have in his case been wholly deplorable. As an Englishman I am unlikely to discuss dispassionately the theory of Professor Nilsson. And unfortunately I am also a student of Byzantine history and as such I am convinced that the essential condition of the prosperity of the later Roman Empire was its possession of Asia Minor –that reservoir alike of money and of men. And Asia Minor of the Byzantines was surely man’s most stupendous effort in race-mixture to which history can point: it was an ethnological museum. Professor Nilsson, to be quite frank, will have his work cut out to persuade an English Byzantinist that race-mixture is of necessity so poisonous and deadly a process. I had better leave it at that: you had best form your own judgment on the theory without further comment from me.” [1943: 33]

“Los romanos también podían hablar con desprecio de pueblos nacidos para la servidumbre, o deplorar la mixtura de raza... Pero la siempre creciente importancia de provincianos, incluso del este, demuestra que expresiones ocasionales de racismo no estaban en su mejor momento. Ciertamente, no había segregación racial, quizá porque el imperio no contenía negros y porque las características físicas de los italianos no diferían mucho de aquellas de la mayoría de los sirios. Si los hombres eran romanos por cultura y sentimiento, eran por tanto romanos. El término “negraco” no puede ser traducido al griego o al latín.”¹⁸

De todos modos, es interesante notar que la idea de mezcla racial no era un rasgo positivo para todos los investigadores del período, como se advierte, por ejemplo en el artículo “Race Mixture in the Roman Empire” publicado en 1916 por Tenney FRANK, donde se defiende la hipótesis de que la introducción de población foránea en Italia trajo como consecuencia con el correr del tiempo un cambio en la conformación de la raza que llevó paulatinamente a la ruina de Roma, que se desvirtuó con la incorporación de elementos de la cultura del Mediterráneo oriental.¹⁹ Dicho de otro modo, la contaminación de la raza superior

¹⁸ “Romans too could speak with contempt of peoples born to servitude, or deplore race mixture... But the ever increasing importance of provincials, even from the east, demonstrates that occasional expressions of racialism were of no great moment. Certainly there was no colour bar, perhaps because the empire contained no negroes and because the physical characteristics of Italians do not differ much from those of most Syrians. If by culture and sentiment men were Romans, Romans they were. The term “Wog” cannot be translated into Greek or Latin” (BRUNT 1965: 287 = 1990: 132). Traducción propia.

¹⁹ El punto de partida que plantea T. FRANK, deducir el origen griego de las personas de los nombres griegos en las inscripciones que analiza, es puesto en duda por M. L. GORDON (1924, aceptado por HAARHOFF (1951: 229 y 231) y BAYNES (1943: 32)), quien, asimismo, pone en cuestión la idea de orientalización y, por ello, decadencia de la sociedad romana como la presenta Frank, sin por ello escapar ella tampoco, como hacen notar POTTER (2001: 318 n. 1) y KOPFF (2005: 74-76), a una postura determinista. Por su parte, BAYNES (1943: 32-33) hace notar que el universo que toma Frank no resulta representativo de la población esclava en general de la ciudad durante los siglos analizados (13900 casos sobre un número posible de 4800000 de muertes posibles) y resalta que los ejemplos que toma Frank proceden de *columbaria* imperiales y aristocráticos. Igualmente, nótese la distancia que toma HAARHOFF (1951: 229) ante las posturas biologicistas como la de FRANK y, especialmente, contra la visión totalmente negativa de los elementos del Orientalismo que postula el autor estadounidense. Una interpretación biologicista diferente leemos en F. J. LOS (1968), quien se muestra dubitativo ante la idea de FRANK de que en la mezcla de razas haya una causa de decadencia (1968: 18), pero relaciona la decadencia romana con el decaimiento de los genes nórdicos en la población.

por las inferiores habría sido la causa que condujo a la caída del imperio.²⁰ Una tesis que FRANK reiterará en trabajos posteriores²¹ y que guarda relación con la situación particular que advertía el autor en el contexto estadounidense en que llevó a cabo su trabajo: la necesidad de desarrollar un gobierno eficaz sin tener que abandonar las instituciones democráticas. Los estadounidenses debían aprender del error romano, quienes, por un equivocado humanitarismo, habían otorgado fácilmente la ciudadanía a hordas de esclavos que terminaron por corromper su raza y alterar aspectos culturales y políticos esenciales de su sociedad.²²

Ya en la segunda mitad de los '60 Adrian Nicholas SHERWIN-WHITE publicó un libro que reúne sus tres conferencias dictadas entre 1965 y 1966 en el

²⁰ “Be the causes what they may, the rapid decrease of the old aristocracy and the native stock was clearly concomitant with a twofold increase from below: by a more normal birth-rate of the poor, and the constant manumission of slaves.

This Orientalizing of Rome’s populace has a more important bearing than is usually accorded it upon the larger question from those of the republic, if indeed racial characteristics are not wholly a myth. There is to-day a healthy activity in the study of the economic factors –unscientific finance, fiscal agriculture, inadequate support of industry and commerce, etc.– that contributed to Rome’s decline. But what lay behind and constantly reacted upon all such causes of Rome’s disintegration was, after all, to a considerable extent, the fact that the people who built Rome had given way to a different race. The lack of energy and enterprise, the failure of foresight and common sense, the weakening of moral and political stamina, all were concomitant with the gradual diminution of the stock which, during the earlier days, had displayed these qualities. ...It is apparent that at least the political and moral qualities which counted most in the building of the Italian federation, the army organization, the provincial administrative system of the republic, were the qualities most needed in holding the empire together. And however brilliant the endowment of the new citizens, these qualities they lacked.” (FRANK 1916: 705-706).

²¹ Así, por ejemplo, lo hacen notar N. H. BAYNES (1943: 32), E. DENCH (2005: 6, 227-229) y E. C. KOPFF (2005: 76) con referencia a *An Economic History of Rome* de 1920 (capítulo “The Plebs Urbana”, pp. 149-164) y *A History of Rome* de 1923. Muy iluminadora resulta para lo que venimos desarrollando de la concepción sobre la mixtura de razas un párrafo que cita KOPFF de la obra de T. FRANK *A History of Rome*: “Race-mixture may produce good results, but it has also been established that in the mixture of two excellent stocks of widely different qualities an unstable fusion often results which perpetuates the poorer qualities of both. Applying this consideration to Rome, if we find that the Latin stock advanced consistently along certain lines so long as it was fairly unmixed, and that it gradually declined from about the time that racial fusion was marked, we may fairly attribute this new trend in some measure to the process of the “melting-pot”... It is difficult to escape the conclusion that the change [i.e., in the “spirit” or “culture” of Rome] is primarily due to the fact that the Romans partly gave way before and partly merged their inheritance in a new brood which came largely from Asia Minor and Syria. According to this view the decline of Rome had begun in the last decades of the Republic.” (2005: 76-77).

²² Ver E. C. KOPFF (2005: 77-79). Para una contextualización de la postura de T. Frank, además del texto de E. C. KOPFF (2005), ver N. W. DEWITT (1939), quien ofrece interesantes datos biográficos de FRANK, L. CANFORA (1991: 194, 205-210) y D. S. POTTER (2001: 317-318, 320).

marco de las J. H. Gray Memorial Lectures en Cambridge. El trabajo, de carácter introductorio, analiza la información que ofrecen Estrabón, César y Tácito sobre los bárbaros del norte en los dos primeros apartados y, en el tercero, se detiene, primero, en la actitud de griegos hacia romanos y viceversa en Luciano, Plinio, Tácito y Juvenal; y, finalmente, en el caso de la actitud hacia los judíos de griegos y romanos entre los años 50 a. C. y 100 d. C.²³

SHERWIN-WHITE señala que en su época es un lugar común el aseverar que en el mundo antiguo no había segregación racial por el color de piel o discriminación racial, para lo cual se arguye, por ejemplo, que el imperio romano asimilaba a extranjeros y bárbaros a su cultura. Sin embargo, el autor considera que a la luz del desprecio por los bárbaros del norte que se ve en las fuentes grecorromanas o del que se observa en algunos autores romanos hacia los griegos o, incluso, el antisemitismo que se advierte en el mundo antiguo, la cuestión necesita ser revisada. En síntesis, al comenzar asevera:

“Si no había discriminación racial, había ciertamente un poco de discriminación cultural. La pregunta es, cuánta, cuán grave, y si se tornó un problema en el imperio romano o por qué se tornó un problema en el imperio romano.”²⁴

Luego del análisis de los distintos casos seleccionados, SHERWIN-WHITE llega a la conclusión de que es posible reconocer en las fuentes literarias materia prima y actitudes básicas de discriminación racial en las clases altas de la república tardía y el principado. No obstante, ésta se mantuvo latente como una actitud mental inofensiva, que se veía socavada por la no exclusión de otras culturas. Así, por ejemplo, en Estrabón o César lo que se advierte es más una

²³ En el obituario de SHERWIN-WHITE publicado en *The Journal of Roman Studies* se hace notar la conexión temática de fondo entre este trabajo y su trabajo doctoral, *Roman Citizenship*: “The dissertation behind *Roman Citizenship* had concerned the cohesion of the Roman Empire as much as the institutional history of the Republican *politeia*: as Cary and Syme put it, he ‘has contributed a penetrating chapter to the topic of Roman imperial patriotism’. This wider sense of the subject stimulated him all his life. Another volume on a connected theme...was published as *Racial Prejudice in Imperial Rome...*” (N. P. 1994: xii).

²⁴ “If there was no racial prejudice, there certainly was some culture prejudice. The question is, how much, how deep, and whether or why it became a problem in the Roman empire.” (SHERWIN-WHITE, 1967: 1). Traducción personal.

discriminación cultural hacia el galo, pero esto no impide que al cambiar las circunstancias en que vive, éste pueda tornarse más civilizado – en términos grecorromanos, claro está-.

De todos modos, en algunas ocasiones determinadas situaciones podían dar paso al florecimiento de la xenofobia enfatizando algunos rasgos negativos del estereotipo del otro. Esto se percibe en los casos en donde personas o grupos de distinto origen coexistían en un mismo entorno y competían por determinados intereses. Este sería el caso, por ejemplo, de la actitud de algunos romanos en los ámbitos políticos que explotaban la idea del *Graeculi* o el caso de la actitud de griegos hacia judíos y viceversa en el Mediterráneo oriental. De todos modos, aclara SHERWIN-WHITE que así como en la actitud romana hacia los griegos la cuestión tiene que ver más con una lucha puntual por ciertos intereses en el ámbito político,²⁵ así también se debe considerar que la actitud de romanos o griegos hacia los judíos no era un antagonismo racial. De hecho, SHERWIN-WHITE reconoce que él denominó a dicho antagonismo como racial por una cuestión de conveniencia, pero que vocablos como *ethnos*, *natio* o *gens*, mediante los cuales griegos y romanos se referían a los judíos, no tienen una connotación racial o racista. “La distinción –afirma el autor- es política, social y religiosa, nacional más bien que genética.”²⁶

En síntesis, SHERWIN-WHITE, al finalizar su trabajo, subraya que la presencia de elementos que podemos catalogar bajo el rótulo de discriminación

²⁵ Así leemos por ejemplo: “I remarked in my earlier lecture that the latent xenophobia felt for the northern barbarians did not come to a head for sheer lack of occasion. These emerged only once in the famous affair of Claudius’ proposed admission of the *primores Galliae* to the Roman Senate. Here in Juvenal and Lucian we find something similar, again within a narrow field, that of professional advancement under Roman patronage at Rome itself. The pressure manifests itself in an outburst of hostile feeling with clear overtones of cultural and national prejudice on both sides. But the question remains, how much genuine dislike is there in Juvenal for things Greek apart from the threat interests? The two attitudes are of course mixed up together. Juvenal’s bitterest complaint is in a context of competition.” (SHERWIN-WHITE, 1967: 73-74).

²⁶ “The distinction is political, social and religious, national rather than genetic.” (1967: 99).

racial en las fuentes grecorromanas si bien existía, su uso permanece en el terreno de lo “potencial” y de lo “ocasional”.²⁷

Si bien el libro de SHERWIN-WHITE recibió algunas reseñas positivas,²⁸ otras, como las escritas por Ramsay MACMULLEN o por Willem den BOER, son bastante críticas, entre otros aspectos, en lo que atañe a la claridad metodológica. El segundo subraya especialmente el anacronismo en el que cae SHERWIN-WHITE al hablar de prejuicio racial en la antigüedad, donde el concepto de raza era desconocido por los autores griegos y romanos.²⁹ Estas críticas son retomadas por Benjamin ISAAC en 2004, quien señala que no sólo SHERWIN-WHITE no precisa lo que entiende por prejuicio racial, sino que tampoco lo distingue de lo que es el prejuicio étnico.³⁰ Asimismo, ISAAC critica que el autor inglés no se detenga a considerar con mayor atención los lugares comunes que aparecen en las obras que estudió, pues, al pasar por alto este punto y resaltar la importancia de opiniones sobre personajes individuales, se pierde de vista la relevancia del lugar común o del estereotipo como opinión general que justamente niega las particularidades que existen en los grupos.³¹ En ese sentido, remarca Isaac que él se muestra en desacuerdo con SHERWIN-WHITE sobre la cuestión de que los lugares comunes no sean opiniones y, por ende, puedan expresar prejuicios. Es allí, en esas generalizaciones que nos permiten captar mentalidades, afirma Isaac, donde debemos observar la forma en que los extranjeros eran vistos.³²

Otro clásico que cabe traer a colación en nuestro recorrido bibliográfico es el trabajo póstumo de Dacre BALSDON, *Romans and Aliens* (1979). El autor se propone

²⁷ Cfr. A. N. SHERWIN-WHITE (1967: 101).

²⁸ Por ejemplo, R. H. CHOWEN (1968), N. P. HELMBOLD (1968) y J. A. CROOK (1971). En los dos primeros, incluso, se resalta que el tema es de gran interés para el contexto en que fue publicado, lo que el propio SHERWIN-WHITE había aseverado en el prefacio de su libro.

²⁹ Cfr. R. MACMULLEN (1969) y W. den BOER (1970). La crítica citada está en página 184.

³⁰ B. ISAAC (2006: 39).

³¹ Resalta aquí B. ISAAC el hecho de que A. N. SHERWIN-WHITE subraye la admiración de Tácito por algunos líderes bárbaros y recalca: “There was a long tradition for, and especial treatment of enemy leaders. Enemy leaders may be admired and given preferential treatment while their subjects are despised and enslaved or worse.” (2004: 39-40).

³² Cfr. B. ISAAC (2006: 39-41).

“investigar cómo miraban los romanos a los otros pueblos y, por cierto, cómo se miraban a sí mismo, y cómo otros pueblos miraban a los romanos; cómo se comunicaban y como se infectaron unos a otros, dadas las diferencias marcadas en su origen y sus costumbres.”³³

La obra resulta útil en la medida en que el autor recopila y ordena temáticamente una gran cantidad de material sobre diferentes cuestiones que atañen a la cuestión del extranjero en el mundo romano y, en esa medida, abrió nuevos caminos para ser explorados por investigadores posteriores. Sin embargo, más allá de esto el aporte interpretativo de BALS DON es casi nulo, dado que su análisis de las fuentes es superficial y rara vez se detiene a discutir con otra bibliografía.³⁴ ISAAC, asimismo, le critica que tome el material de fuentes de los dos últimos siglos de la república y del principado sin prestar atención a las particularidades de cada contexto de producción, pasando por alto de ese modo las diferencias que cada caso presenta.³⁵

Apenas dos años más tarde, en 1981, Yves Albert DAUGE publicó un extenso trabajo en el que ahondó en la concepción romana de la barbarie, una barbarie que no siempre es externa a la comunidad. Los propios romanos, afirma, nos cuentan cómo sus antepasados salieron de ese estado en que se encontraban en los comienzos al aprender a controlarse a sí mismos y la vigilancia que hay que mantener para no permitir que la barbarie interior resurja. DAUGE examina el sistema ideológico romano, bajo la denominación de “barbarología”,³⁶ en un largo

³³ “The purpose of the book is to enquire how Romans regarded other peoples and indeed how they regarded themselves, and how other peoples regarded the Romans; how they communicated and how they infected one another, given the marked differences in their background and customs.” (BALS DON 1979: IX). Traducción propia.

³⁴ Cuestiones que ya marcan las reseñas contemporáneas de H. C. BOREN (1980), J. J. CONTRENI (1981), J. BRISCOE (1981) y A. N. SHERWIN-WHITE (1980), especialmente las dos últimas.

³⁵ Cfr. B. ISAAC (2006: 43).

³⁶ Y.-A. DAUGE define el concepto del siguiente modo: “...nous entendrons par là un « système idéologique de type fonctionnel, destiné à reconnaître les forces barbares pour les vaincre et les transformer, et à construire un ordre supérieur par le rejet de tout ce qui est contraire ».

Ainsi est-ce à Rome, et non pas en Grèce, que nous avons la possibilité de trouver une conception de la barbarie de sens créateur” (1981: 37). Sobre préstamos de la concepción helenística y, especialmente, sobre aspectos en que la concepción romana se aparta, ver, por ejemplo, DAUGE (1981: 18 y 41).

período que se extiende del 201 a. C. al 410 d. C. resaltando el papel creador de una minoría romana. Tomando la mirada de éstos, realiza una clasificación de los pueblos y establece una gradación a partir de las características bárbaras a las que están asociados³⁷ y señala la contraposición de éstas con las que representan la “romanidad”, abogando por una concepción binaria del mundo que opone civilización a barbarie, como polos universales de bien y mal respectivamente.³⁸ Civilización que se identifica con la *humanitas*, que sólo puede lograrse dentro de la comunidad romana, pero que también los no romanos pueden alcanzar si son asimilados.

Si bien el libro de DAUGE es aún hoy de referencia obligatoria en la materia, hay aspectos que pueden ser cuestionados y que deben mantener al lector en una posición sumamente atenta y crítica frente al texto. El autor presenta una gran cantidad de material, pero no parece adoptar una posición crítica frente a la información que toma de las fuentes. Es más, se podría pensar en que, en ocasiones, se deja llevar por la empatía. También la base teórica de su investigación ha recibido críticas desde que la obra salió a la luz, por el empleo que hace de términos como civilización y barbarie, que presenta como si fueran de suyo, acarreado, de ese modo, los juicios de valor que ello implica.³⁹

Incluso, podemos observar que la división dicotómica del mundo antiguo romano que toma como punto de partida le lleva en ocasiones a tener que forzar lo que dice la fuente.⁴⁰ Así, por ejemplo, si tomamos el caso de Tito Livio, notamos

³⁷ Gradación que reconoce como polos opuesto de evolución la *feritas* y la *vanitas* (DAUGE, 1981: 20 n. 53).

³⁸ Así, Y.-A. DAUGE afirma: “Les deux champs, barbarie et romanité, s’avèrent donc indissociables : leur corrélation est d’ailleurs une évidence pour le Romain, qui les pense ensemble en une perpétuelle confrontation.” (1981: 36). También en la conclusión está presente esta idea: “L’antithèse entre romanité et barbarie...c’est une structure inhérente à la conscience même du Romain, une structure fondamentale et permanente qui a servi à édifier une vision du monde, une élite, une civilisation, un empire, et un ordre universel.” (1981: 805).

³⁹ Cfr. M. DUBUISSON (1983). Una crítica teórica más general presenta J. M. ALONSO NÚÑEZ (1985).

⁴⁰ Aún podemos ver en algunos trabajos la pervivencia de esta concepción dicotómica. Por ejemplo, en T. S. BURNS (2003), quien si bien se concentra en galos y germanos, pueblos dichos bárbaros en las fuentes, también aplica el concepto a los pueblos no romanos en general; ver, verbigracia, el capítulo primero o la pág. 178; o, también, G. BOHAK (2005, esp.: 230-232).

que esta oposición no es tan evidente como DAUGE quiere demostrar. El autor francés afirma:

“El mundo bárbaro, a pesar de su diversidad, es entonces uno, y, a través de todos esos pueblos, todos esos seres, se entrevé la dimensión universal de esto que debemos llamar el “Bárbaro en sí”. De vez en cuando, además, Tito Livio reenvía a su lector a este arquetipo abstracto utilizando la generalización...Uno es así llevado a concebir un verdadero polo del ser que representa la esencia de la barbarie, y al cual se vinculan todos los casos particulares. En el polo opuesto, naturalmente, se encuentra el “Romano en sí”.”⁴¹

Sin embargo, considerando las citas que él mismo ofrece, se advierte que algunos pueblos no reciben la denominación de bárbaros en la *Historia Romana*, lo que advertimos había reconocido implícitamente en un pasaje precedente:

“Están, primero, los diversos pueblos de Italia de los que habla la primera “década”: si ellos no son en ninguna parte denominados *barbari*..., sin embargo, ellos son descriptos bajo los rasgos de auténticos bárbaros...y si no se va hasta el punto de declararlos de tal modo explícitamente, es por su calidad de italianos, los primeros en ser asimilados por Roma”.⁴²

Otro aspecto polémico que cabe destacar del trabajo de DAUGE es el concepto de raza que emplea.⁴³ Una definición que se aparta de la biológica y a la que describe como una creación artificial y voluntaria a partir de elementos

⁴¹ “Le monde barbare, malgré sa diversité, est donc un, et, à travers tous ces peuples, tous ces êtres, on entrevoit la dimension universelle de ce qu’il faut bien appeler le « Barbare en soi ». De temps à autre, d’ailleurs, Tite-Live renvoie son lecteur à cet archétype abstrait en utilisant la généralisation...On est ainsi amené à concevoir un véritable pôle de l’être qui représente l’essence de la barbarie, et auquel se rattachent tous les cas particuliers: au pôle opposé, naturellement, se trouve le « Romain en soi ».” (1981: 175). Traducción propia.

⁴² “Il y a d’abord les divers peuples d’Italie dont parle la première « década » : s’ils ne sont nulle part appelés *barbari*..., ils sont pourtant dépeints sous les traits d’authentiques barbares...et si l’on ne va pas jusqu’à les déclarer tels explicitement, c’est à cause de leur qualité d’Italiens, les premiers à avoir été assimilés par Rome.” (1981: 172-173, traducción propia). Cfr. Y.-A. DAUGE (1981: 170-179). La misma observación que apuntamos aquí es señalada también por D. S. LEVENE (2010: 219-220). Este autor demuestra lo simplista que resulta el esquema de DAUGE para analizar la obra de Tito Livio tomando el caso cartaginés. De este modo, se aprecia que las diferencias entre las naciones extranjeras que establece Tito Livio son más ricas que lo que dicho esquema muestra.

⁴³ Sobre los cuestionamientos al marco teórico, cfr. M. DUBUISSON (1983) y B. ISAAC (2006: 43-44).

diversos a través de un proceso de disolución y concentración, que en pos de una conjunción de los mejores se está renovando continuamente.⁴⁴ Allí se aprecia, según DAUGE, la importancia de la asimilación por parte de los romanos de aquellos extranjeros que reúnen las condiciones morales y espirituales superiores. De este modo, si bien para este autor existen razas, no se puede hablar de la existencia de racismo en el mundo romano, una tesis, esta última, que ya hemos observado en el trabajo de SHERWIN-WHITE.

Frente a estas posturas se va a posicionar Benjamin ISAAC en su *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. ISAAC afirma que raza es un concepto meramente teórico, cuya definición ha cambiado mucho a lo largo del tiempo, pero que no existe en la realidad.⁴⁵ Por otra parte, defenderá la idea de que racismo sí existe.⁴⁶ De todos modos, el autor aclara que si bien no podemos hablar de racismo en la antigüedad, dado que los antiguos no tenían un concepto de

⁴⁴ Vale la pena citar su definición *in extenso*: “Une « race » véritable, d’ailleurs, ne peut être qu’une création volontaire à partir d’éléments divers, par un processus continu de *dissolution* et de *concentration* qui rappelle l’opération « *solue et coagula* », et par la conjonction des meilleurs, appelés à fusionner pour constituer une communauté sans cesse renouvelée. Ce sont essentiellement les affinités spirituelles, la conformité des consciences et des capacités, l’accord des volontés, qui entrent alors en ligne de compte. C’est là ce qui fait qu’une telle « race » n’est pas une collectivité donnée, ni une nation, ni une race physique, ni une classe quelconque, mais *une création artificielle*, issue du vouloir et de l’ascèse, de la culture et de l’initiation. – et qui est en même temps suprêmement *naturelle*, la seule *réellement* naturelle. Pour cela, il faut dépasser les catégories superficielles, les séparations accoutumées et les critères illusoirs, rechercher la vérité de l’être, subordonner l’accidentel et l’apparent à l’essentiel, qui est de nature morale et spirituelle..., et fonder sur les valeurs effectives. C’est ainsi que Rome conçoit la communauté qu’elle constitue, « race » vraiment jupitérienne, édifiée sur l’esprit, la volonté, la *uirtus*, sur le meilleur de l’homme, maintenue par de solides structures juridiques et religieuses, continuellement développée par attraction et association des semblables.” (DAUGE, 1981: 525-526).

⁴⁵ Cfr. B. ISAAC (2004: 25-35). Así, señala: “Through the influence of modern science and biology, this clarification has taken a quasi-biological form. In recent centuries this presumed biological content has been gradually combined with other traits which have nothing to do with biology, such as language..., religion, social and cultural characteristics.” (2004: 34).

⁴⁶ ISAAC lo define: ““An attitude towards individuals and groups of peoples which posits a direct and linear connection between physical and mental qualities. It therefore attributes to those individuals and groups of peoples collective traits, physical, mental, and moral, which are constant and unalterable by human will, because they are caused by hereditary factors or external influences, such as climate or geography.” The essence of racism is that it regards individuals as superior or inferior because they are believed to share imagined physical, mental, and moral attributes with the group to which they are deemed to belong, and it is assumed that they cannot change these traits individually. This is held to be impossible, because these traits are determined by their physical makeup.”(2006: 23).

determinismo biológico, sí cabe plantear la presencia de “proto-racismo”. Este término implica la atribución “a grupos de gente de características comunes consideradas inalterables, porque están determinadas por factores externos o por herencia.”⁴⁷ La diferencia con los prejuicios de grupo o étnico, que también están presentes en las fuentes, radica en que éstos no son considerados como aspectos imposibles de cambiar. Aunque ambos conceptos tienden a pasar por alto las variedades individuales dentro de los grupos a los que hacen referencia, en el caso del prejuicio se acepta la posibilidad de que un individuo dentro de dicho grupo modifique su situación.⁴⁸

Si bien, la perspectiva etnocéntrica y la existencia de prejuicios étnicos en las fuentes (greco-) romanas son aspectos que son aceptados generalmente, la idea de proto-racismo no parece tan apropiada. Por un lado, como remarca M. LAMBERT, ISAAC yerra al considerar sólo patrones de pensamiento, pero no considera las implicancias que tendría ese racismo en la práctica entre los antiguos. Por otro lado, subraya el mismo reseñador, el punto de partida de ISAAC es erróneo en la medida en que peca de ser esencialista, dado que da por hecho que el racismo está presente en todas las épocas y en todas las sociedades, aunque limitadas a una cultura occidental que partiría desde el período grecorromano hasta la actualidad. En síntesis, LAMBERT, entre otros, le critica a Isaac la aplicación de un anacronismo fruto de una mirada subjetiva que parte de sus preocupaciones contemporáneas. Esto le lleva, como pone de manifiesto Daniel RICHTER, a no prestar debida atención a la relevancia de la cultura como una vía para cambiar aquellas características que parecían tan inalterables.⁴⁹

⁴⁷ “The term proto-racism then, may be used when Greek and Latin sources attribute to groups of people common characteristics considered to be unalterable because they are determined by external factors or heredity.” (ISAAC, 2006: 38). Traducción propia. Es interesante lo que subraya James DEE (2004) en su reseña, sobre que al dejar fuera de su definición de proto-racismo la idea que esas concepciones son empleadas para marcar una diferencia entre superiores e inferiores, la definición queda ambigua y puede considerarse que haya un racismo positivo.

⁴⁸ Cfr. B. ISAAC (2006: 24-25, 36-37).

⁴⁹ Cfr. M. LAMBERT (2005) y D. RICHTER (2006). Ver, asimismo, para otras críticas relevantes, las más duras que el libro ha recibido por parte de D. HOWARD (2004-2005), S. P. HALEY (2005).

Frente al planteo de ISAAC, en *Rethinking the Other in Antiquity* de Erich Gruen leemos un análisis del mundo mediterráneo antiguo que hace hincapié en la función positiva de las relaciones interétnicas, sin por ello negar ciertos aspectos negativos.⁵⁰ En ese sentido, sin negar la existencia de prejuicios que podían ser la base para falsedades y estereotipos,⁵¹ GRUEN señala que los trabajos modernos han dejado de lado otro aspecto importante que también está presente en las fuentes, que tiene que ver con cómo las sociedades antiguas llegaron a articular sus propias identidades. El autor afirma que los antiguos se pensaban como parte de una herencia cultural amplia y enriquecían su memoria histórica ya sea por medio de préstamos, ya a través de apropiaciones del pasado de otras comunidades. Incluso se descubrían o, en algunos casos, inventaban lazos con otros pueblos, todo lo cual enriquecía su identidad colectiva.⁵²

Detrás de esta visión de GRUEN, como ha enfatizado Álvaro M. MORENO LEONI en su reseña del libro, se encuentran las ideas en boga del multiculturalismo estadounidense, que se opone a la visión del conflicto cultural y la definición de unos en contraposición con el otro al que se define peyorativamente. De todos modos, como denunció Emma DENCH, el término multiculturalismo de mucha resonancia política actualmente, es bastante vago y su definición varía según el contexto desde el cual se lo emplee. Así, en algunos casos, puede tomarse como sinónimo de “pluralidad étnica y, o cultural”.⁵³

En este breve recorrido que hemos realizado se han podido observar diferentes formas de acercarse a las fuentes, distintos modos de ordenar y trabajar

⁵⁰ “To stress stigmatization of the “Other” as a strategy of self-assertion and superiority dwells unduly on the negative, a reductive and misleading analysis. The lens here is turned on inclusion rather than exclusion.” (GRUEN, 2011: 356-357. Cfr.: 4-5 y 1993: 2-3).

⁵¹ “The ancients were certainly not above prejudicial reflections on persons unlike themselves. It is a very different matter, however, to tar them with a blanket characterization of xenophobia and ethnocentrism, let alone racism.” (GRUEN, 2011: 3).

⁵² “That practice...discloses not how they *distinguished* themselves from others but how they transformed or reimagined them for their own purposes. This “Other” takes on quite a different shape. This is not rejection, denigration, or distancing –but rather appropriation. It represents a more circuitous and a more creative mode of fashioning a collective self-consciousness.” (GRUEN, 2011: 4, énfasis en el original).

⁵³ Cfr. A. M. MORENO LEONI (2012: 252-257), E. DENCH (2005: 9-10).

el material y, derivado de ello, interpretaciones con mayor o menor profundidad. Si bien, cabe destacar, la riqueza de las obras citadas es mucho mayor de lo que nuestro rápido repaso nos permitió advertir, lo que nos interesa enfatizar aquí es que nos encontramos con perspectivas teóricas que responden a problemas del contexto de producción de los trabajos de los investigadores y no al de las fuentes. Así, por ejemplo, queda explícitamente de manifiesto en el caso de Theodore HAARHOFF, que vimos al comienzo, o en este último debate, en el que Benjamin ISAAC y Erich GRUEN representan posturas opuestas.

Ante esto, se hace necesario tener presente que si bien los interrogantes que estimulan nuestra investigación surgen de nuestra experiencia contemporánea, debemos ser conscientes de que también nuestros conceptos los son. En ese sentido es que antes de aplicarlos a nuestras interpretaciones, debemos ajustarlos a ese otro contexto sociocultural específico que es objeto de estudio. Todo ello, claro está, sin esperar que las sociedades antiguas sean como nosotros, el opuesto de nosotros o lo que nosotros aspiramos a ser.⁵⁴

A continuación, nos interesa detenernos a reflexionar y precisar algunos conceptos que pueden ser de utilidad para analizar el material que encontramos en las fuentes literarias, pero de un modo que nos permita pensar la otredad étnica en un marco más afín al contexto de los autores de dichas fuentes. De todos modos, cabe aclarar, nuestros aportes serán preliminares, dado que este ejercicio de revisión de nuestras herramientas teóricas es constante y, por tanto, siempre perfectible.

3. Algunas herramientas para leer las fuentes

Aunque el repaso realizado llama a acercarse a estos textos con cierto recaudo, debemos observar que en su conjunto estas lecturas opuestas de las fuentes nos llevan a reflexionar sobre lo compleja que es la cuestión de la otredad étnica en el mundo romano.

⁵⁴ Cfr. E. DENCH (2005: 8, 11 y *passim*).

Ahora bien, un aspecto central, y que no siempre aparece explicitado en las investigaciones que tratan sobre esa otredad, es cuál es el patrón de medida en ese mundo romano frente al que se establece la otredad. Por más obvio que ello parezca, es conveniente precisarlo: la idea del otro en la sociedad romana se define a partir del *vir*. Es decir, del varón que forma parte de la aristocracia.

Por ello, y considerando los estudios culturales de las últimas décadas sobre diferentes aspectos de aquella sociedad, debemos reconocer aquí que dicha denominación excede la problemática del extranjero. Dentro de esa categoría de otro se pueden incluir también las mujeres, los niños, la plebe, los libertos, los mercenarios, etc. Incluso, puesto que el patrón de medida es un ideal, podemos identificar igualmente a *vires* que se apartan del mismo por la imagen de sí que muestran y/o por su comportamiento.⁵⁵ Es por esta razón que en el título hemos precisado la referencia a la temática étnica, cuestión que entendemos en un sentido cultural.

A partir de allí, un concepto que resulta de gran valor heurístico para analizar la representación del otro es el de “retórica de la alteridad”, que, como establece François HARTOG, consiste en traducir el mundo relatado al mundo donde se relata a través de una serie de herramientas: comparación, analogía, presentación de un *thôma*, traducción, nominación, clasificación y descripción. No obstante la utilidad del concepto, hay dos elementos que el historiador francés incluye entre esas herramientas, la inversión y el tercero excluido, que habría que reconsiderar.

Si bien la retórica de la alteridad nos permite notar que los estereotipos nos hablan más de la sociedad que los produce que de aquella que es estereotipada, sin embargo no hay que desestimar totalmente lo que se dice de la segunda como mera inversión, pues la cualidades que definen a un estereotipo se vinculan, al menos en parte, con la interpretación romana de la cultura de ese otro pueblo (sus

⁵⁵ Ejemplos de ello son: Pleminio en Tito Livio (XXIX.17-19), los personajes romanos de la *Guerra de Jugurta* de Salustio o los adversarios a los que define en sus discursos forenses Cicerón, etc.

prácticas, costumbres, etc.). Aunque, esa mirada sobre el otro se haga a través de lo que la propia cultura del romano lo ha entrenado para ver.⁵⁶

Por su parte, la noción del tercero excluido no hace justicia a la complejidad de la otredad que observamos en las fuentes.⁵⁷ Según aquella, el lector se encontraría en las fuentes con el romano o con su contrario. Es decir, veríamos la cuestión reducida a una concepción dicotómica similar a la que proponía DAUGE entre civilización y barbarie. Sin embargo, el asunto no siempre parece tan simple. De hecho, no todos los otros son definidos como bárbaros (*barbari*). Por ejemplo, Tito Livio en ningún momento denomina como bárbaros a los etruscos, lo que no implica que no marque en determinados pasajes ciertas diferencias con los romanos.⁵⁸ Tampoco Salustio describe como bárbaros a los cartagineses en su *Guerra de Jugurta*, ni siquiera los presenta en una luz negativa.⁵⁹

Aquí, incluso, podemos considerar dos puntos más que complejizan el estudio de la temática en mayor grado que el planteado por los investigadores que hemos repasado arriba. Por un lado, el tema de la voz que articula lo que se dice del otro en una fuente determinada. Por otro lado, la reacción de miembros de una etnia a la representación de ellos que circula en el mundo romano.⁶⁰

El primer punto nos lleva a profundizar un aspecto que Erich GRUEN resalta en su *Rethinking the Other in Antiquity*: la importancia del contexto literario.⁶¹ El autor subraya frente a las obras de BALSDON, DAUGE e ISAAC, que

⁵⁶ Una crítica a esa mera inversión que mencionamos ya realizó G. BOHAK en la década pasada (2005: 208).

⁵⁷ Cfr. las críticas de G. BOHAK (2005) y de D. S. LEVENE (2010: 222 n. 159).

⁵⁸ Incluso, la visión de Tito Livio sobre los etruscos puede ser considerada “moderatamente proetrusca o filoetrusca”, como lo asevera D. MUSTI (1970: 151).

⁵⁹ Cfr. A. MORENO (2014: 46-49).

⁶⁰ Sobre la última idea, cfr. G. BOHAK (2005: 208).

⁶¹ Así, leemos en E. S. GRUEN una crítica a los trabajos de J. P. V. D. BALSDON, Y.-A. DAUGE e B. ISAAC –a quienes menciona a pie de página-, luego de citar una serie de ejemplos de referencias de autores romanos a otros pueblos: “Comparable statements can also be found. What is one to infer from them? That Romans regularly disparaged non-Romans, found aliens offensive or degenerate, and felt the need to express superiority over other peoples of the Mediterranean in order to articulate the qualities that helped define their own identity? The inference would be imprudent and off the mark. We have seen already the hazards of seizing on scattered bits of information or

presentan grandes inventarios sobre pasajes sueltos en que se caracteriza al otro, la relevancia de considerar esos pasajes dentro de la obra en que están insertados y atendiendo al género al que dichas obras pertenecen. Esto tiene, al menos, tres consecuencias directas: 1) concentrar la atención en una obra para notar sus particularidades; 2) reconocer la flexibilidad del estereotipo; y 3) la necesidad del investigador de posicionarse en los debates en torno a la naturaleza del género literario al que corresponde la obra a analizar.

Dentro de ese planteo, incluso, cabe tener presente los casos en que hay más de una voz articulando las características que definen al otro. En otras palabras, no es lo mismo que la información sea focalizada⁶² desde la perspectiva de la *persona* del narrador que si lo es desde la perspectiva de uno o más personajes. Identificar esta variación en una fuente nos lleva a cambios importantes en la interpretación de un texto. Por ejemplo, cuando se comprende que no es la opinión de Tito Livio la que leemos en el discurso que pone en boca de Cn. Manlio Vulson en el capítulo 17 del libro XXXVIII, sino que es una opinión que se atribuye al propio cónsul, podemos empezar a apreciar la diferencia con la opinión sobre la misma temática que se atribuye a un embajador rodio en el libro precedente. Incluso, eso nos lleva a reinterpretar el pasaje de la campaña del cónsul en Galogrecia, donde vemos que el historiador augusteo atribuye diferentes formas de interpretar la realidad que los rodea a romanos, griegos de Asia y galos. Aquí, se aprecia, asimismo, aquello que señalamos más arriba de la importancia de no reducir la idea de la otredad a una simple dicotomía.

fragments taken out of context. Fuller scrutiny of extended texts places a very different face on Roman understanding of peoples like Gauls, Germans, Phoenicians, and Egyptians.” (2011: 344). Cfr. el análisis que ofrece el mismo GRUEN acerca de la representación de los galos en discursos de Cicerón (2011: 146-147), Quintiliano (XI.1.89), D. B. SADDINGTON (1961: 101), F. WALBANK (1972: 158) y un análisis más detenido de los estereotipos étnicos en obras de Cicerón que ofrece A. VASALY (1993: 191-243).

⁶² Tomamos aquí el concepto de G. GENETTE (1972: 203-223).

Otro ejemplo encontramos en la diferencia que se ha pasado por alto entre la narración de Pompeyo Trogo⁶³ y la de Tito Livio⁶⁴ de la llegada a Italia de los galos. Aún hoy los investigadores tienden a aseverar que ambos autores presentan la llegada de los bárbaros a la península de forma positiva, puesto que en ambos casos se menciona la buena predisposición de los dioses hacia los migrantes.⁶⁵ Sin embargo, una lectura más atenta de ambos textos nos hace notar que en el caso de Pompeyo Trogo es la persona del narrador el que trae a colación dicha predisposición positiva, mientras que en el caso de Tito Livio la interpretación de los signos divinos se focaliza desde la perspectiva de los galos. En ese sentido, la presentación de los hechos no es la misma, puesto que en la obra del historiador paduano, incluso en ese episodio, los galos son caracterizados en varias ocasiones con una incapacidad para interpretar correctamente los signos divinos. De ello, podemos concluir que mientras en el caso de Pompeyo Trogo los galos son mostrados como un pueblo piadoso, en el otro caso no lo son y ello hace más comprensible lo que sucede posteriormente en Roma en el relato titoliviano.

Ahora bien, la presentación de los galos en ese pasaje de Pompeyo Trogo, un escritor galorromano de origen voconcio, nos permite observar el segundo aspecto que mencionamos más arriba: la reacción del autor de una etnia ante el estereotipo que circula de la misma en el mundo romano.⁶⁶ En estos casos podemos hablar de narraciones autoetnográficas, es decir aquellas que los sujetos realizan cuando emprender una representación de la propia etnia a la que pertenecen en los términos de aquellos que los dominan. Estos escritos son medios que se construyen como respuesta a, o diálogo con, la representación que está establecida en la capital, en nuestro caso Roma.⁶⁷ A partir de todo lo que venimos desarrollando, se pone de manifiesto aquello que subraya Gideon

⁶³ Cfr. JUST. XXIV.4.1-4.

⁶⁴ Cfr. LIV. V.34.

⁶⁵ Así, por ejemplo, J.H.C. WILLIAMS (2001: 113-123).

⁶⁶ Sobre Pompeyo Trogo, ver tb. J.-L. DESNIER (1991: 634) y J. H C. WILLIAMS (2001: 113-117).
Cfr. G. BOHAK sobre el caso de Ulpiano (2000: 13, 2005: 230).

⁶⁷ Sobre el concepto de autoetnografía, cfr. M. L. PRATT (2003: 7-9).

BOHAK⁶⁸ sobre que los estereotipos étnicos son tanto construcciones culturales como hechos sociales.

De todas formas, no hay que olvidar la importancia que tiene la tradición etnográfica en la literatura grecorromana. La misma, si bien no determinaba, como se puede deducir de lo que venimos de mostrar, sí condicionaba lo decible por un autor sobre un pueblo. En ese sentido, para cambiar en una narración la imagen de un pueblo, dicho cambio debía asentarse sobre aspectos que lo hicieran aceptables para la audiencia. Eso no dejaba de ser un punto importante para el autor, si consideramos que su origen tenía cierto peso en la construcción de la *auctoritas* de su *persona*.

La relevancia de la tradición etnográfica grecorromana lleva al investigador actual a prestar atención a diferentes cuestiones que influyen en la presentación del otro, en la medida en que, como hemos notado en el caso de los galos en el pasaje de Livio citado más arriba, las cualidades que definen a ese otro no siempre están explicitadas. En ese sentido, y retomando la idea de Paul VEYNE con la que comenzamos este trabajo, al momento de abordar las fuentes debemos desembarazarnos de las preconcepciones sobre diferentes aspectos culturales que no se corresponden con el mundo de esas fuentes. En otras palabras, en la medida en que seamos capaces de distinguir las particularidades del mundo romano sobre tema como el cuerpo, la religión, la geografía, etc., más rico será nuestro análisis y más precisa nuestra comprensión de la cuestión de la otredad étnica en ese contexto.

4. Conclusión

Este trabajo ha tenido como objetivo reflexionar sobre distintos aspectos de la cuestión del otro a partir de un repertorio acotado de bibliografía, pero en el cual era posible identificar diferentes aspectos interesantes del debate en torno a la temática. En una primera instancia, hemos realizado un breve recorrido con el

⁶⁸ Cfr. G. BOHAK (2005: 209).

propósito de poner en evidencia distintas limitaciones presentes en la bibliografía, principalmente referidas a los marcos teóricos desde los que algunos investigadores se han aproximado a las fuentes. En la segunda parte, nuestro interés se enfocó en discutir algunos conceptos que se han empleado y en traer a consideración otros que podrían ayudarnos a reflexionar con mayor complejidad sobre la cuestión de la otredad étnica en las fuentes literarias.

Dado que nos hemos centrado en las fuentes literarias, me interesa, para cerrar, hacer una última precisión que concierne también a los otros tipos de fuentes. Para ello citaré una afirmación de Denis SADDINGTON:

“Por la formalidad de esta tradición (geográfico-etnográfica), y la influencia penetrante de la retórica, algunos investigadores tienden a menospreciar el valor de las descripciones etnográficas romanas.

Pero uno debe poner junto a esto las muchas oportunidades que los romanos tenían para la observación de extranjeros y la disponibilidad de información precisa de viajeros y otros...De fuentes tales como éstas (monumentos, desfiles triunfales, monedas, etc.) el lector romano tendría un control adecuado sobre la precisión de lo que leía en la literatura etnográfica, incluso si él pudiera estar menos dispuesto a notar cualquier sesgo político particular en la presentación del material.”⁶⁹

En mi opinión, esta afirmación del investigador sudafricano es incorrecta. Los lectores romanos no tenían distintas fuentes para chequear la exactitud de las descripciones que presentaban los historiadores dentro de la tradición geográfico-etnográfica. Más precisamente, no en los términos que lo explica SADDINGTON, puesto que la representación en fuentes literarias respondía a la misma cultura que

⁶⁹ “Because of the formality of this tradition (geográfico-etnográfica), and the pervasive influence of rhetoric, some scholars tend to discount the value of Roman ethnographical descriptions. But one must set beside this the many opportunities which the Romans had for observation of foreigners and the availability of accurate information from travellers and others...From sources such as these (monumentos, desfiles triunfales, monedas, etc.) the Roman reader would have an adequate control over the accuracy of what he read in ethnographical literature, even if he might be less ready to notice any particular political bias in the presentation of the material” (SADDINGTON 1975: 115-117). Traducción propia.

aquellas representaciones que los romanos veían reproducidas en monumentos, desfiles triunfales, monedas, etc.⁷⁰

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALONSO NÚÑEZ, J. M. (1985). Review: Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation by Yves Albert Dauge. *The Classical Review*, 35.2, 411.
- AMOSSY, R. y HERSCHBERG PIERROT, A. (2005 (1997)). *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.
- BALSDON, J. P. V. D. (1940). Review: The Stranger at the Gate by T. J. Haarhoff. *The Journal of Roman Studies*, 30.2, 219-220.
- BALSDON, J. V. P. D. (1979). *Romans and Aliens*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- BAYNES, N. H. (1943). The Decline of the Roman Power in Western Europe. Some Modern Explanations. *The Journal of Roman Studies*, 33, 29-35.
- BEARD, M. (2003). The triumph of the absurd: Roman street theatre. En: EDWARDS, C. – WOOLF, G. (Eds.). *Rome the cosmopolis*. Cambridge: Cambridge University Press: 21-43.
- BOER, W. den (1970). Review of Racial Prejudice in Imperial Rome by A. N. Sherwin-White. *The Classical Journal*, 65.4, 184-186.
- BOHAK, G. (2000). Ethnic stereotypes in the Greco-Roman world: Egyptians, Phoenicians, and Jews. *Proceedings of the Twelfth World Congress of Jewish Studies*, 7-15.
- BOHAK, G. (2005). Ethnic Portraits in Greco-Roman Literature. En: GRUEN, E. S. (Ed.). *Cultural Borrowings and Ethnic Appropriations in Antiquity*. Oriens et Occidens 8. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 207-236.
- BOREN, H. C. (1980). Review: Romans and Aliens by J. P. V. D. Balsdon. *The American Historical Review*, 85.5, 1179-1180.
- BRISCOE, J. (1981). Review: Romans and Aliens by J. P. V. D. Balsdon. *The Classical Review*, 31.1, 133-134.
- BRUNT, P. A. (1949). Review of The Stranger at the Gate by T. J. Haarhoff. *The Journal of Roman Studies*, 39, 212.
- BRUNT, P. A. (1965). Reflections on British and Roman Imperialism. *Comparative Studies in Society and History*, 7.3, 267-288.
- BRUNT, P. A. (1990). *Roman Imperial Themes*. Oxford: Clarendon Press.
- BURNS, T. S. (2003). *Rome and the barbarians, 100 B.C. –A. D. 400*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.
- CANFORA, L. (1991 (1980)). *Ideologías de los estudios clásicos*. Madrid: Akal.
- CHOWEN, R. H. (1968). Review of Racial Prejudice in Imperial Rome by A. N. Sherwin-White. *The American Historical Review*, 73.5, 1489-1490.

⁷⁰ Por ejemplo, consultar para el caso de los monumentos y estatuas M. CLAVEL-LÉVÊQUE y P. LÉVÊQUE (1982), C. NICOLET (1991: 43-47), P. GROS (1998: 153-156), C. EDWARDS (2003: 60-62) y C. HUBY (2008); para el caso de los desfiles triunfales M. BEARD (2003, esp.: 38-39) y E. DENCH (2005: 37-41, 76-80, 2007: 502); para las monedas J.-L. DESNIER (1991), T. S. BURNS (2003: 116-117, 121). Sobre todos estos puntos: F. MARCO SIMÓN (2012), T. S. BURNS (2003: 176-179), D. DUECK (2003: 125-127). Sobre los estereotipos y la adecuación a lo real, ver R. AMOSSY y A. HERSCHBERG PIERROT (2005: 40-43).

- CLAASSEN, J.-M. (2012). Review of Lambert, M. 2011. *The Classics and South African Identities*. London. Bristol Classical Press. *Acta Classica*, 55, 172-178.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M. y LÉVÊQUE, P. (1982). Impérialisme et sémiologie: l'espace urbain à Glanum. *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 94.2, 675-698.
- COTRENI, J. J. (1981). Review: Romans and Aliens by J. P. V. D. Balsdon. *The History Teacher* 14.2, 277-278.
- CROOK, J. A. (1971). Review of Racial Prejudice in Imperial Rome by A. N. Sherwin-White. *The Journal of Roman Studies* 61, 276.
- DAUGE, Y.-A. (1981). *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*. Bruxelles: Latomus.
- DEE, J. H. (2004). Reseña de B. Isaac, *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. *Bryn Mawr Classical Review*, 2004.06.49. <http://bmcr.brynmawr.edu/2004/2004-06-49.html> (acceso: 10/04/2013).
- DENCH, E. (2005). *Romulus' Asylum. Roman Identities from the Age of Alexander to the Age of Hadrian*. Oxford: Oxford University Press.
- DESNIER, J.-L. (1991). Le Gaulois dans l'imaginaire monétaire de la République romaine. *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 103.2, 605-654.
- DEWITT, N. W. (1939). Tenney Frank. *The American Journal of Philology*, 60.3, 273-287.
- DILLER, A. (1941). Review of *The Stranger at the Gate: Aspects of Exclusiveness and Co-Operation in Ancient Greece and Rome, with Some Reference to Modern Time* by T. J. Haarhoff. *Classical Philology*, 36.1, 108-109.
- DOMINIK, W. J. (2013). The Politics of Classics in South Africa: identity, Race, Language, and Scholarship. *International Journal of the Classical Tradition*, 20, 101-112.
- DUBUISSON, M. (1983). Dauge (Yves Albert). Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation. *Revue belge de philologie et d'histoire*, 61.1, 186-188.
- DUECK, D. (2003 (2000)). *Strabo of Amasia. A Greek Man of Letters in Augustan Rome*. London-New York: Ed. Routledge.
- EDELSTEIN, L. (1952). Review of *The Stranger at the Gate* by T. J. Haarhoff. *American Journal of Archaeology* 56.3, 185-186.
- EDWARDS, C. (2003). Incorporating the alien: the art of conquest. En: Edwards, C. – Woolf, G. (Eds.). *Rome the cosmopolis*. Cambridge: Cambridge University Press, 44-70.
- EVANS, R. (2007). Perspectives on Post-Colonialism in South Africa: the Voortrekker Monument's Classical Heritage. En: HARDWICK, L. – GILLESPIE, C. (eds.). *Classics in Post-Colonial Worlds*. Oxford: Oxford University Press, 141-156.
- FRANK, T. (1916). Race Mixture in the Roman Empire. *The American Historical Review*, 21.4, 689-708.
- FRANK, T. (1920). *An Economic History of Rome to the end of the Republic*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- GENETTE, G. (1972). *Figures III*. Paris: Éditions du Seuil.
- GILES, A. F. (1939). Review: The Stranger at the Gate by T. J. Haarhof. *The Classical Review*, 53.4, 140-141.
- GORDON, M. L. (1924). The Nationality of Slaves under the Early Roman Empire. *The Journal of Roman Studies*, 14, 93-111.

- GROS, P. (1998). Le Barbare humanisé ou les limites de l'*humanitas*. En: Auvray-Assayas, C. (Ed.). *Images Romaines*. Paris: Presses de L'École Normale Supérieure, 143-159.
- GRUEN, E. S. (1993). Cultural Fictions and Cultural Identity. *Transactions of the American Philological Association*, 123, 1-14.
- GRUEN, E. S. (2011). *Rethinking the Other in Antiquity*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- HAARHOFF, T. J. (1941). A Reply. *Classical Philology*, 36.4, 399.
- HAARHOFF, T. J. (1920). *Schools of Gaul. A Study of Pagan and Christian Education in the Last Century of the Western Empire*. Oxford: Oxford University Press.
- HAARHOFF, T. J. (1951³ (1938¹, 1948²)). *The Stranger at the Gate. Aspects of Isolationism and Co-operation in Ancient Greece and Rome, with Reference to Modern Tensions between Races and Nations*. Boston: The Beacon Press.
- HALEY, S. P. (2005). Review: The Invention of Racism in Classical Antiquity by Benjamin Isaac. *The American Journal of Philology*, 126.3, 451-454.
- HARTOG, F. (2003 (1980)). *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HELMBOLD, N. P. (1968). Review of Racial Prejudice in Imperial Rome by A. N. Sherwin-White. *Classical Philology*, 63.2, 154.
- HOWARD, D. (2004-2005). The Roots of Racism. *The Journal of Blacks in Higher Education*, 46, 126-128.
- HUBY, C. (2008). Réalité et représentations dans l'art Romain. L'exemple des trophées aux captifs. *Méthodes et Interdisciplinarité en Sciences humaines*, 1, 69-87.
- ISAAC, B. (2006 (2004)). *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Princeton: Princeton University Press.
- KOPFF, E. C. (2005). History and Science in Tenney Frank's Scholarship. *The Occidental Quarterly*, 5.4, 69-81.
- LAMBERT, M. (2005). Proto-Racism. *The Classical Review*, 55.2, 658-662.
- LEFKOWITZ, M. (2005). Review: Benjamin Isaac. The Invention of Racism in Classical Antiquity. *The American Historical Review*, 110.1, 198-199.
- LEVENE, D. S. (2010). *Livy on the Hannibalic War*. Oxford: Oxford University Press.
- LOS, F. J. (1968). The Rise and Fall of the Roman Empire. The Biological Background. *The Mankind Quarterly*, 9.1, 3-19.
- MACMULLEN, R. (1969). Review: Racial Prejudice in Imperial Rome by A. N. Sherwin-White. *The American Journal of Philology*, 90.4, 500-501.
- MARCO SIMÓN, F. (2012). Iconografía de la derrota: formas de representación del bárbaro occidental en época tardorrepública y altoimperial. En: MARCO SIMÓN, F. - PINA POLO, F. - REMESAL RODRÍGUEZ, J. (Eds.). *Vae Victis! Perdedores en el mundo antiguo*. Barcelona: Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, 177-195.
- MCGREGOR, M. F. (1951). Review: The Stranger at the Gate by T. J. Haarhoff. *The American Journal of Philology*, 72.2, 206-208.
- MORENO LEONI, A. M. (2012). Reseña: Gruen, Erich S., *Rethinking the Other in Antiquity*. *Nova Tellus*, 30.1, 247-259.
- MUSTI, D. (1970). Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica: studi su Livio e Dionigi d'Alicarnasso. *Quaderni Urbinati di Cultura Classica*, 100, 3-159.

- NICOLET, C. (1991 (1988)). *Space, geography, and politics in the early Roman Empire*. Ann Arbor: The University of Michigan.
- N. P. (1994). A. N. Sherwin-White, 1911-1994. *The Journal of Roman Studies*, 84, xi-xiv.
- PARKE, W. (1939). Review: The Stranger at the Gate: Aspects of Exclusiveness and co-Operation in Ancient Greece and Rome, with Some Reference to Modern Times By T. J. Haarhoff. *The English Historical Review*, 54.215, 481-482.
- PETRIE, A. (1958). Professor T. J. Haarhoff – An Appreciation. *Acta Classica*, 1, 9-13.
- POTTER, D. S. (2001). Roman History and the American Philological Association 1900-2000. *Transactions of the American Philological Association*, 131, 315-327.
- PRATT, M. L. (2003 (1992)). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London –New York: Ed. Routledge.
- RICHTER, D. (2006). Book Review: The Invention of Racism in Classical Antiquity by Benjamin Isaac. *Classical Philology*, 101.3, 287-290.
- ROMANO, C. (2011). Us vs. Them: Good News from the Ancients. *Chronicle of Higher Education* (23.1.2011). <http://chronicle.com/article/Us-vs-Them-Good-News-From/126031/> (acceso 10/4/2013).
- SADDINTONG, D. B. (1961). Roman attitudes to the ‘externae gentes’ of the north. *Acta Classica*, 4, 90-102.
- SADDINTONG, D. B. (1975). Race Relations in the Early Roman Empire. *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II.3, 112-137.
- SHERWIN-WHITE, A. N. (1949). Greek and Roman Culture. *The Classical Review*, 63.¾, 126-127.
- SHERWIN-WHITE, A. N. (1967). *Racial Prejudice in Imperial Rome*. Cambridge: University Press.
- SHERWIN-WHITE, A. N. (1980). Review: Romans and Aliens by J. P. V. D. Baldson. *The Journal of Roman Studies*, 70, 192-193.
- SIMPSON, J. H. (1941). Review: The Stranger at the Gate: Aspects of Exclusiveness and Co-Operation in Ancient Greece and Rome, with Some Reference to Modern Times by T. J. Haarhoff. *International Affairs Review Supplement*, 19.6, 328-329.
- VASALY, A. (1993). *Representations. Images of the World in Ciceronian Oratory*. Berkeley - Los Angeles – London: University of California Press.
- VEYNE, P. (2005). *Sexe et pouvoir à Rome*. Paris: Ed. Tallandier.
- WALBANK, F. (1972). Nationality as a Factor in Roman History. *Harvard Studies in Classical Philology*, 76, 145-168.
- WILLIAMS, J. H. C. (2001). *Beyond the Rubicon. Romans and Gauls in Republican Italy*. Oxford: Oxford University Press.
- WITHAKER, R. (1997). The Classics in South African Society – Past, Present and Future. *Acta Classica*, 40, 5-14.

PÓLIS TYRANNOS. EL DÉMOS ATENIENSE COMO ARISTÓCRATA INDESEADO EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL SIGLO V A.C.

Pólis Týrannos. The athenian dêmos as unwished aristocrat in the political thought of the Fifth Century B.C.

(artículo recepcionado el 16/07/2016, aceptado el 03/10/2016)

CÉSAR SIERRA MARTÍN*

Università della Calabria

Dipartimento di Studi Umanistici

cesar.sierra@e-campus.uab.cat

Abstract: the aim of this paper is to analyze the political metaphor known as *pólis týrannos* coined by Thucydides (II. 63. 2). We are starting from a brief analysis about the archaic tyranny and its evolution as a political and ideological concept in order to explain the origin and the basis of the analogy. Finally, we will analyze the metaphor in relation to the antidemocratic discourse of the Athenian aristocracy.

Keywords: aristocracy – anti-democracy – tyranny – pseudo-Xenophon

Resumen: el presente artículo es una reflexión sobre la metáfora política conocida como *pólis týrannos*, acuñada por Tucídides (II. 63. 2). Partiremos de un breve análisis sobre la tiranía arcaica y su evolución como concepto político e ideológico para apreciar el origen y fundamento de la analogía. Finalmente, situaremos la metáfora dentro de la lógica del discurso antidemocrático de la aristocracia ateniense en época clásica.

Palabras Clave: aristocracia – antidemocracia – tiranía – pseudo-Jenofonte

1. Introducción

El derecho a participar en la toma de decisiones colectivas es una cuestión central en el pensamiento político antiguo y moderno. Sobre este particular,

* Este trabajo se ha realizado en el marco del programa de ayudas postdoctorales Beatriu de Pinós de la Generalitat de Catalunya (2014 BP-A 00034).

Moses I. Finley comenzaba su conocido ensayo *Vieja y nueva democracia* con una reflexión sobre la capacidad de la opinión pública para discernir aquello que se pone en juego durante unos comicios electorales. Algunos ciudadanos, apunta Finley, no conocen ningún detalle sobre el mercado común o las Naciones Unidas; otros ni siquiera tienen intención de ejercer su derecho al voto¹. Los teóricos modernos de la democracia se han volcado en definir cuál es el papel del ciudadano común en el complejo organigrama de los actuales gobiernos. El paradigma no es nuevo, todavía más, diríamos que es inherente a la democracia desde sus orígenes. El propio Finley destaca un interesante ejemplo en la *Política* de Aristóteles, donde se define la democracia ideal como aquella en que los ciudadanos de más baja condición vivían dispersos por el territorio, sin capacidad de reunirse con frecuencia, dejando los asuntos a ciudadanos con rentas elevadas (*Pol.* 1318b 5; 1319a 10-14). Es ésta una interpretación paternalista de la democracia donde el pueblo se concibe como un protagonista político incapaz de percibir el interés general e incapacitado para ejercer el gobierno. Sin duda una visión interesada y deformada por aquellos sectores sociales que tradicionalmente disfrutaban del monopolio en el ejercicio del poder. Pero en la democracia antigua la decisión de la mayoría era soberana (*Pol.* 1291b 23), situación que causaba el rechazo de los sectores acomodados. Pensamos que detrás de todo ello existe una serie de prejuicios hacia las capacidades intelectuales que pueda desarrollar una persona de condición humilde; una imagen que se ha perpetuado desde la antigüedad hasta nuestros días. Para ilustrar lo anterior, tomemos un ejemplo moderno en el *Atthis* (1912) de Gaetano De Sanctis en relación a los defectos inherentes a la *Helieia* (tribunal de justicia popular) en Atenas: *Ma al posto della corruzione individuale la ignoranza e la povertà dei giurati aprivano il varco della corruzione e al favoritismo collettivo*². Pobreza, ignorancia y tendencia hacia la corrupción son defectos que se cargan sobre las espaldas de aquellos ciudadanos con pocos recursos. La idea de que incluso los más pobres puedan

¹ FINLEY (1980: 9-10).

² DE SANCTIS (1912: 449).

participar en el control y gobierno de la comunidad a la que pertenecen no ha sido bien aceptada por algunos intelectuales. Sigue este camino el famoso concepto acuñado por Alexis de Tocqueville en el siglo XIX: ‘Tyrannie de la majorité’; que consiguió cristalizar a la perfección la repulsión elitista hacia la opinión de la mayoría³. Según Tocqueville, en democracia la opinión pública imponía sus pasiones y ejercía una suerte de dictadura sobre los intelectuales independientes. En cambio, la idea de justicia y de ley era la que respondía al interés general⁴. El razonamiento continúa dibujando una mayoría que vive en perpetua adoración de sí misma y corrompe el selecto panorama intelectual mediante el control de la opinión pública⁵. Idéntico concepto advertimos en John Stuart Mill, contemporáneo de Tocqueville, quien sostuvo:

Like other tyrannies, the tyranny of the majority was at first, and is still vulgarly, held in dread, chiefly as operating through the acts of the public authorities. But reflecting persons perceived that when society is itself the tyrant – society collectively, over the separate individuals who composed it – its means of tyrannising are not restricted to the acts which it may do by the hands of its political functionaries. Society can and does execute its own mandates: and if it issues wrong mandates instead of right, or any mandates at all in things with which it ought not to meddle, it practises a social tyranny more formidable than many kinds of political oppression, since, though not usually upheld by such extreme penalties, it leaves fewer means of escape, penetrating much more deeply into details of life, and enslaving the soul itself⁶.

En el texto, cuando la sociedad ejerce y lleva a cabo sus decisiones (y son erróneas) pueden suponer una formidable tiranía; para las minorías sensatas se entiende. La analogía resulta de la curiosa asimilación entre colectivo e individuo, o lo que es igual, que la sociedad actúa en función de una comunidad de intereses políticos y sociales tal como si fuera una única persona. La situación se lleva al extremo de considerar la opinión mayoritaria como un elemento de opresión

³ TOCQUEVILLE [1961(1864): 261].

⁴ TOCQUEVILLE [1961 (1864): 262-263].

⁵ Véase análisis en VILLA (2001: 68).

⁶ MILL [1989 (1856): 8].

política. Resulta esta una línea de pensamiento que entra con fuerza en el siglo XX con pensadores como José Ortega y Gasset que adopta a grandes rasgos la propuesta de Tocqueville y Mill. En su célebre *Rebelión de las masas* (1929), Ortega habla sobre las innovaciones políticas del inicio de siglo, asegurando que existía una ‘hiperdemocracia’ en que la masa actúa sin ley e imponía sus gustos y aspiraciones mediante presión⁷. Se trata de la sublevación moral e intelectual de las masas contra una aristocracia basada en la excelencia; en definitiva, la soberanía del hombre corriente⁸. En palabras del propio filósofo: *Ahora, en cambio, cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café*⁹. Así, la tiranía de la mayoría es violar legislando y gobernando los derechos de una minoría, aplicando el principio absoluto de la mayoría¹⁰.

Llamémosle ‘tiranía de la mayoría’ o ‘imperio político de las masas’ lo cierto es que, como decíamos, la reflexión se remonta al propio origen de la democracia. Nuestro objetivo en las siguientes líneas será analizar el concepto de *Pólis tyrannos* acuñado por Tucídides y puesto en boca de Pericles (TH. II. 63. 2). El contexto histórico debemos situarlo en el primer año de la guerra del Peloponeso durante la famosa epidemia que azotó Atenas. Como sabemos, la estrategia bélica de Pericles consistía en trasladar a la población del Ática tras los denominados ‘Muros largos’ cada vez que los espartanos invadían la región, lo cual empeoró considerablemente la salubridad de la ciudad y propició la propagación de la enfermedad¹¹. Ante el hacinamiento de personas y la destrucción del Ática, los atenienses dirigieron sus quejas contra Pericles, que los convocó en asamblea para defenderse y definió el imperio de Atenas como sigue:

[...] Y a este imperio ya no es posible renunciar, si es que alguien, debido a su miedo en la presente situación o a su deseo de

⁷ ORTEGA Y GASSET [2002 (1929): 54].

⁸ La autoridad de la opinión pública sobre el mundo intelectual es lo que preocupaba a Tocqueville, es decir, la vulgarización de la cultura; v. MALETZ (2002: 755-756) y CALHOUN (2005: 26). Desde nuestro punto de vista en Tocqueville y en Ortega se desarrolla la fobia a perder la primacía intelectual.

⁹ ORTEGA Y GASSET [2002(1929): 54].

¹⁰ SARTORI (1993: 93).

¹¹ Más información y bibliografía en SIERRA (2012).

tranquilidad, pretende hacer el papel de hombre bueno a este respecto. Este imperio que poseéis ya es como una tiranía: conseguirla parece una injusticia, pero abandonarla constituye un peligro. (TH. II.63.2).¹²

En el texto de Tucídides y en los anteriores ejemplos modernos, la tiranía toma un valor metafórico con la intención de generar una paradoja entre la democracia y un gobierno autoritario¹³. Una analogía que debe situarse dentro de la evolución histórica de la tiranía como concepto político. Igualmente en Aristófanes *Caballeros* 1111-1114, encontramos de nuevo la asimilación explícita entre el *dêmos* y el tirano, que abunda de nuevo en la polarización entre democracia y tiranía¹⁴. En diversos pasajes de la *Política* de Aristóteles se repite la metáfora con idéntico valor, quizás el ejemplo más evidente sea el siguiente:

Pues en las ciudades que se gobiernan democráticamente no hay demagogos, sino que los ciudadanos mejores ocupan los puestos de preeminencia; pero donde las leyes no son soberanas, ahí surgen los demagogos. El pueblo se convierte en monarca, uno solo compuesto de muchos, ya que los muchos ejercen la soberanía, no individualmente sino en conjunto. (ARIST. *Pol.* 1292a 26)¹⁵

Nótese la similitud con los planteamientos formulados por Tocqueville, Mill o el propio Ortega: un colectivo actúa como un individuo que impone sus decisiones como si de un soberano (o un tirano) se tratara¹⁶. Por este motivo las críticas contra el gobierno democrático viran hacia la asimilación con la tiranía, como forma de gobierno que monopoliza el poder e impide el acceso al mismo a las clases privilegiadas¹⁷. La situación que describe Aristóteles tuvo su punto de partida tras las denominadas reformas de Efialtes (462 a.C.). A partir de aquí se

¹² En adelante seguimos la traducción de TORRES ESBARRANCH, J. J. (2000). *Tucídides. Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Gredos.

¹³ La misma idea se repite por boca de Cleón (TH. III. 37. 2) y el embajador Eufemo (TH. VI. 85); véase HORNBLOWER (1991: 337-338).

¹⁴ Más ejemplos en la comedia *Ática* en HENDERSON (2003).

¹⁵ En adelante seguimos la traducción de GARCÍA VALDÉS, M. (2000). *Aristóteles. Política*. Madrid: Gredos.

¹⁶ Más ejemplos en ARISTÓTELES *Pol.* 1274a 5-7 y 1313b38; véase análisis en KALLET (2003: 121).

¹⁷ De la misma forma en época moderna veían con recelo la irrupción de las masas en terrenos tradicionalmente reservados a un selecto grupo.

avanzó hacia la soberanía popular en Atenas estableciendo nuevas relaciones en el ejercicio del poder que sin duda contrariaron a los sectores aristocráticos de la ciudad¹⁸. Pero, como decíamos, el valor de la analogía *dêmos*/tiranía debe entenderse teniendo presente la evolución histórica del tirano. Por tanto, para percibir el valor de la metáfora proponemos una arqueología de la tiranía como paso previo a una reflexión general que dividiremos en tres pasos: 1) abordar brevemente la relación del tirano arcaico con los sectores aristocráticos, 2) percibir la evolución de la tiranía como concepto político e ideológico hasta la época de Tucídides y 3) volver sobre la metáfora del *dêmos* y *pólis tyrannos* para captar el significado del discurso aristocrático contra la democracia en época clásica (y moderna). En este último apartado dedicaremos especial atención a la *República de los atenienses* del Pseudo-Jenofonte; opúsculo que condensa un evidente sentimiento antidemocrático y que nos ayudará a fijar nuestra reflexión.

2. Breve perfil del tirano arcaico

La implantación de la *pólis* como unidad política básica en la cultura griega no estuvo exenta de conflictos y luchas internas. Se trata de un proceso histórico complejo, que se desarrolló a lo largo del siglo VII-VI a.C. y sobre el que tenemos importantes lagunas documentales¹⁹. En cierto modo, el conocimiento sobre la política griega arcaica y el advenimiento de las tiranías depende de fuentes de época clásica como Heródoto, Tucídides y Aristóteles, entre otros²⁰. A grandes rasgos, la política de las incipientes *póleis* estaba en manos de las familias aristocráticas que poseían los recursos económicos y rivalizaban entre sí por dirigir la ciudad. La expresión de esta lucha política tiene

¹⁸ Al respecto véase PLÁCIDO (1997: 16-17); RAAFLAUB (2007: 106) y GALLEGO (2011: 160).

¹⁹ El origen de la *pólis* puede retrotraerse a la Edad Oscura. En el propio Homero hay datos que apuntan hacia un origen anterior al siglo VI a.C. (*Il.* XVII. 490-540; *Od.* VI. 7-10 y 262-272) pero la dificultad está en discernir cuándo se escribieron dichas obras. Por tanto, anotamos la cronología sobre la que tenemos datos más ciertos pero véase igualmente los elementos principales del debate en HANSEN (2004: 16-19). Sobre la conflictividad en las *póleis* de época arcaica véase análisis en FINLEY [1983 (1970): 105] y STARR (1986: 46-51).

²⁰ Como ha indicado PLÁCIDO (2007).

su elemento nuclear en la *hetairía* o grupo aristocrático cuyos miembros tenían intereses similares y estaban vinculados por lazos de amistad²¹. Progresivamente la base del conflicto entre aristócratas se amplió e incorporó otros grupos sociales hasta que afectó a todo el *dêmos*. La casuística de los problemas políticos era diversa pero, principalmente, en el centro de la conflictividad estaba el acceso a la tierra y el control de los resortes económicos de la *pólis*. Así, a medida que nos adentramos en el siglo VI, la importancia y potencia de las *stáseis* fue en aumento requiriendo cada vez con mayor frecuencia la figura de un árbitro. Un ejemplo conocido son las reformas de Solón, que gracias a medidas legislativas alivió durante un tiempo la presión política de Atenas²². Por su parte, Aristóteles recoge la presencia de una figura conciliadora, el *aisymnétas* (*Pol.* 1285a), cuya acción de gobierno se aproxima a las monarquías e incluso acuña el término de tiranía electiva; Pítaco de Mitilene fue el primero y más famoso de ellos²³. En la epigrafía también encontramos ejemplos de esta figura política, concretamente en una inscripción cretense (*SEG* 27: 631; *c.* 500 a.C.) que refiere los dones que la comunidad de los dataleos otorga a un individuo, *Spensithios*, y a sus descendientes por los servicios prestados como registrador y escriba²⁴. Un caso que hemos trabajado más a fondo tiene que ver con la instauración de la tiranía de Lígdamis en Naxos (540 a.C.)²⁵. Se trata de un proceso complejo de reconstruir porque los testimonios se hallan diseminados en varias fuentes como son Heródoto, Aristóteles o Ateneo. En síntesis, previamente a que Lígdamis se alzara con la tiranía, el pueblo tenía en especial consideración a un personaje llamado

²¹ Una síntesis de la *hetairía* la encontramos en FINLEY [1981(1974): 15-16] y GEHRKE (1997: 456). Un estudio pormenorizado en GHINATTI (1970).

²² No es este el momento de profundizar sobre las complejas reformas de Solón que supusieron un cambio significativo en la estructura social y económica de Atenas, véase al respecto LORAUX [2008(2005): 171-188] y PAIARO (2011).

²³ GEHRKE (1997: 462) y RAAFLAUB/WALLACE (2007: 42).

²⁴ Es el conocido como ‘contrato de *Spensithios*’; véase análisis en PIÑOL-VILLANUEVA (2013:127 ss).

²⁵ Cronología difícil de precisar, véase aproximación a este asunto en COSTA (1996: 158).

Telestágoras (Ateneo VIII 348A)²⁶. Siguiendo el testimonio de Ateneo, Telestágoras vivía en una aldea del interior de la isla (Leístades) y era muy querido por el pueblo. Un buen día, un grupo de muchachos ebrios fueron a la ciudad a comprar un ‘gran pez’ quizás para preparar un banquete y, como no llegaron a un acuerdo con el vendedor, éste les dijo que prefería regalarlo a Telestágoras antes que venderlo a mal precio. Los jóvenes encolerizados fueron a casa del aludido y provocaron un altercado, llegando incluso a abusar de las dos hijas de Telestágoras. A partir de aquí se produjo una rebelión liderada por Lígdamis con la participación del pueblo y que terminó con éste como tirano (Ateneo VIII 348 A). Por otro lado, Aristóteles añade que Lígdamis era un oligarca de la isla que aprovechó la situación para hacerse con la tiranía (Arist. *Pol.* 1345a41)²⁷. No nos extenderemos más en este ejemplo, sólo destacar que personajes como *Spensithios*, Telestágoras o incluso el mismo Solón son figuras que se aproximan al *aisymnétas* de Aristóteles; una forma de poder personal que se configura en un contexto político convulso como fue la *pólis* arcaica. Estos personajes formaban parte de la aristocracia tradicional de sus comunidades, con derecho gentilicio a ocupar las principales estructuras de poder. Sin embargo, las transformaciones económicas que se dieron en esa época favorecieron la aparición de nuevas elites que reclamaron su porción de poder²⁸. Esta situación no hizo más que aumentar la conflictividad. Para ilustrar el argumento, tomemos como referencia la conocida teoría de Tucídides sobre el origen de las tiranías:

Al hacerse Grecia más poderosa y dedicarse todavía más que antes a la adquisición de riquezas, en la mayoría de las ciudades se establecieron tiranías con el aumento de los ingresos (antes había

²⁶ Ateneo recoge una cita de la perdida *Constitución de los naxios* de Aristóteles; v. CORTADELLA/SIERRA (2012: 241).

²⁷ Más detalles y bibliografía en CORTADELLA/SIERRA (2012: 248).

²⁸ Con ello no queremos volver sobre la teoría según la cual el uso de la moneda y el aumento del comercio y la actividad artesanal propició la aparición de la tiranía. Base de la etiqueta historiográfica del ‘príncipe mercader’ URE (1922: 3), todo ello se ha revisado a nivel historiográfico STARR (1986: 80). Desde nuestro punto de vista, no se trata de definir la aparición de una burguesía que desestabilizó la política sino de comprender que diferentes formas de generar la riqueza generan sendos intereses económicos y políticos. Todo ello debe tenerse presente en la lucha facciosa aristocrática.

monarquías hereditarias con prerrogativas delimitadas), y Grecia se puso a equipar flotas y a vivir más de cara al mar. (TH. I. 13. 1)

Con toda la cautela que merece generalizar un proceso histórico oscuro como la implantación de las tiranías en Grecia, se debe decir que la propuesta de Tucídides es congruente al menos con el clima de lucha facciosa que venimos describiendo²⁹. Volviendo sobre el caso naxio, puede entenderse la lucha entre Telestágoras y los jóvenes como una rivalidad entre vieja y nueva aristocracia³⁰. La *hetairía* como unidad de la lucha política aristócrata recogía la diversidad de intereses económicos y políticos. En este sentido, podemos situar la conflictividad previa a la instauración de la tiranía en Atenas. Según Aristóteles, la lucha política estaba en manos de tres facciones que defendían sendos modelos políticos:

[...] Había tres partidos: uno el de los de la costa, que presidía Megacles, hijo de Alcmeón, quienes parecía que pretendían, sobre todo, una constitución moderada; otro el de los de la llanura, que procuraba la oligarquía, era su jefe Licurgo; el tercero el de los de la montaña, del que estaba encargado Pisístrato, que parecía ser el más demócrata. (ARIST. *Ath. Pol.* 13. 431).

Llamamos la atención sobre el hecho de que las tres facciones representaban intereses políticos, sociales y económicos distintos. Por tanto, nuevas formas de obtener riqueza generarían sendos intereses políticos y económicos. Por otro lado, no pasa desapercibido el epíteto ‘demócrata’ con el que Aristóteles define a Pisístrato lo cual no quiere decir que el futuro tirano gozara de un apoyo popular que no tenía el resto³². Lo cierto es que Pisístrato

²⁹ Este planteamiento ha gozado de mucho éxito, véase por ejemplo MOSSÉ (1969: 12-13) y un comentario más reciente en LEWIS (2009: 17).

³⁰ CORTADELLA/SIERRA (2012: 251-253).

³¹ Seguimos la traducción de García VALDÉS, M. (1984). *Aristóteles. Constitución de los atenienses; Pseudo-Aristóteles. Económico*. Madrid: Gredos.

³² Por su parte, HERÓDOTO (I. 59-64) apunta que Pisístrato se valió de una estratagema para hacerse con la tiranía en Atenas. Al parecer se hirió en los muslos y al mulo que utilizaba como montura y se presentó en el ágora haciendo creer a los atenienses que había sido atacado por sus rivales políticos. En virtud de los servicios prestados a la ciudad, los atenienses aceptaron que en lo sucesivo llevara una escolta de maceros para defenderse pero, sirviéndose de ellos y otros amigos, Pisístrato finalmente se hizo con la tiranía tomando la Acrópolis. La veracidad de este relato se ha puesto en cuestión; LAVELLE (2005: 68 ss).

necesitó varios intentos para alcanzar la tiranía, hecho que nos previene de considerarlo un líder del *dêmos*³³. Retomando la teoría de Tucídides, el desarrollo del comercio no trajo, por así decirlo, la lucha interna a las *póleis* pero supuso un factor desestabilizante en una situación de por sí difícil que aprovecharon algunos aristócratas para monopolizar el poder. La crítica moderna ha intentado situar la tiranía dentro de un esquema político lógico, coherente y evolutivo, interpretándola como un paso previo hacia formas de gobierno constitucionales. Sobre este particular, Anthony Andrewes propuso tres etapas en la evolución política de la Grecia arcaica: monarquía, aristocracia y gobierno constitucional; la tiranía estaría entre las dos últimas fases³⁴. De este modo, el proceso se entiende como una cesión del poder político desde la monarquía hasta la aristocracia y de ésta a nuevas formas de gobierno regidas por una *politeía* (oligarquías o democracias). Se trata de una simplificación peligrosa, un modelo que no explica el complejo panorama político griego y que toma como referencia el caso ateniense. Sin ir muy lejos, Esparta no lo cumpliría³⁵. Desde nuestro punto de vista, en el esquema de Andrewes hay un factor a tener en cuenta como es el antagonismo entre la tiranía y los gobiernos aristocráticos. El tirano puede formar parte de esa aristocracia de nacimiento o de la nueva aristocracia pero en cualquier caso, se trata de un aristócrata descontento con su situación que decide monopolizar el poder. Para alcanzar la tiranía intervinieron una serie de elementos endógenos y exógenos, como son: la *hetairía*, la riqueza y medios materiales, los contactos y alianzas matrimoniales fuera de la *pólis* y el apoyo popular. Por tanto, la tiranía rompe con el derecho de gobierno ligado al *génos* y la tradición e instituye una forma de gobierno unipersonal³⁶. Lo anterior escapa también del

³³ CAWKWELL (1995: 74-75) y LAVELLE (2005: 15-16), rechazan la idea de una tiranía democrática.

³⁴ ANDREWES [1971 (1956): 9-16].

³⁵ Además está la cuestión de las monarquías griegas, tema controvertido sobre el que se ha discutido mucho; FOUCHARD (1997: 25-56) y MARTÍNEZ LACY (2011: 49). En otro trabajo hemos profundizado sobre los procesos históricos simplificados y la utilización de etiquetas historiográficas en la interpretación de la tiranía arcaica; v. SIERRA (2014).

³⁶ Una figura que surge de la evolución política griega como en su momento indicó MAZZARINO [1989 (1947): 193-199].

tradicional esquema que interpreta la lucha interna en la *pólis* arcaica como una cuestión entre los *agathoi* y los *kakoi*³⁷. La cuestión que queremos fijar es que la aristocracia no era homogénea, ni tampoco el pueblo³⁸. Por tanto, no vemos base para afirmar que la aristocracia o el *dêmos* actuaron como si fueran una única persona.

Como no podía ser de otra forma, la tiranía sufrió un desgaste dentro del imaginario político griego. Comenzó como una forma de romper la hegemonía aristocrática e iniciar un nuevo camino; al respecto, Louis Gernet sostuvo que la tiranía griega presentó dos facetas: una como forma de poder política unipersonal y otra como renovación de la dinámica política³⁹. No cabe duda de que pronto perderá la etiqueta de fuerza política renovadora. Hacia finales del siglo VI y especialmente tras las guerras médicas, la tiranía se convertirá en un juicio de valor popular, en una figura ideológica más que en una forma de gobierno⁴⁰. Progresivamente adquirirá los rasgos arquetípicos que la definieron históricamente como gobierno: violencia, crueldad, arbitrariedad, ilegalidad, etc. Tras la derrota de Jerjes, la literatura griega se inundó de referencias a la tiranía como forma despótica de poder, de opresión. En cierta medida el argumento tiene su origen en el círculo intelectual ateniense que interpretó la victoria militar contra los persas como el triunfo de un sistema político, la democracia. Así, en la tragedia e historiografía de la época no es extraño caracterizar a Jerjes como un gobernante violento, cruel e imbuido de *hýbris* y asociar todo ello a la tiranía⁴¹.

En Atenas, la participación en la guerra de la clase censitaria más desfavorecida, los *thêtes*, imprimió una nueva dirección a la política. Los *thêtes* participaban en los riesgos de la guerra y, por tanto, reclamaban cada vez mayor protagonismo en la política. Líderes como Efiálfes y Pericles aprovecharon la

³⁷ El argumento descansa en el testimonio de Teognis de Mégara, véase COBB-STEVENS (1985: 110-161) y LANE-FOX (2000: 35-51).

³⁸ Véase análisis en DUPLOUY (2006: 41).

³⁹ GERNET [1980 (1968): 299].

⁴⁰ GIORGINI (1993: 220) y RAAFLAUB (2003: 71).

⁴¹ Figura política próxima a modelos griegos de mal gobernante como Agamenón, v. SIERRA (2011: 69-75).

coyuntura para capitanear este descontento; el *dêmos* quería más derechos y protagonismo político. La situación llegó a su punto culminante tras el episodio de Ítome, donde un contingente al mando de Cimón fue despedido por Esparta tras acudir en su ayuda para sofocar una rebelión hilotas (Th. I. 102)⁴². Al parecer, los espartanos entendieron que la tropa ateniense, demócrata, podía simpatizar con la causa hilotas y decidieron prescindir de ellos. Mientras esto sucedía en el Peloponeso, los rivales de Cimón con Efialtes a la cabeza tomaron la iniciativa y llevaron a cabo una serie de reformas que recortaron significativamente las atribuciones del Areópago⁴³. Por desgracia no tenemos muchos detalles del contenido de las reformas ni de los pormenores del proceso pero lo que sí podemos afirmar es que todo ello supuso un cambio de ciclo en una democracia bajo control aristócrata⁴⁴. Se trata al parecer de un giro político que benefició a los sectores más populares de la ciudadanía ateniense que lograban así vaciar de contenido el poder político todavía en manos de los aristócratas⁴⁵.

3. La ciudad tirana, el siglo V a.C.

Naturalmente, las reformas iniciadas por Efialtes y Pericles no fueron del agrado de los sectores acomodados de Atenas. En Tucídides se puede apreciar dónde estaban los límites de tolerancia de los ciudadanos más notables respecto a

⁴² Más detalles en HORNBLLOWER (1991: 158-160).

⁴³ Proceso que supone la culminación en la conquista de derechos de los *thêtes*; véase PLÁCIDO (1997: 17-18). La caída en desgracia de Cimón debe seguirse en PLUTARCO (*Cim.* 16. 3); SIERRA (2013: 154-155).

⁴⁴ La reforma del Areópago tuvo lugar alrededor del 462 a.C. y puede seguirse el impacto de las mismas en *Euménides* de Esquilo (458 a.C.), que centra su trama en el juicio contra el matricida Orestes en el que intervienen el *dêmos* ateniense, la diosa Atenea, las erinias como parte acusadora y Apolo como abogado defensor de Orestes. En un momento concreto de la obra, la diosa se dirige al pueblo y le pide que respeten al tribunal del Areópago, que actúen con prudencia e incluso se muestra contraria a las innovaciones legislativas (*Eum.* 490-535 y 694). Todo ello debe interpretarse en el contexto de las reformas del Areópago; PODLECKI (1966: 82); BOWIE (1993) y GIULIANI (2001: 82 ss).

⁴⁵ Según ARISTÓTELES (*Ath. Pol.* 23. 2 y 25. 1-2), el Areópago tuteló la política ateniense tras las guerras médicas durante 17 años con figuras carismáticas de corte conservador como Arístides, Mirónides o Cimón. Tomamos el dato con prudencia pero esta pretendida primacía del Areópago explicaría la necesidad de vaciarlo de poder en 462 a.C.; véanse nuestros argumentos en SIERRA (2013), con bibliografía.

la denominada ‘democracia radical’. En este sentido, en el discurso fúnebre el historiador realiza un elogio de la democracia ateniense entendida bajo la figura paternal de Pericles. Como es sabido, el juicio de Tucídides sobre el gobierno del ‘primero de los atenienses’ fue muy positivo (TH. I. 139. 4)⁴⁶; Pericles era el muro de contención de la actitud volátil y caprichosa del pueblo, que toma forma en actuaciones carentes de raciocinio para el historiador como la expedición a Sicilia (416/15 a.C.; TH. VI. 1). Para Tucídides el pueblo es ambicioso, lo cual puede ser una cualidad en determinados contextos pero llevado al extremo es sin duda un defecto⁴⁷. Dicho carácter se refleja en diversas ocasiones en la comedia y especialmente en *Avispas* (422 a.C.) donde uno de los protagonistas, Filocleón, evoca la actitud del pueblo ateniense que se define como arrogante, caprichoso y agresivo⁴⁸. Por este motivo Atenas precisaba de líderes que supieran conducir al pueblo ateniense y no sucumbieran ante sus exigencias. Obviamente esta interpretación aristocrática del carácter del pueblo ateniense es el origen de la metáfora que asocia democracia y tiranía y queda magistralmente retratada en la valoración que realiza Tucídides del gobierno de Pericles:

Sostenía [Pericles] que los atenienses vencerían [la guerra] si permanecían tranquilos y se cuidaban de su flota sin tratar de acrecentar su imperio durante la guerra y sin poner la ciudad en peligro. Pero ellos hicieron todo lo contrario, y, con miras a sus ambiciones particulares y a su particular beneficio, emprendieron una política diferente que parecía no tener nada que ver con la guerra y que resultaba perjudicial para sus intereses y los de sus aliados. [...] La causa era que Pericles, que gozaba de autoridad gracias a su prestigio y su talento, y resultaba además manifiestamente insobornable, tenía a la multitud en su mano, aún en libertad, y no se dejaba conducir por ella, sino que era él quien la conducía; y esto era así porque, al no haber adquirido el poder por medios ilícitos, no pretendía alargarla con sus discursos, sino que se atrevía incluso, merced a su prestigio, a enfrentarse a su enojo. (TH. II. 65. 7-8).

⁴⁶ Véase al respecto BANFI (2003: 75).

⁴⁷ Véase AMBAGLIO (2005: 6).

⁴⁸ Interesante análisis y más ejemplos en HENDERSON (2003: 169).

Desde nuestro punto de vista, Tucídides define claramente los límites de la democracia para un aristócrata. El pueblo no debe gobernar si no es bajo la tutela de un *aristós* que imprima cordura al gobierno de la ciudad y se enfrente a sus caprichos. Por todo ello, tras la desaparición de Pericles surgieron los demagogos, con Cleón al frente, cuyo único objetivo era seducir al pueblo sin tener presente el buen gobierno⁴⁹. No obstante, tanto Pericles como Cleón sabían que la ambición de los atenienses era el motor del imperio y la base del dominio sobre el resto de aliados de la Liga de Delos. Por este motivo el gobierno de Atenas era como una tiranía en el sentido deformado e ideológico; la libertad y arbitrariedad de los tiranos se trasladaba ahora a cada ciudadano de Atenas⁵⁰. Ese carácter del pueblo, otrora brillante y decidido, consiguió alzarse con la hegemonía del mar y someter a los aliados a tributo. De nuevo en *Avispas* queda este proceso bien reflejado, en la obra se contraponen dos generaciones de atenienses, una anciana a la que se atribuye el mérito de conseguir el imperio, y otra más joven que disfruta de las rentas que envían los aliados a la ciudad; habla el coro de ancianos:

En verdad era tan de temer yo [el *dêmos*] entonces, que nada me infundía espanto. Y desbaraté a los adversarios, navegando contra ellos con las naves. Pues entonces ni el preparar bien el próximo discurso, ni el extorsionar a nadie nos preocupaba: sólo quién de nosotros resultaría mejor remero. Por ello conquistamos muchas ciudades de los medos y fuimos la verdadera causa de que se traiga aquí ese tributo que roban los jóvenes. (AR. V. 1092-1100)⁵¹.

Bajo nuestro punto de vista, el texto plantea dos cuestiones importantes: 1) un choque generacional entre una sufrida parte de la ciudadanía con cuyo esfuerzo se forjó el imperio frente a una juventud rentista y voraz; y 2) las consecuencias de una nueva fuente económica en manos del pueblo como era el imperio o dominio económico sobre los aliados de la Liga. La cuestión que queremos fijar

⁴⁹ Por ejemplo en *Avispas* 732 y 1341, Cleón es el amante del pueblo; Sobre la animadversión de Cleón que muestran tanto Tucídides como Aristófanes véase WESTLAKE (1968: 60 ss.); GRIBBLE (2006: 440) y HUTCHINSON (2011).

⁵⁰ Amplíese esta reflexión en MCGLEW (1993: 189-190).

⁵¹ Traducción de GIL FERNÁNDEZ, L. (2011). *Aristófanes. Comedias II*. Madrid: Gredos.

es sencilla si se nos permite la siguiente generalización: si la prosperidad comercial prefigura al tirano, el imperio trajo la *pólis tyrannos*. Efectivamente era una situación nueva en la cultura política griega puesto que los ciudadanos ejercían el dominio de otras ciudades mediante sus decisiones en Asamblea. Como sostenían Pericles y Cleón, abandonar el imperio era peligroso para el orden externo de Grecia y para la concordia interna de Atenas⁵². Siguiendo este argumento, en la obra de Tucídides se plantea y vincula al carácter ateniense las características propias de la tiranía dentro del pensamiento clásico: violencia, *hýbris*, miedo a perder el poder y paranoia hacia la conspiración⁵³. Para estos sectores contrarios a la democracia, si la fuerza en la que descansaba el imperio era el pueblo ello constituía a la vez su debilidad. Se aprecia el argumento con nitidez en las palabras del coro de caballeros de Aristófanes:

!Oh! Demo, hermoso es el poder
que tienes, pues todos los hombres
te temen como a un tirano.
Pero eres fácil de engañar
y te gusta que te halaguen
y te engañen. Te quedas siempre
boquiabierto ante quien te está
hablando y tu mente se ausenta
aun estando tu presente.

(AR. *Eq.* 1111-1120)⁵⁴

El pueblo se presenta como un tirano ignorante, es poderoso pero voluble y con poco criterio. Así, los argumentos y razones que presentan Tucídides, Aristófanes y también Aristóteles coinciden en lo esencial con las ideas contenidas en el famoso opúsculo *La república de los atenienses* de Pseudo-Jenofonte. Bien es cierto que los autores citados mantienen un tono más correcto y ponderan más sus conclusiones pero, en cualquier caso, son exponentes de una corriente de pensamiento aristocrática y antidemocrática. Pensamos que un breve

⁵² Argumentos reproducidos en TH. II. 63. 2 (Pericles) y III. 37. 2 (Cleón); análisis en MCGLEW (1993: 184).

⁵³ GIORGINI (1993: 232).

⁵⁴ Traducción de GIL FERNÁNDEZ, L. (1995). *Aristófanes. Comedias I*. Madrid: Gredos.

análisis del Pseudo-Jenofonte nos ayudará a fijar mejor las ideas y profundizar sobre la metáfora *pólis týrannos*.

Como es bien sabido, el texto ha despertado mucho la atención de la crítica moderna por reflejar la opinión de los sectores oligárquicos sobre la democracia ateniense cuando ésta estaba en pleno apogeo. Como indica José Antonio Caballero, el estudio del tratado se ha centrado especialmente en cuatro puntos: datación de la obra, convicción política del autor, autoría y composición⁵⁵. Para lo que aquí nos atañe nos centraremos en las ideas políticas del autor, teniendo en cuenta que la horquilla cronológica de la obra se debe situar entre 443-416/10 a.C.⁵⁶. Al inicio del libelo el autor desarrolla un punto de vista que golpea al lector por la franqueza y crudeza con que define a las clases populares:

En todo el mundo la clase privilegiada es contraria a la democracia. Efectivamente, en las personas privilegiadas hay muy poca intemperancia e injusticia, pero la máxima exactitud para lo importante; en el pueblo, al contrario, la máxima ignorancia desorden y bajeza, pues la pobreza los lleva cada vez más hacia lo vulgar, y también la incultura e ignorancia causadas por la falta de recursos de algunas personas. (*Ath.* 1. 5).⁵⁷

Según esta idea, la pobreza es vulgaridad y lleva asociada toda una serie de defectos que impiden que los pobres alcancen la excelencia como norma general. Esto no es una opinión aislada, la comparten con los debidos matices y precauciones los autores modernos con los que iniciábamos nuestra reflexión. Dicho de otra manera, pensamos que este planteamiento es válido para definir la esencia de los conceptos ‘tiranía de la mayoría’ o ‘imperio de las masas’. Pero el vituperio al pueblo no termina aquí, a renglón seguido el autor explica que las personas de baja condición defienden los intereses de su misma clase y que todo se enmarca dentro de una aplastante lógica política. En este sentido, el culmen de

⁵⁵ CABALLERO (1982: 61-62).

⁵⁶ La obra es complicada de situar cronológicamente; véase MATTINGLY (1997: 352).

⁵⁷ En adelante seguimos la traducción de GUNTIÑAS TUÑÓN, O. (1984). *Jenofonte. Obras menores*. Madrid: Gredos.

la libertad del pueblo fue el derecho a participar y tomar la palabra en la Asamblea:

En efecto, el pueblo no quiere ser esclavo, aunque el país sea bien gobernado, sino ser libre y mandar, y poco importa el mal gobierno, pues de aquello por lo que tú piensas que no está bien gobernado, el propio pueblo saca fuerza de ello y es libre. (*Ath.* 1. 8).

No debemos olvidar que el autor, desconocido, es un oligarca de la propia Atenas. En este sentido, debió ser difícil para la clase acomodada que sus propuestas fueran rechazadas en detrimento de las opiniones del pueblo, habida cuenta de la impresión que tenían del mismo⁵⁸. Como indica el texto, de esta situación el pueblo saca fuerza. Por otra parte, la forma en que el autor expone sus argumentos es peculiar puesto que el texto parece un diálogo retórico, quizás fueran anotaciones para defenderlas en una alocución privada o en un banquete⁵⁹. Sea como fuere, el autor conoce bien las fortalezas y debilidades de la democracia ateniense. Según el libelo, la política griega en las postrimerías de la guerra del Peloponeso se interpreta como una lucha entre ricos y pobres por controlar el poder de las *póleis*. El germen de la metáfora de la ciudad tirana está en este argumento, cuando el autor sostiene que los atenienses privaban de sus derechos, arrebatában sus bienes, desterraban e incluso daban muerte a todas aquellas personas poderosas e influyentes del resto de Grecia (*Ath.* 1. 14). Análogamente, los aristócratas atenienses apoyaban a sus congéneres en el resto de ciudades griegas, definiéndose una comunión de intereses inter-*póleis* entre ricos y pobres. Saliendo de esta suerte de ‘lucha de clases’, el autor destaca la crueldad y arrogancia con que el pueblo ateniense dominaba y sometía a los aliados de la Liga. Éstos, continúa el autor, se convirtieron en esclavos de los atenienses que les fijaron tributo e incluso les obligaron a dirimir las cuestiones judiciales en Atenas

⁵⁸ En esta situación puede resultar útil recordar el ejemplo de Tersites en la *Iliada* (II. 211-264), un personaje molesto para los aristócratas por su baja condición que solía dirigirse a los caudillos aqueos y recriminarles sus decisiones. En una ocasión, Ulises golpeó y expulsó de la Asamblea a Tersites (II. II. 264).

⁵⁹ Imaginamos que con este argumento el destinatario no sería un público amplio.

(*Ath.* 1. 18). La clave para mantener este imperio está en el dominio del mar, todos los atenienses son buenos marinos para el autor pero no navegaban por amor al mar sino por interés personal. Mediante el monopolio del comercio adquirirían todo lo necesario sin esfuerzo y circulaban productos de las regiones más distantes que favorecían a los atenienses llevar una vida muelle. En definitiva, para Pseudo-Jenofonte, la democracia era un sistema corrupto que favorecía al pueblo y castigaba las clases acomodadas; no se podía mejorar porque era perfecto para aquellos a quién beneficiaba (*Ath.* 3. 9).

4. Conclusión

La metáfora del *dêmos týrannos* (o *pólis týrannos*) tiene a nuestro juicio dos dimensiones: una interna que afecta a la concordia cívica en Atenas y otra externa que incumbe al imperio⁶⁰. Siguiendo este esquema, el enfoque que habitualmente ofrece la crítica moderna tiene en cuenta, por un lado, el trato que los aliados de la Liga de Delos recibieron de Atenas (elemento exógeno) y, por otro lado, la función de la metáfora como auto-representación del *dêmos* ateniense (elemento endógeno)⁶¹. Un análisis acertado pero que no tiene en suficiente consideración la raíz histórica de la tiranía. Debemos tener presente el origen social del tirano y lo que su gobierno representaba para la aristocracia. Al respecto, decíamos en el segundo apartado que el tirano era parte de la aristocracia, por así decirlo, era un aristócrata descontento que aprovechaba las disensiones para hacerse con el poder y monopolizarlo. Cada caso tuvo sus particularidades pero, en general, el tirano contaba con apoyos internos como los compañeros y seguidores (la *hetairía*), y fuerzas externas como alianzas matrimoniales y lazos de amistad. En esta situación, la riqueza personal y el apoyo del *dêmos* terminaban por decantar la balanza. Ahora bien, la caracterización de la tiranía como un gobierno ilegal, violento y arbitrario vino de la mano de

⁶⁰ Esta separación ha sido bien advertida y trabajada en KALLET (2003: 118).

⁶¹ Así se recoge en las diferentes obras que han abordado específicamente la metáfora: HENDERSON (2003); KALLET (2003); RAAFLAUB (2003) y HARRIS (2005).

testimonios literarios que en su mayoría eran posteriores a la ‘edad de los tiranos’, sobre todo en época democrática⁶².

En la mentalidad política aristocrática la tiranía era un gobierno adverso pero asumible dentro de una racionalidad elitista. Explicamos nuestra postura. El tirano era un personaje notable en su comunidad, descontento con el trato que recibía de sus colegas, pero en el fondo era alguien de mérito, parte de los *agathoi* o por lo menos alguien distinguido⁶³. Por una parte, la tiranía era una forma de gobierno contraria a la aristocracia pero, por otra parte, cualquier aristócrata podía aspirar a ella⁶⁴. En cambio, la democracia también bloqueaba el acceso al poder de los aristócratas pero en ningún momento éstos podían identificarse con el pueblo. De nuevo en Pseudo-Jenofonte encontramos un claro testimonio de ello:

Por otra parte, la intemperancia de los esclavos y metecos en Atenas es muy grande, y ni allí está permitido pegarles ni el esclavo se apartará a tu paso. Yo te voy a explicar la causa de este mal endémico: si fuera legal que el esclavo o el meteco o el liberto fuese golpeado por una persona libre, muchas veces pegarías a un ateniense creyendo que era un esclavo. Efectivamente, allí el pueblo no viste nada mejor que los esclavos y metecos, ni son mejores en absoluto en su aspecto exterior. (*Ath.* 1. 11)

Obviamente resulta difícil para un aristócrata compartir espacio político y derechos con personas a las que desprecia. Que el gobierno democrático exigiera a las clases privilegiadas contribuciones como la *eisphora* y las diferentes liturgias públicas mientras el pueblo cobraba prestaciones por participar en la política, el célebre *misthós*, debió ser incomprensible para la aristocracia⁶⁵. Desde esta mentalidad, la democracia era todavía peor que la tiranía. De una forma más sutil se aprecia una opinión similar en Tucídides quien definió al *dêmos* como voluble,

⁶² Al menos en las principales ciudades de Grecia continental, en Sicilia la situación política era distinta. Resulta interesante, por ejemplo, apreciar la descripción que realiza Platón sobre la violencia política del tirano (*R.* 565e).

⁶³ Recordamos que Periandro, tirano de Corinto, se contaba entre los siete sabios de Grecia junto a Solón; véase PARKER (2007: 13-14).

⁶⁴ Sobre la tiranía como gobierno contrario a los intereses aristocráticos véase GIORGINI (1993: 128).

⁶⁵ SAMONS (2016: 85), sugiere con acierto que el *misthós* alteró definitivamente la relación entre gobernante, estado y ciudadanía.

ignorante y caprichoso (Th. II. 65. 6-7)⁶⁶. Sólo bajo la figura paternal de un ciudadano excelso e ilustre, como Pericles, era factible la democracia⁶⁷. Igualmente encontramos opiniones similares en las obras de Aristófanes, que se expresan descarnadamente como toca en el género de la comedia. Otro pensador contrario a la democracia que hasta ahora no habíamos citado, Platón, refleja la indefensión del privilegiado como sigue:

-¡Esta tolerancia que existe en la democracia, esta despreocupación por nuestras minucias, ese desdén hacia los principios que pronunciamos solemnemente cuando fundamos el Estado, como el de que, salvo que un hombre cuente con una naturaleza excepcional, jamás llegará a ser bueno si desde la tierna infancia no ha jugado con cosas valiosas ni se ha ocupado con todo lo de esa índole; la soberbia con que se pisotean todos esos principios, sin preocuparse por cuáles estudios se encamina un hombre hacia la política, sino rindiendo honores a alguien con sólo que diga que es amigo del pueblo! (PL. R. 558b)⁶⁸.

Bajo la metáfora de la *pólis týrannos* no sólo se esconde la frustración ante la pérdida de privilegios políticos sino una denuncia desesperada de la aristocracia ante el desdén del pueblo hacia su estilo de vida y valores. Según el texto, quienes no tienen nada no pueden gobernar porque no comprenden el valor de las cosas; la riqueza habilita para el gobierno. Recuperando el argumento de nuestro segundo apartado, la aparición de nuevas formas de riqueza especulativas favoreció la conflictividad y, de forma indirecta, potenció la aparición de tiranías⁶⁹. Siguiendo este camino, la creación de un sistema de exacción tributaria externa a la *pólis* (el

⁶⁶ No es improbable que Tucídides sea el autor de la *República de los atenienses*; una hipótesis que se ha barajado en repetidas ocasiones junto a nombres como Critias o Tucídides hijo de Melesias. A nivel morfológico incluso se han encontrado paralelismos; CABALLERO (1982: 75) y a nivel histórico Jacqueline de Romilly vio base suficiente para trazar la conexión; DE ROMILLY (1962). En líneas generales existen puntos de encuentro en la valoración de ambos autores sobre las capacidades del pueblo para gobernarse. Sin duda es un tema espinoso vincular un opúsculo de contenido reaccionario y despectivo con Tucídides pero bien podrían ser apuntes para el desarrollo de un discurso más elaborado y ponderado. Pensamos, por ejemplo, en un cuaderno de notas.

⁶⁷ No olvidemos también que Tucídides fue condenado al exilio tras su actuación como estratega en Anfipolis (425 a.C.; TH. IV. 106), lo cual puede explicar su juicio sobre la democracia. Algunos autores señalan que el historiador fue víctima de la democracia; RAAFLAUB (2003: 76).

⁶⁸ Traducción de EGGERS LAN, C. (2000). *Platón. República*. Madrid: Gredos.

⁶⁹ Reiteramos que es una generalización peligrosa pero permítasenos la misma en aras de una mejor comprensión de la metáfora política que estamos estudiando.

imperio) era el sustento económico de la ciudad tirana. No obstante, al entrar en guerra con Esparta el imperio supuso un mayor esfuerzo para todos e hizo aflorar las profundas desavenencias entre oligarquía y pueblo⁷⁰. En Tucídides la cuestión se enfoca hacia la ambición desmedida del pueblo, que quería aumentar el imperio con una política exterior agresiva. Justo lo contrario que sugería Pericles antes de fallecer. Según el historiador, todo ello condujo al desastre y prueba de ello fue el fracaso de la expedición a Sicilia.

Lo peculiar de este discurso es suponer que el pueblo es un ente homogéneo, que actúa al unísono y con los mismos intereses políticos. Nada más lejos de la realidad, un campesino del Ática no compartía los mismos problemas que un artesano del Cerámico⁷¹. Sin embargo, el discurso aristocrático intentaba con la metáfora de la *pólis týrannos* focalizar el problema en un actor único, la democracia. Bajo este discurso aristocrático, cada individuo del *dêmos* actuaba como un tirano, tenía plena libertad de actuación y fijaba sus propias normas⁷². Pero ello a nuestro juicio no es más que la frustración ante la pérdida de autoridad y poder en la vida política de un sector tradicionalmente privilegiado. En definitiva y para no alargar innecesariamente nuestro análisis, la metáfora tiene toda la lógica desde el punto de vista aristocrático. Una vez superada la tiranía como forma de gobierno en Atenas, el *dêmos* se convertía en el aristócrata indeseado; en aquella figura que actuaba fuera de toda lógica elitista e impedía a la aristocracia recuperar el monopolio de la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA:

AMBAGLIO, D. (2005). Prima di una democrazia delle regole: qualche appunto. En: BULTRIGHINI, U. (ed.). *Democrazia e antidemocrazia nel mondo greco. Atti del Convegno Internazionale di Studi Chietti, 9-11 aprile 2003*. Alessandria: Edizioni dell'Orso, 1-10.

ANDREWES, A. (1971[1956]). *The Greek Tyrants*. London: Hutchinson University Library.

⁷⁰ La cuestión está particularmente bien explicada en PLÁCIDO (1997: 71-72).

⁷¹ Véase por ejemplo MEIKSINS-WOOD (2003).

⁷² Bien apuntada esta cuestión en MCGLEW (1993: 189-190).

- BANFI, A. (2003). *Il governo della città. Pericle nel pensiero antico*. Napoli: Istituto italiano per gli studi storici.
- BOWIE, A. M. (1993). Religion and Politics in Aeschylus' Oresteia. *CQ*, 43(1), 10-31.
- CABALLERO, J. A. (1982). Aportaciones al estudio de la República de los atenienses. *Cuadernos de investigación filológica*, 8, 61-102.
- CALHOUN, J. (2005). Democracy in American Poetry: Longfellow, Whitman, and the 'Tyranny of the Majority'. *South Atlantic Review*, 70(1), 21-45.
- CAWKWELL, G. L. (1995). Early Greek Tyranny and the People. *CQ*, 45(1), 73-86.
- COBB-STEVENS, V. (1985). Opposites, Reversals, and Ambiguities: the Unsettled World of Theognis. En: FIGUEIRA, T. - NAGY, G. (eds.). *Theognis of Megara. Poetry and the Polis*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 159-175.
- CORTADELLA, J.; SIERRA, C. (2012). Telestágoras y la instauración de la tiranía en Naxos. *RCCM*, 54(2), 241-155.
- COSTA, V. (1996). Ligdami, Pisistrato e la fondazione della tirannia. En: LANZILLOTA, E. - SCHILLARDI, D. (eds.). *La Cicladi e il mondo Egeo. Seminari Internazionale di Studio. Roma 19-21 novembre 1992*. Roma, Tor Vergata: 155-170.
- DE SANCTIS, G. (1912). *Atthis: storia della Repubblica ateniese dalle origini alla età di Pericle*. Turín: Fratelli Bocca.
- DUPOLOY, A. (2006). *Le Prestige des Élités. Recherches sur les modes de reconnaissance sociale en Grèce entre les X^e et V^e siècles avant J.-C.* Paris: Les Belles Lettres.
- FINLEY, M. I. (1980 [1973]). *Vieja y nueva democracia*. Barcelona: Ariel.
- (1981[1974]). Demagogos atenienses. En: FINLEY, M. I. (ed.). *Estudios sobre historia antigua*. Madrid: Akal, 11-36.
- (1983[1970]). *La Grecia primitiva. Edad del Bronce y Era arcaica*. Barcelona: Crítica.
- FOUCHARD, A. (1997). *Aristocratie et démocratie. Idéologies et sociétés en Grèce ancienne*. Paris: Les Belles Lettres.
- GALLEGO, J. (2011). El mito de Orestes y el devenir dramático de la democracia. Política y tragedia en la Atenas de fines del siglo V a.C. En: AMES, C. - SAGRISTANI, M. (eds.). *Estudios interdisciplinarios de Historia antigua*. v. 3. Córdoba, Brujas: 159-179.
- GEHRKE, H. J. (1997). La <<stasis>>. En: SETTIS, S. (ed.). *I Greci*. v. 2(2). Torino: Giulio Einaudi Editore, 453-480.
- GERNET, L. (1980[1968]). *Antropología de la Grecia antigua*. Madrid: Taurus.
- GHINATTI, F. (1970). *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre Persiane*. Roma: L'Erma di Bretschneider.
- GIORGINI, G. (1993). *La città e il tiranno. Il concetto di tirannide nella Grecia del VII-V secolo a.C.* Milano: Giuffré Editore.
- GIULIANI, A. (2001). *La città e l'oracolo. I rapporti tra Atene e Delfi in età arcaica e classica*. Milano: Vita e pensiero.
- GRIBBLE, D. (2006). Individuals in Thucydides. En: RENGAKOS, A. - TSAKMAKIS, A. (eds.). *Brill's Companion to Thucydides*. Leiden: Brill, 439-468.
- HANSEN, M. H. (2004). The Lifespan of the Hellenic Polis. En: HANSEN, M. H. - NIELSEN, TH. H. (eds.). *An Inventory of Archaic and Classical Poleis*. Oxford: Oxford University Press, 16-22.
- HARRIS, E. M. (2005). Was all Criticism of Athenian Democracy necessarily Anti-democratic?. En: BULTRIGUINI, U. (ed.). *Democrazia e antidemocrazia nel mondo*

- Greco. *Atti del convegno Internazionale di studi Chieti, 9-11 aprile 2003*. Alessandria: Edizioni dell'Orso, 11-23.
- HENDERSON, J. (2003). Demos, Demagogue, Tyrant in Attic Old Comedy. En: MORGAN, K. A. (ed.). *Popular Tyranny*. Austin: University of Texas Press, 155-179.
- HORNBLOWER, S. (1991). *A Commentary on Thucydides*. v. 1. Oxford: Oxford University Press.
- HUTCHINSON, G. O. (2011). House Politics and City Politics in Aristophanes, *CQ*, 61(1), 48-70.
- KALLET, L. (2003). Dēmos Tyrannos: wealth, power and economic Patronage. En: MORGAN, K. A. (ed.). *Popular Tyranny*. Austin: University of Texas Press, 117-153.
- LANE-FOX, R. (2000). Theognis: an Alternative to Democracy. En: BROCK, R. - HODKINSON, S. (eds.). *Alternatives to Athens: Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece*. Oxford: Oxford University Press, 35-51.
- LAVELLE, B. M. (2005). *Fame, Money and Power. The Rise of Peisistratos and 'Democratic' Tyranny at Athens*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- LEWIS, S. (2009). *Greek Tyranny*. Exeter: Bristol Phoenix Press.
- LORAUX, N. (2008[2005]). *La Guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía*. Madrid: Akal.
- MALETZ, D. J. (2002). Tocqueville's Tyranny of the Majority Reconsidered. *The Journal of Politics*, 64(3), 741-763.
- MARTÍNEZ-LACY, R. (2011). Paola Vianello y la historia antigua. En: AQUINO, S.; GALAZ, M. T. (eds.). *La fascinación por la palabra. Homenaje a Paola Vianello*. México: UNAM, 47-52.
- MATTINGLY, H. B. (1997). The Date and Purpose of the Pseudo-Xenophon Constitution of Athens. *CQ*, 47(2), 352-357.
- MAZZARINO, S. (1989[1947]). *Fra Oriente e Occidente. Ricerche di storia greca arcaica*. Milano: Rizzoli.
- MCGLEW, J. F. (1993). *Tyranny and Political Culture in Ancient Greece*. Ithaca: Cornell University Press.
- MEIKSINS WOOD, E. (2003). La polis y el ciudadano-campesino. En: GALLEGU, J. (ed.). *El mundo rural en la Grecia Antigua*. Madrid, Akal: 269-326.
- MILL, J. S. (1989 [1856]). *On Liberty. with The Subjection of Women and a Chapter on Socialism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MOSSE, C. (1969). *La Tyrannie dans la Grèce Antique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2002[1929]). *La rebelión de las masas*. Madrid: El País.
- PAIARO, D. (2011). Las reformas de Solón y los límites de la coacción extraeconómica en la Atenas arcaica. *Sociedades precapitalistas. Revista de Historia Social*, 1(1), (on-line).
- PARKER, V. (2007). Tyrants and Lawgivers. En: SHAPIRO, H. A. (ed.). *The Cambridge Companion to Archaic Greece*. Cambridge: Cambridge University Press: 13-39.
- PIÑOL VILLANUEVA, A. (2013). Acceso a extranjeros a bienes inmuebles: primeros testimonios (s. VIII-V a.C.). En: SANTIAGO, R. A.; OLLER, M. (eds.). *Contacto de poblaciones y extranjería en el mundo griego antiguo. Estudio de Fuentes (= Faventia suppl. 2)*, Bellaterra: Faventia, 113-145.
- PLÁCIDO, D. (1997). *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la Guerra del Peloponeso*. Barcelona: Crítica.
- (2007). Las formas del poder personal: la monarquía, la realeza y la tiranía. *Gerión*, 25(1), 127-166.

- PODLECKI, A. J. (1966). *The political background of aeschylean tragedy*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- RAAFLAUB, K. A. (2003). Stick and Glue: the function of Tyranny in Fifth Century Athenian Democracy. En: MORGAN, K. A. (ed.). *Popular Tyranny*. Austin, University of Texas Press: 59-84.
- (2007). The Breakthrough of Dēmokratia in Mid-Fifth-Century Athens. En: RAAFLAUB, K. - OBER, J. - WALLACE, R. W. (eds.). *Origins of Democracy in Ancient Greece*. Berkeley/Los Angeles, University of California Press: 105-154.
- RAAFLAUB, K. A./WALLACE, R. (2007). People's Power and Egalitarian Trends in Archaic Greece. En: RAAFLAUB, K. A.; OBER, J.; WALLACE, R. (eds.). *Origins of Democracy in Ancient Greece*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 22-48.
- DE ROMILLY, J. (1962). Le Pseudo-Xénophon et Thucydide. Études sur quelques divergences. *Rev. De Phil.*, 36, 225-241.
- SAMONS, L. J. (2016). *Pericles and the Conquest of History. A political Biography*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SARTORI, G. (1993). *Democrazia. Cosa è*. Milano: Rizzoli.
- SIERRA, C. (2011). Jerjes, Leónidas y Temístocles: modelos griegos en el relato de Heródoto. *Historiae*, 8, 65-91.
- (2012). Asedio e insularidad en la estrategia de Pericles. En: ANTELA, B.; VIDAL, J. (eds.). *Fortificaciones y guerra de asedio en el mundo antiguo*. Zaragoza, Pórtico: 57-76.
- (2013). La Liga de Delos en la 'Alta pentecontecia': primer repaso a la tendenciosidad de Tucídides. *Polis*, 25, 129-160.
- (2014). La 'edad de los tiranos': una aproximación a las ambigüedades de la tiranía arcaica. *Gerión*, 32, 57-77.
- STARR, Ch. (1986). *Individual and Community. The Rise of the Polis 800-500 B.C.* Oxford: Oxford University Press.
- TOCQUEVILLE, A. de (1961[1864]). *De la Démocratie en Amérique*. Paris: Gallimard.
- URE, P. (1922). *The Origin of Tyranny*. Cambridge: Cambridge University Press.
- VILLA, D. (2001). *Socratic Citizenship*. Princeton: Princeton University Press.
- WESTLAKE, H. D. (1968). *Individuals in Thucydides*. Cambridge: Cambridge University Press.

EL DISCURSO ARISTOCRÁTICO SOBRE EL FIN DE LA TIRANÍA EN ATENAS Y LA TEORÍA DEMOCRÁTICA

The Aristocratic Discourse about the End of Tyranny in Athens and the Democratic Theory.

(artículo recepcionado el 29/10/2016, aceptado el 14/12/2016)

DIEGO PAIARO

Universidad Nacional General Sarmiento – Universidad de Buenos Aires

CONICET – Programa PEFSCA

Instituto de Historia Antigua y Medieval “Prof. José Luis Romero” (FFyL-UBA)

diegopaiaro@hotmail.com

Abstract: In this paper classical Athenian discourses about the end of tyranny and the beginning of democracy are analyzed. In particular, taking as a starting point the perspective of some modern specialist about Athenian democracy as a political regime that lacked a theory or systematic thinking as sustenance, aristocratic elements present in democratic discourse are taken into account. Lastly, the discourses about the end of tyranny are situated in the broader context of ideological disputes about the political capability of the masses.

Keywords: Athens – Discourse – Democracy – Aristocracy – Democratic Theory

Resumen: En el presente artículo se analizan los discursos existentes en la Atenas clásica acerca del fin de la tiranía y el comienzo de la democracia. En particular, partiendo de la perspectiva de diversos autores modernos según la cual la democracia ateniense careció de una teoría o un pensamiento sistemático que le hayan brindado sustento, se estudian las características aristocráticas presentes en el discurso democrático. Por último, se relacionan los discursos sobre el fin de la tiranía con las disputas ideológicas en torno a la capacidad política de las masas.

Palabras Clave: Atenas – Discurso – Democracia – Aristocracia – Teoría Democrática

1. El discurso aristocrático

La problemática general del discurso aristocrático en el mundo helénico-romano¹ adquiere ciertas particularidades al ser enfrentada al caso ateniense durante la vigencia de la *demokratía*². Si en diversas etapas y sociedades de la antigüedad clásica se trata de un discurso que suele presentarse –dadas las características del material heurístico que sobrevivió hasta nuestros días– como un objeto de análisis bastante claro, nítidamente delimitado y, en muchos casos, no contrapuesto a otros discursos, la Atenas democrática presenta un panorama bastante más complejo. En muchos casos en los que una aristocracia tradicional más o menos cerrada ejerce el poder durante un tiempo prolongado, el discurso aristocrático es, en tanto discurso de una elite, el “dominante” y, conjuntamente, lo que podríamos denominar como el discurso “oficial” de la ciudad, del reino, de la República o del Imperio dependiendo de cada caso histórico concreto. Bajo la democracia ateniense, como veremos, la cuestión pierde su nitidez y simpleza. En el presente artículo trabajaremos sobre la problemática del discurso aristocrático en la democracia ateniense. En particular, nos ocuparemos de un objeto que consideramos clave en tanto permite reconstruir esa enunciada complejidad enmarcada en los conflictos políticos que recorrieron al cuerpo cívico ateniense. Se trata, entonces, de los discursos existentes en la Atenas democrática acerca del fin de la tiranía, es decir, de la “liberación” de los atenienses y del inicio de la propia democracia.

¹ El presente trabajo fue (re)elaborado a partir de una conferencia dictada en el marco del ciclo de actividades sobre el discurso aristocrático en el entramado histórico del mundo Helénico-Romano organizadas por el Proyecto de Estudios Históricos Grecorromanos (PEHG) durante el año 2016. En virtud de mantener cierta frescura y la tónica de la exposición he decidido reducir sensiblemente las referencias del aparato erudito (concentrándolas en las notas a pie de página) y la complejidad en la argumentación de modo que el cuerpo del texto resulte de lectura más amable para el lector no especializado. Quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer nuevamente al PEHG –y de modo personal a Lorena Esteller, Graciela Gómez de Aso y Juan Pablo Alfaro– por hacerme sentir que mi trabajo es valorado al invitarme y recibirme de la mejor manera. Finalmente, creo necesario expresar mi agradecimiento al activo y atento público asistente a la conferencia ya que con sus preguntas, intervenciones y cuestionamientos han permitido que pueda ver algunas cuestiones, profundizar otras, y, en general, enriquecer mis perspectivas.

² Todas las fechas son a.C. a menos que se indique lo contrario.

En primer lugar, se impone una pequeña aclaración acerca de qué entenderemos por “discurso”. En lo que sigue, tomaremos como punto de arranque una concepción amplia del concepto. En este sentido, el término “discurso” será utilizado para dar cuenta de diversas formas más o menos elaboradas o complejas de “decir” algo, en el caso que nos ocupa, acerca del pasado de los atenienses. En función de esto, no pensaremos al discurso en un sentido restringido, relacionado exclusivamente con los textos que circularon de forma escrita y subsistieron hasta la actualidad. Por el contrario, en base a una reconstrucción a partir del análisis de materiales documentales de diverso tipo, tomaremos en cuenta determinadas prácticas, representaciones visuales, normas jurídicas o consuetudinarias como elementos capaces de haber construido discursos sobre el pasado de la ciudad democrática. Creemos que dichos elementos en conjunto constituyeron un(os) discurso(s) más o menos elaborado(s), coherente(s) pero también dinámico(s) y plástico(s) sobre el fin de la tiranía y el inicio de la *demokratía* ática.

En segundo lugar, deberíamos aclarar ¿a qué llamamos “discurso aristocrático”?, ¿en base a qué podemos decir que un discurso merece ser calificado como “aristocrático”? De modo simple, a los efectos de organizar la exposición de la temática, diremos que se pueden establecer tres escenarios que permitirían definir a un discurso como “aristocrático”. Primeramente, un discurso puede ser calificado como “aristocrático” en base a las características de su *producción*: se trata de un discurso producido de modo directo por la aristocracia, por un individuo o un colectivo que pertenece a ella o, en su defecto, por alguien que lo produce por encargo para esa clase. Si quisiéramos referir a algunos ejemplos de este tipo de discursos, podríamos citar el caso del poeta lírico (y de supuesto linaje aristocrático) Píndaro o el de los logógrafos profesionales que escribían discursos a pedido de miembros de la aristocracia para enfrentar a los jurados populares de la democracia (p.e. Lisias e Iseo) y el de quienes siendo miembros de la aristocracia escribían sus propios discursos (p.e. Andócides). En segundo lugar, un discurso puede ser “aristocrático” por su *forma*: se trata de

aquellos discursos que se los puede relacionar con lo aristocrático en base a sus modos de ejecución, las técnicas empleadas en su producción, los soportes y los materiales que lo contienen y permiten su circulación, los ámbitos a través de los cuales esa circulación se lleva a cabo, etc. Para este segundo tipo, los ejemplos podrían ser, en general, la lírica arcaica, los monumentos funerarios y los epigramas asociados a las representaciones escultóricas tanto honoríficas como mortuorias. En tercer lugar, finalmente, un discurso puede ser consignado como “aristocrático” en base a su *contenido*: se trata de aquellos discursos que “dicen” el pensamiento, las posturas o la ideología de la aristocracia de modo más o menos directo. Teognis de Mégara, Tirteo o el denominado Viejo Oligarca podrían ser claros representantes de esta tipología.

Estas definiciones no tienen, en absoluto, pretensión alguna más allá que la de organizar la exposición de la problemática a abordar. Seguramente este modo de entender el discurso y esta división entre *producción*, –y especialmente– *forma* y *contenido* aristocráticos puedan ser criticados justamente, en particular, al tratarse de parcelaciones extremadamente rígidas (no viene al caso, por ejemplo, retomar aquí las discusiones filosóficas o epistemológicas acerca de las relaciones entre *forma* y *contenido*). A pesar de ello, creemos que, al menos, estas puntualizaciones generales nos permitirán adentrarnos en el análisis de los discursos sobre el fin de la tiranía en Atenas y establecer ciertas caracterizaciones. Avancemos, entonces, sobre dichos discursos.

2. Discursos sobre el fin de la tiranía

2.1 Antilogías en la democracia

Ahora bien, una vez expuestas las cuestiones relacionadas con el problema del discurso aristocrático es menester que nos aboquemos al análisis de los discursos concretamente existentes en la Atenas democrática acerca del fin de la tiranía y el comienzo del poder del *dêmos*³. En este sentido, se puede reconocer de

³ Esta cuestión la hemos tratado de forma extensa y de modo particular en PAIARO (2017).

un modo más o menos claro, al menos, la existencia de dos “tradiciones” discursivas acerca del fin de la tiranía ateniense que se fueron configurando (y transformando) a lo largo de los siglos V y IV. Se trata de dos maneras distintas – y fuertemente contrastantes– de narrar la historia de la ciudad y, particularmente, cómo la tiranía fue derrocada y floreció el sistema democrático. Por un lado, se puede reconocer la existencia de un discurso mayormente oral y de carácter popular que, vehiculizado a través de distintos dispositivos (estatuas, representaciones pictóricas en cerámicas, ritos, canciones, normas jurídicas, costumbres, etc.) se consolidó institucionalmente como el relato “oficial” de la ciudad democrática acerca de su propio pasado. Por otro lado, un discurso que circuló de forma principalmente escrita (a pesar de basarse en tradiciones orales previas) entre los círculos relativamente pequeños de las clases instruidas atenienses y que ha llegado hasta nosotros a través de la conservación de distintas fuentes textuales⁴. En función de clarificar la exposición, denominaremos al primero de los tipos como el discurso “oficial-popular” de la ciudad y al segundo como el discurso “iconoclasta” (con respecto al anterior).

En un estudio sobre los atidógrafos que en la actualidad se ha constituido en una obra de referencia clásica, Felix Jacoby dio inicio a un modo de interpretar esta coexistencia de discursos que resultó muy exitoso. Para este autor habrían existido en Atenas dos tradiciones dicotómicas y enfrentadas sobre la “liberación” de la ciudad con respecto a la tiranía: la “tradicción de los Alcmeónidas” y la “tradicción oficial del tiranicidio”. Impulsada por los “oponentes de los Alcmeónidas”, esta última tradición habría resultado victoriosa desde el inicio de la democracia. Según este esquema interpretativo, tal predominio de la “tradicción oficial del tiranicidio” se relacionaría con el desprestigio de la aristocrática familia ateniense en base a su ambigüedad política entre los años 510 y el 490 lo que

⁴ Este modo de presentar a los dos discursos no pretende proponer una dicotomía rígida entre tradición oral y escritura. Al respecto, ver los trabajos de THOMAS (1989: esp. 238-82; 1992).

determinó, en definitiva, la adopción por parte de la *pólis* del discurso que acabó por transformarse en el “oficial”⁵.

Hoy en día, y especialmente a partir de los trabajos de Rosalind Thomas sobre las relaciones entre tradición oral y escritura, resulta difícil sostener la existencia de tradiciones enfrentadas, homogéneas y dicotómicas, una representante de la familia de los Alcmeónidas y la otra, “oficial” de la *pólis*. En oposición a ello, la autora propone que existieron redes bastante más complejas de tradiciones orales durante el siglo V e incluso luego y, de esta manera, propone que dichas tradiciones orales –en las que se basaron parcialmente las fuentes escritas con las que contamos en la actualidad– se fueron modificando a través del tiempo por lo que no puede sostenerse, sin más, la existencia una rígida dicotomía⁶. Sin embargo, entender que las diversas tradiciones no existieron de forma aislada ni se conservaron inmutables a través del tiempo, no debería hacernos perder de vista que, durante la vigencia de la democracia, sí existieron contrastantes discursos sobre el fin de la tiranía y la “liberación” de Atenas. Estos discursos enfrentados constituyen un objeto interesante para pensar en la problemática del discurso aristocrático bajo la democracia y, a la vez, creemos que formaron parte de la disputa ideológica que atravesó todo el período acerca de la capacidad política del *dêmos* y, en definitiva, de la legitimidad de la *demokratía*.

En lo que sigue veremos, en primera instancia, cómo la ciudad democrática desarrolló un discurso sobre el surgimiento del poder popular a partir de una multiplicidad de objetos, prácticas e instituciones que se solidificaron en lo que hemos decidido denominar el relato “oficial-popular”. Luego, trabajaremos sobre lo que hemos consignado como la corriente “iconoclasta” que, frecuentemente de modo explícito, se proponía como discurso alternativo,

⁵JACOBY (1949: 152-68). Con puntualizaciones, correcciones y matices, la lectura dicotómica propuesta por Jacoby puede verse replicada en: EHRENBERG (1950); VLASTOS (1953); LANG (1955); FITZGERALD (1957); PODLECKI (1966); FORNARA (1968a; 1968b; 1970); FORREST (1969). Cf. sin embargo, el trabajo de THOMAS (1989: 241) que constituyó una verdadera ruptura con respecto a una larga tradición interpretativa.

⁶THOMAS (1989: 238-82).

impugnatorio, crítico, de disenso, frente al relato sostenido institucionalmente por la ciudad. Finalmente, rastreadremos la cuestión del discurso aristocrático en relación a esta antilogía y, por último, discutiremos qué relevancia tuvo en las disputas ideológico-políticas desarrolladas durante la democracia.

2.2 *La configuración del discurso “oficial-popular”*

Aquello que hemos denominado como discurso “oficial-popular” se trató de una construcción que no fue el resultado de la elaboración de un determinado autor o de un grupo de diversos autores. Por el contrario, fue un discurso que se fue configurando de modo diacrónico a través de la agregación de una serie heterogénea de prácticas institucionales, representaciones visuales, objetos, costumbres, normas, etc. Es así que se constituyó un relato que era de carácter “oficial” ya que fundaba una parte importante de sus apoyaturas de sentido en un grupo de dispositivos institucionales de la ciudad. Sin embargo, al mismo tiempo, se encontraba compuesto de elementos que no tenían un carácter institucional y circulaban de forma material e imaginaria en la *pólis* democrática. En síntesis, podemos decir que se trataba de un discurso sobre el pasado que era oficial –ya que se constituía y circulaba gracias a diversas instancias y prácticas institucionales– y a la vez de carácter popular, en tanto que esas prácticas eran, principalmente, el producto del poder instituyente del *dêmos* ateniense.

En constante (re)creación, el discurso que la Atenas democrática constituyó para representar el fin de la tiranía y sus propios comienzos consistía en una simplificación de los procesos y eventos históricos –cualesquiera estos hayan sido (no son nuestra preocupación aquí)– a una mínima expresión de sentido que, de modo frecuente, se presentaba de forma más implícita que explícita. Básicamente, relataba que Harmodio y Aristogitón (los Tiranocidas) asesinaron a Hiparco (uno de los hijos del tirano ateniense Pisístrato) en las fiestas Panateneas del año 514 liberando con ese simple acto a Atenas de la tiranía y abriendo paso para el desarrollo de la soberanía popular. De esta manera, de

acuerdo a la interpretación que la democracia difundía de su propia historia⁷, el tiranicidio constituía el acontecimiento nodal que permitió la aparición de la *isonomía* en Atenas, esto es, en cierto modo, de la democracia. Si quisiéramos dar crédito al historiador Tucídides, deberíamos pensar que el discurso “oficial-popular” consistía, en definitiva, lo que “la muchedumbre (*tò plêthos*) pensaba” (1.20.2) o lo que “los atenienses creían” (6.54.1).

Lo anterior no quiere decir que este discurso era efectiva o únicamente lo que el *dêmos* en verdad creía. Inclusive es el propio Tucídides (6.53.3) quien dice que: “El pueblo sabía por tradición (*akoê*) que la tiranía de Pisístrato y de sus hijos había terminado por resultar insoportable y que, además, no había sido derribada por ellos y por Harmodio, sino por obra de los lacedemonios, y por ello vivía siempre en el temor y lo miraba todo con desconfianza”. En tanto, en el mismo sentido y en un contexto plenamente democrático como eran las representaciones dramáticas, Aristófanes (*Lisístrata*, 1150-1156) introduce claramente una versión alternativa a la “oficial-popular” acerca del fin de la tiranía: “¿No recordáis cuando a su vez los laconios, en la época en que llevabais unos mantos rústicos, vinieron con la lanza para ayudaros, y mataron a muchos hombres de Tesalia y a muchos compañeros y aliados de Hipias? Fueron los únicos que entonces os ayudaron a expulsarlos, y os liberaron, y, a cambio de esa ropa de esclavos, abrigaron de nuevo a vuestro pueblo con una capa de lana”.

Ahora bien, esa mínima expresión de sentido de la que hablábamos y que estructuraba al discurso “oficial-popular”, aparece muy bien representada en una serie cantos simposiáticos que han subsistido hasta nuestros días. Allí se puede apreciar la idea según la cual los Tiranicidas, al asesinar a Hiparco, dieron a Atenas la *isonomía*, esto es, un virtual sinónimo de *demokratía*⁸. Se trata de dos cánticos muy similares: “En una rama de mirto llevaré la espada como Harmodio y Aristogitón cuando mataron al tirano y dieron a Atenas leyes iguales para todos

⁷ Una reminiscencia tardía de ello puede verse en DIODORO DE SICILIA (9.1.4 y 10.17).

⁸ Cf. NEER (2002: 18-9, 170-1). Acerca de la relación entre los cantos del simposio y la memoria colectiva de la ciudad, O’SULLIVAN (2011).

[*isonómous tàs Athénas epoiesáten*]”⁹ y “En una rama de mirto llevaré la espada como Harmodio y Aristogitón cuando en la fiesta de Atenea mataron al tirano Hiparco”¹⁰. Hay, en tercer lugar, otro en el que se situaba a uno de los Tiranícidias con las mitológicas *makáron nêsoi* (“islas de los bienaventurados”) y se lo equiparaba –a partir de compartir el mismo y prestigioso espacio– a otros héroes: “Querido Harmodio, todavía no has muerto, dicen que estas en las islas de los bienaventurados donde Aquiles de pies rápidos y dicen que Diomedes, hijo de Tideo”¹¹.

Ahora bien, nos permitiremos listar de modo rápido una serie de lugares, prácticas y objetos que rememoraban a las figuras de Harmodio y Aristogitón en tanto responsables de la liberación de Atenas. Queremos con ello, simplemente, mostrar los múltiples dispositivos a partir de los que se elaboró esta construcción discursiva en la ciudad democrática. Es menester poner en consideración el hecho de que estos dispositivos no irrumpieron o se elaboraron todos en el mismo momento ni formaron parte de una acción deliberada y planificada. Antes bien, se trató de un procedimiento de agregación, de construcción y constitución cuya cronología resulta, en gran medida, bastante opaca en tanto desconocemos cuándo comenzaron y/o dejaron de existir varias de estas prácticas, sitios, costumbres, instituciones y objetos. No obstante esto último, desde nuestra perspectiva, pensamos que dicha agregación de elementos y prácticas expresan la constitución de un discurso –que de ningún modo era homogéneo o cerrado– no enteramente formalizado sobre la “liberación” de Atenas de la tiranía y el ascenso político del *dêmos*.

Pasemos, concretamente, a ver de qué se trataban estos modos de evocar el pasado, el fin de la tiranía y la figura de los Tiranícidias, durante la vigencia de la democracia en Atenas. En primer lugar, en la que posiblemente haya sido la práctica institucional más importante para evocar a los Tiranícidias, la *pólis*

⁹PMG (893).

¹⁰PMG (895).

¹¹PMG (894).

instituyó un culto oficial celebratorio de Harmodio y Aristogitón que se desarrollaba durante las Panateneas¹². Es muy probable que las prácticas que estructuraban al culto se hayan realizado regularmente en torno a las tumbas de los Tiranicidas que se encontraban emplazadas en el cementerio público (*demósion sêma*) de la ciudad ubicado en el barrio del Cerámico (**Fig. 1**)¹³.

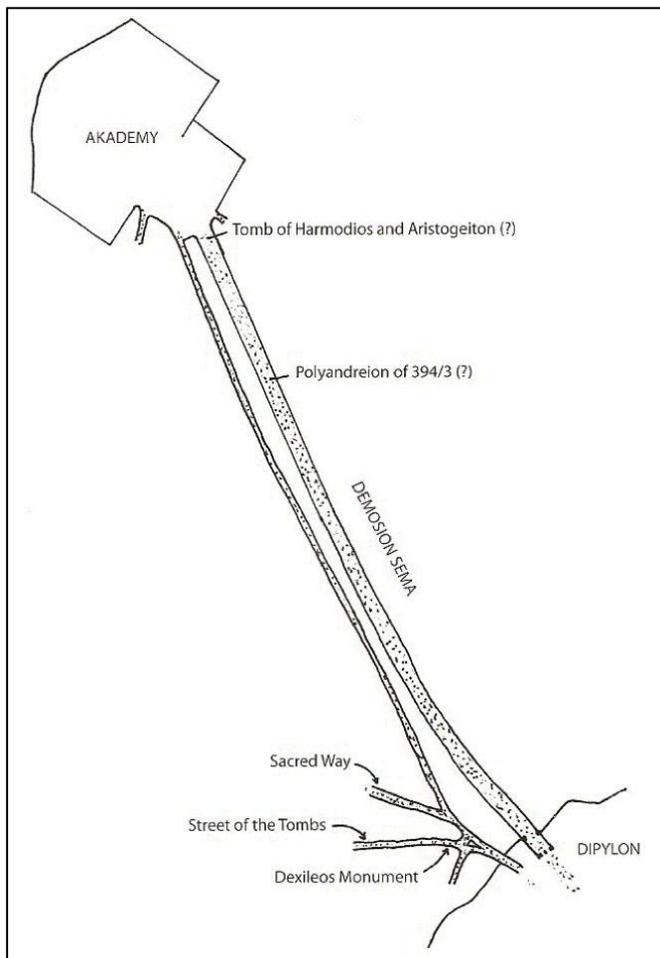


Fig. 1. Posible localización de la tumba de Harmodio y Aristogitón en el *demósion sêma* entre la Academia y el Dípilon. Lugar del monumento de Dexileo. De acuerdo a C.W. Clairmont (*Patrios Nomos. Public Burial in Athens during the Fifth and Fourth Centuries BC*, Oxford: Oxford University Press, 1983, fig. 5).

A la vez, de acuerdo con una información transmitida por Demóstenes (19.280), sabemos que los Tiranicidas recibían en “todos los templos y sacrificios

¹²SHEAR (2012a; 2012b: 29-35). Sobre el culto a los Tiranicidas, ver: KEARNS (1989: 55 y 150); TAYLOR (1991:5-8); GARLAND (1992: 94-6 y 199); WHITLEY (1994: 226); PARKER (1996: 123, 136-7); ANDERSON (2003: 202-4); RAAFLAUB (2003: 65). Cf. DEMÓSTENES (19.280).

¹³PAUSANIAS (1.29.15). Cf. HIPÉRIDES(6.39).

públicos...libaciones y cráteras [ofrendas de vino]” y se entonaban cánticos para honrarlos “en igual medida que a los dioses y a los héroes”¹⁴. En cuanto a los descendientes de Harmodio y Aristogitón, éstos recibían de parte de la ciudad una serie de privilegios que buscaban distinguir su prestigio y honor¹⁵: asientos preferenciales (*proedriôn*)¹⁶, exención de obligaciones públicas (*ateleiôn*)¹⁷ y alimentación (*sítesis*) a costa de la ciudad en el Pritaneo (**Fig. 2**)¹⁸. En cuando a la protección de una memoria prestigiosa de los Tiranicidas, sabemos a partir de distintas fuentes que no se podía hablar mal de Harmodio y/o Aristogitón, cantar canciones contra ellos¹⁹, ni dar sus nombres a quienes eran esclavos²⁰.

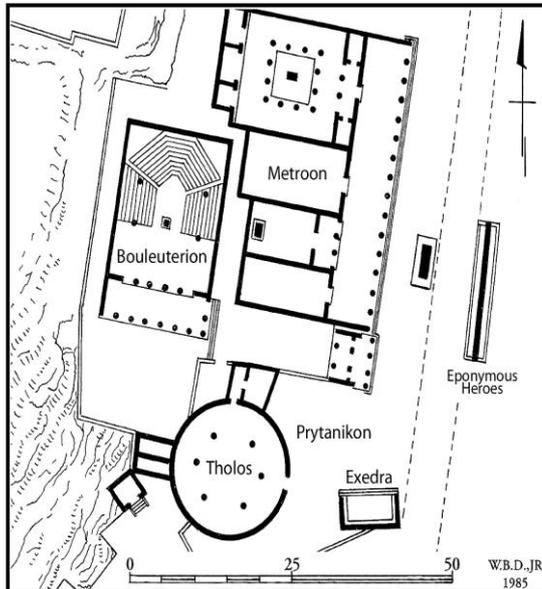


Fig. 2. Pritaneo (*thólos*) situado en el ágora, lugar donde los descendientes de los Tiranicidas (y los hijos de ciudadanos fallecidos en la guerra) eran alimentados a costa de la ciudad. De acuerdo a J. McK. Camp II (*The Athenian Agora. A Short Guide to the Excavations*, Princeton: The American School of Classical Studies at Athens, 2003, fig. 14) en base a un dibujo de W.B. Dinsmoor Jr.

¹⁴ Cf. SHEAR (2012b: 30-1).

¹⁵ ISEO (5.47). Cf. DINARCO (1.101).

¹⁶ Cf. ENGEN (2010: 174-5).

¹⁷ Cf. ENGEN (2010: 187-92).

¹⁸ ISEO (5.47). Cf. DINARCO (1.101). Sobre las implicancias de recibir alimentos a cargo de la *pólis* en el Pritaneo: SCHMITT-PANTEL (2011: 145-68). Este privilegio aparece confirmado en el denominado “decreto del Pritaneo”: IG II² 77 (= IG I³ 131); cf. OSTWALD (1951); THOMPSON (1971); OSBORNE (1981: 170); SCHMITT-PANTEL (2011: 147-9); VALDÉS GUÍA (2009: 210-2).

¹⁹ HIPÉRIDES (2.3): cf. O’SULLIVAN (2011).

²⁰ AULO GELIO (*Noches áticas*, 9.2.10); LIBANIO (5.53); cf. TAYLOR (1991: 9); RAAFLAUB (2003: 66).

Una mención especial, dada su centralidad tanto material como simbólica, merece el hecho de que fueron los Tiranicidas las primeras personas –y por un largo período de tiempo, las únicas²¹– que recibieron un grupo escultórico honorífico en el ágora ateniense (**Fig. 3**)²². Creadas, en primera instancia, por Atenor y, luego de su “raptó” por los persas, por Critios y Nesiotes, las esculturas de los Tiranicidas se constituyeron en un ícono del régimen político democrático (**Fig. 4-5**)²³. Finalmente, ha subsistido un relativamente pequeño grupo de objetos que, siendo de menor tamaño o relevancia y en algunos casos de uso cotidiano o particular, evocaban también a la figura de los Tiranicidas. Se trata de algunas cerámicas que, por un lado, representaban directamente a las esculturas –rápidamente constituidas en íconos– de Critios y Nesiotes (**Fig. 6-9**)²⁴ y, por otro lado, lo hacían a través de la figura de Teseo, algo que no es un dato poco relevante ya que sabemos que el mítico rey ateniense adquirió un lugar preponderante en el discurso democrático (**Fig. 10**)²⁵. Asimismo, algunos relieves funerarios como el de la tumba de Estratocles (**Fig. 11**), el de Albani (**Fig. 12**) y el de la tumba de Dexileo (**Fig. 13**; localización con: **Fig. 1**; cerámica de su ajuar:

²¹La supuesta estatua en honor a Leena es un caso algo controversial y no demasiado seguro. Según PLINIO EL VIEJO (*Historia Natural* 7.23, 34.72), se trataba de una cortesana perteneciente al círculo de los Tiranicidas que, asesinado Hiparco, fue torturada hasta su muerte sin delatar la conspiración. Los atenienses, entonces, habrían deseado rendirle honores. Sin embargo, para evitar a la vez honrar a una cortesana, la representaron como a una leona (animal al que hacía referencia su nombre) sin lengua para evocar la causa de su honor. Para POLIENO (8.45), Leena era amante de Aristogitón –a diferencia de ATENEO (596f) para quien lo era de Harmodio– y su estatua de bronce se situaba en los Propileos de la Acrópolis ateniense. En tanto, PAUSANIAS (1.23.1-2) aporta el dato que junto a la estatua de la leona se erigió una de Afrodita que fue una ofrenda de Calias. Cf. PLUTARCO (*Moralia*, 505e-f). Merece, sin embargo, hacer referencia al planteo de KEESLING (2005: 63-5) en tanto argumenta que, en verdad, la identificación de la estatua de la leona (que habría perdido la lengua por mero accidente) con Leena se trataría, fundamentalmente, de una atribución tardía y de la tradición oral.

²²ARISTÓTELES (*Retórica*, 1368a 18). Solamente a principios del siglo IV, el *dêmos* vuelve a reconocer con estatuas en el ágora el honor de determinados individuos, en este caso, al estratega Conón y al rey de la Salamina chipriota Evágoras; cf. DEMÓSTENES (20.69-70); ISÓCRATES (9.56-57) y PAUSANIAS (1.3.2-3). Cf. SHEAR (2007: 107-9, 2011: 274-81, 2012b: 35).

²³Un trabajo reciente repasa la “biografía” de las estatuas, AZOULAY (2014). Cf. los estudios ya clásicos de BRUNNSÄKER (1971); FEHR (1997) y TAYLOR (1991: 13-21).

²⁴Hablamos aquí de un grupo de ocho vasos del siglo V de los cuales tres (o cuatro) corresponden al período *circa* 475-450 y los cuatro o cinco restantes se pueden fechar en torno al año 400. Cf. el análisis de NEER (2002: 168-81).

²⁵KARDARA (1951); TAYLOR (1991: 36-70); CASTRIOTA (1997: 209-13). GARLAND (1992: 94) da cuenta del paralelismo entre el culto a los Tiranicidas y el de Teseo.

Fig. 9) evocaban en su gesto postural a la figura de Harmodio del grupo escultórico situado en el ágora²⁶.

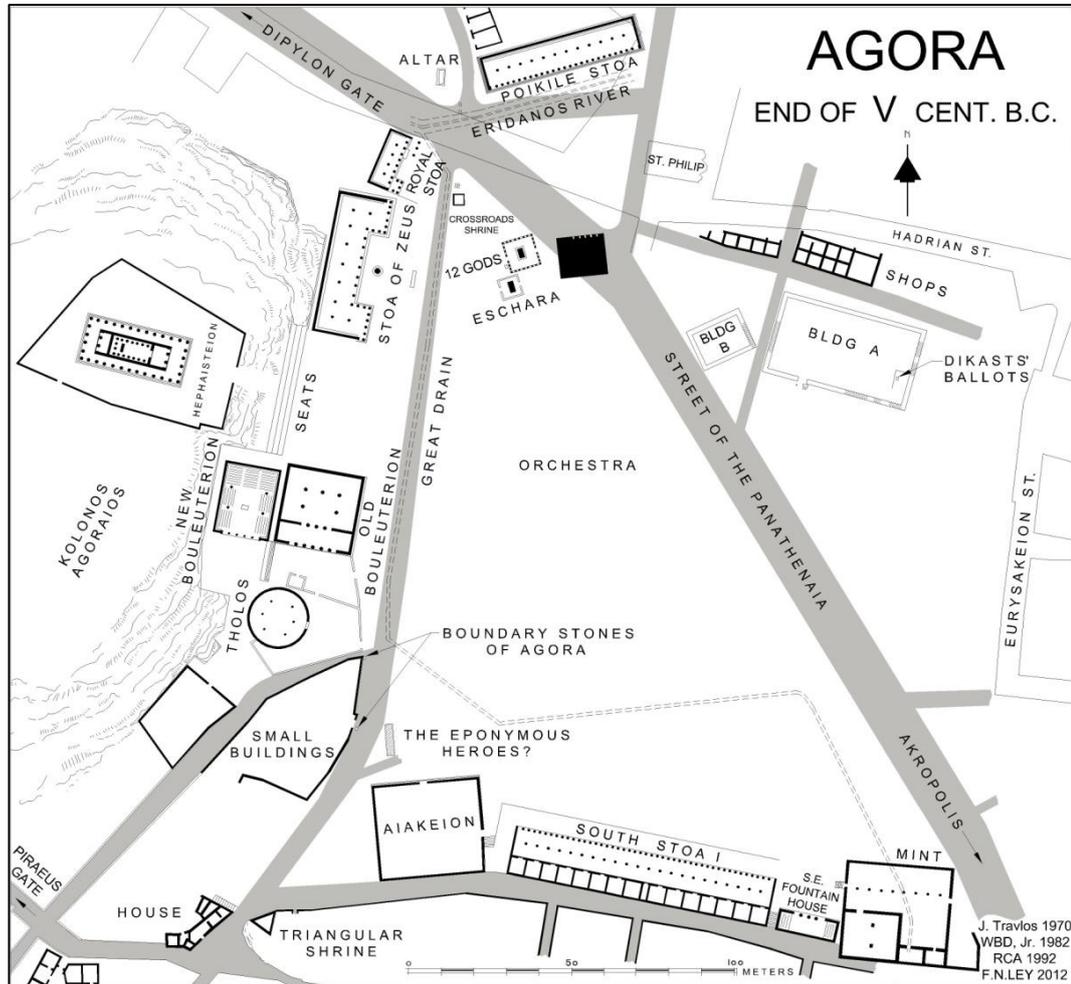


Fig. 3. El rectángulo pintado de negro marca la localización aproximada del grupo de esculturas que representaban a los Tiranocidas. Sobre la Vía Panatenaica (que llevaba hasta el Dípilon a partir del que se desarrollaba el cementerio público, ver Fig. 1), junto al altar de los 12 dioses, en el supuesto lugar del asesinato de Hiparco. Según la propuesta de Shear (2012b) de donde tomamos la imagen.

²⁶OBER (2003: 236-9) analiza cada uno de estos relieves funerarios y aporta la bibliografía correspondiente. Cf. STUPPERICH (1994).

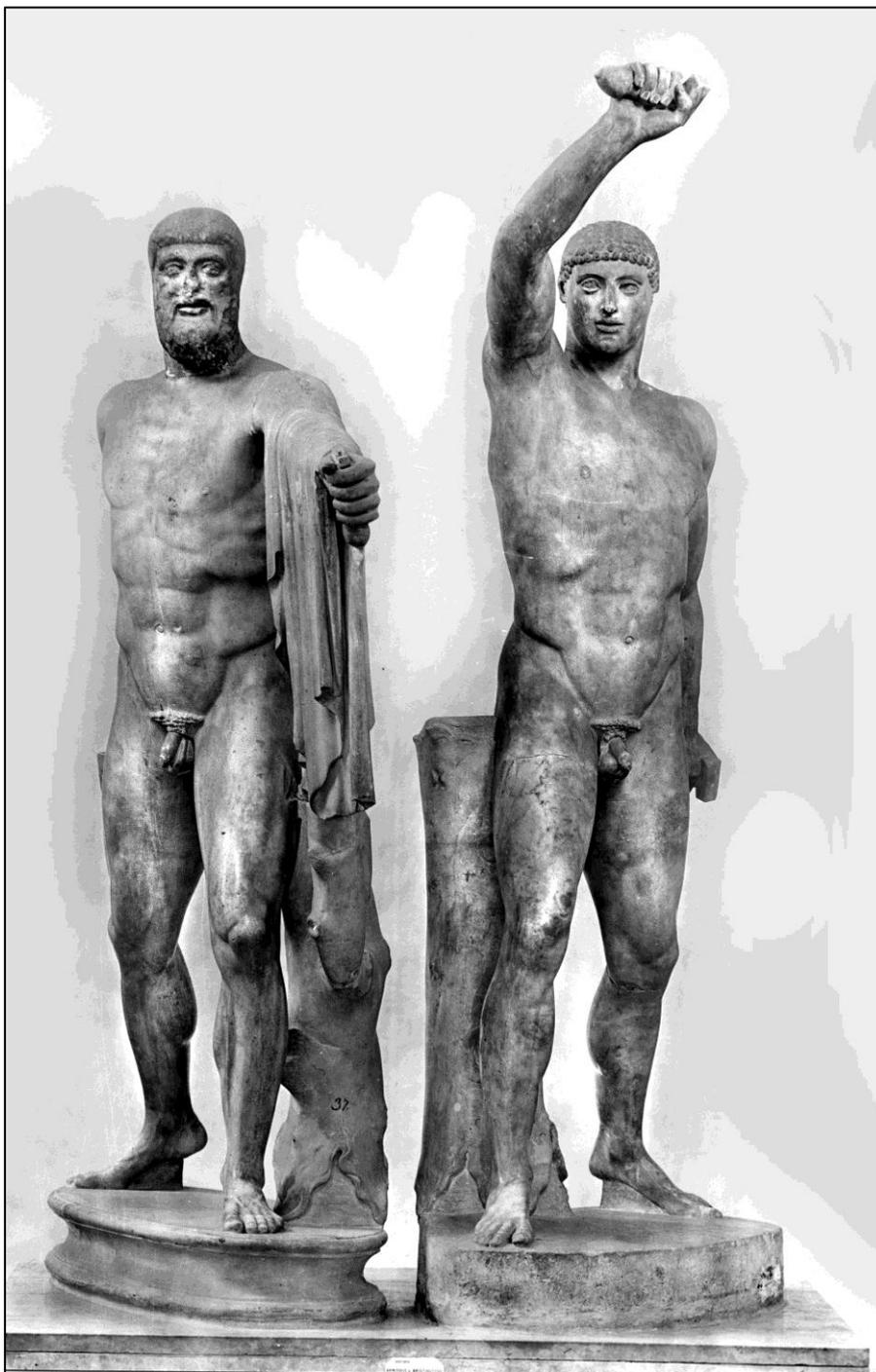


Fig. 4. Copias romanas en marmol de los Tiranicidas de Critios y Nesiotes. Museo Archeologico Nazionale di Napoli (G103-4). Imagen tomada de Shear (2012b).



Fig. 5. Reconstrucción historicista en yeso del grupo de esculturas de los Tiranicidas de Critios y Nesiotes que buscó evitar las sucesivas modificaciones y restauraciones sufridas por las copias romanas. Museo dei Gessi, Roma. Imagen tomada de Azoulay (2014).



Fig. 6. *Stamnos* de figuras rojas atribuída al pintor de Copenhague o a Syriskos (ca. 475-0 a.C.) en el que se representa la escena del tiranicidio y se puede apreciar la denominada “pose de Harmodio”. Imagen de Martin-Von-Wagner Museum der Universität Würzburg.



Fig. 7. Crátera de columnas para mezclar agua y vino en la que, en una escena de simposio, dos jóvenes aparecen representados en las poses de los Tiranicidas de Critios y Nesiotes (ca. 470 a.C.). Imagen del Museum of Fine Arts, Boston (1970.567).

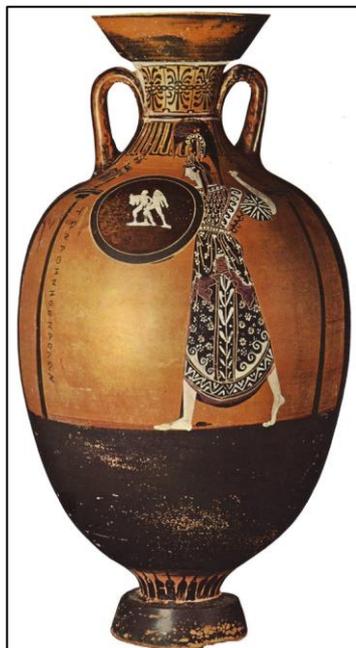


Fig. 8. Ánfora panatenáica en la que la diosa Atenea porta una representación de los Tiranicidas en su escudo (ca. 400 a.C.). The British Museum (1866,0415.246). Imagen de The Trustees of the British Museum.



Fig 9. Enócoe fragmentario que describe el grupo escultórico de Critios y Nesiotes. Tumba de Dexileos, Cerámico de Atenas (ca. 394). Imagen del Museum of Fine Arts, Boston (98.936).

Fig. 10. *Kylix* ático de figuras rojas en los que se describen los trabajos de Teseo asimilando su postura corporal a la de los Tiranicidas de Critios y Nesiotes (ca. 440-430 a.C.). The British Museum (1850,0302.3). Imagen de The Trustees of the British Museum.

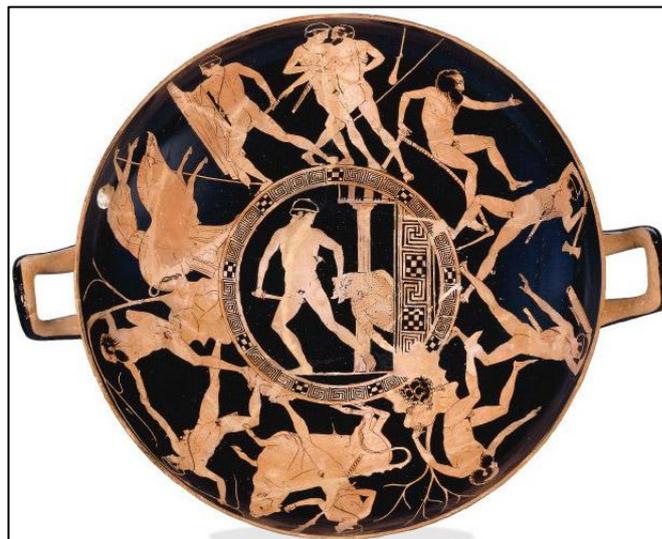




Fig. 11. Relieve funerario de Estratocles de principios del siglo IV a.C. en el que se muestra a un hoplita (posiblemente Estratocles) en la “pose de Harmodio” a punto de dar un golpe al enemigo caído en el piso. Imagen del Museum of Fine Arts, Boston (1971.129).



Fig. 12. Relieve funerario de Albani (ca. 430 a.C.). Villa Albani, Roma (985). Imagen tomada de Wikimedia Commons.



Fig. 13. Relieve de la tumba de Dexileo en el Cerámico, Atenas (394/3 a.C.). Αρχαιολογικό Μουσείο Κεραμεικού, Atenas. Imagen tomada por el autor.

2.3 Los discursos “iconoclastas”

Ahora bien, junto a esa construcción discursiva, existieron contemporáneamente durante la vigencia de la democracia otra serie de discursos de menor difusión y de circulación principalmente escrita que trataban el tema del fin de la tiranía y el inicio del poder popular. A pesar de situarse en oposición al relato “oficial-popular”, han obtenido paradójicamente, un mucho mayor “éxito historiográfico”. En efecto, es muy fácilmente perceptible su influjo cuasi hegemónico sobre los relatos antiguos y modernos acerca de los inicios de la democracia en Atenas. Estas construcciones discursivas, han llegado hasta nosotros a partir de una serie de textos que se han conservado entre los que, el de Heródoto debe ser mencionado en primera instancia.

En una pequeña digresión, el historiador Heródoto (5.55) hace una serie de referencias acerca de las acciones de Harmodio y Aristogitón que lo llevarán a ensayar un discurso más o menos coherente sobre la “liberación” de Atenas de la tiranía y el origen del poder del *dêmos*. En primer lugar, debe tomarse en cuenta que en su relato se destaca especialmente el hecho de que quien ejercía la tiranía no era (el finalmente asesinado) Hiparco sino su hermano Hippias, algo que sitúa al historiador de Halicarnaso en oposición al discurso “oficial-popular” que veía a los Tiranicidas como liberadores de Atenas. En el mismo sentido crítico, Heródoto afirma que luego del asesinato, los atenienses siguieron soportando la tiranía cuatro años²⁷ y que, incluso, esta se hizo más feroz como reacción a la muerte de Hiparco²⁸. Luego (56), relata el sueño premonitorio que habría tenido Hiparco la noche anterior a la fiesta de las Panateneas (en las que fue asesinado) que lo advertía acerca de los eventos por venir pero que, en definitiva, el hijo de Pisístrato termina por no tomar demasiado en cuenta. Finalmente (57), hay un

²⁷Para TUCÍDIDES (6.59.2) y ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses*, 19.2), no habrían llegado a completarse los cuatro años para la caída de Hippias luego del asesinato de Hiparco.

²⁸En esto el historiador de Halicarnaso concuerda con su colega TUCÍDIDES (6.59) que transmite la idea de que hubo un endurecimiento del poder despótico de Hippias luego de la muerte de Hiparco.

excursu sobre los Gefireos, el clan al que pertenecían los Tiranicidas. Un poco más adelante en la obra, Heródoto (6.123.2) concluye que, en su opinión, correspondió a los Alcmeónidas la liberación de Atenas de la tiranía en mucha mayor medida que a Harmodio y Aristogitón en tanto estos, asesinando a Hiparco, no hicieron más que irritar a Hippias volviendo a su tiranía más despótica.

Por su parte, la versión de los hechos realizada por Tucídides²⁹ guarda algunos puntos de contacto con la interpretación del historiador de Halicarnaso³⁰. Sin embargo, se trata de un intento mucho más fuerte, enfático y deliberado de atacar el discurso “oficial-popular” del tiranicidio. El historiador ateniense parte de una crítica metodológica a las posibilidades que la tradición oral (*akoé*) tiene de conservar y transmitir la verdad histórica³¹. Tucídides hace referencias a los eventos en torno del asesinato de Hiparco en dos diferentes sitios de su obra. Por un lado, en el libro primero cuando las cuestiones del método histórico son desarrolladas. Discutiendo estos aspectos metodológicos, Tucídides (1.20.2) afirma que la mayoría de los atenienses creía, de forma errada, que el tirano era Hiparco mientras que, en verdad, era Hippias quien ejercía el poder por tratarse el hijo mayor de Pisístrato³². Inmediatamente enuncia que los Tiranicidas, sospechando que algo había sido revelado a Hippias “por sus propios cómplices”, se alejaron del tirano y, antes de ser apresados, se arriesgaron a realizar alguna hazaña y “encontraron” a Hiparco al que dieron muerte. En síntesis, Tucídides intenta poner a sus lectores en una situación de pensar en el asesinato de Hiparco como una acción que habría tenido bastante de accidental y no habría sido para nada heroica.

²⁹ Cf. MEYER (2008).

³⁰ TAMIOLAKI (2015) ofrece un completo análisis acerca de los puntos en controversia entre ambos historiadores.

³¹ Esto a pesar, incluso, de que el propio Tucídides debió confiar en relatos orales para reconstruir los acontecimientos que narró. LORAUX (2007: 103-29) ofrece un análisis en profundidad de la cuestión; cf. SANCHO ROCHER (1996).

³² En plena coincidencia, como hemos visto, con Heródoto. En el mismo sentido se expresó ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses*, 18.1 y 19.1).

Más adelante, en el libro sexto, el historiador ateniense vuelve a referirse al tema y lo hace de un modo mucho más extenso y profundo. Se trata de la conocida digresión que tiene su origen en los sucesos del 415, antes de que zarpe la flota ateniense en expedición hacia Sicilia. Allí (6.53.3), afirma que el *dêmos* sabía “por la tradición” que la tiranía no había sido derrotada “por ellos” y por Harmodio sino gracias a la intervención espartana, a la que también Heródoto (5.62), como hemos visto, otorga un lugar en su versión de la historia. De forma inmediata, Tucídides (6.54), explica que el “acto de audacia” llevado adelante por los Tiranicidas se llevó a cabo a causa de un “incidente amoroso” que se preocupa por explicar de forma bastante pormenorizada. Al igual que en el libro primero, vuelve a reafirmar que era Hípias y no Hiparco (“como piensa la mayoría”) quien ejercía la tiranía por ser el hijo mayor (6.55) y luego trata en detalle el citado “incidente amoroso”. Luego de describir a los Tiranicidas –a Harmodio como un joven espléndido y a Aristogitón como un ciudadano medio³³, enamorado y pareja del joven–, el historiador afirma que Harmodio, que era cortejado (sin éxito) por Hiparco, dio parte de la situación a su amante, Aristogitón. Frente a ello y temiendo que Hiparco utilice su poder para tomar por la fuerza a Harmodio, Aristogitón se propuso un plan para derrocar a la tiranía que, de acuerdo al historiador (6.54.5), no generaba molestias a la mayoría de los atenienses en tanto se ejercía el poder “sin despertar odios” en tanto los tiranos resultaban virtuosos e inteligentes.

Ante la no correspondencia de Harmodio, Hiparco ultrajó a su familia (6.56) al negar a la hermana del tiranicida participar como canéfora en la procesión, algo que implicaba una mancha para la familia en su conjunto. Frente a esto, los futuros Tiranicidas, aprovechando que en las Grandes Panateneas no podía resultar sospechoso el portar armas, organizaron un plan junto a un grupo de “conjurados” que “no eran muchos por razones de seguridad” (6.56.3). Inmediatamente, Tucídides afirma que se esperaba que incluso quienes no

³³ Para la caracterización de Aristogitón, RAWLINGS (1981:105).

formaban parte del complot se sumaran a los conjurados aprovechando que tenían armas para, y en esto el historiador parece traicionarse, “colaborar en su propia liberación”. Si a eso le sumamos que, anteriormente (6.54.4), había afirmado que Aristogitón diseñó un plan para el “derrocamiento de la tiranía”, resulta evidente que, más allá de las intenciones de Tucídides, en su discurso aparecen elementos que no estarían demasiado de acuerdo con el objetivo del historiador de criticar el discurso “oficial-popular” sobre el fin de la tiranía.

Tucídides (6.57) retoma luego lo planteado en el libro primero: Harmodio y Aristogitón supusieron haber sido delatados a Hipias y dándose por perdidos encontraron a Hiparco y decidieron cobrarse venganza, uno por celos (Aristogitón) y el otro por haber sido injuriado (Harmodio). Mientras que Harmodio fue asesinado al instante por los escoltas de Hiparco, Aristogitón logró escapar pero fue apresado luego. Al enterarse Hipias, desarmó a los hoplitas (6.58) y separó a quienes supuso parte de la confabulación. Para Tucídides (6.59), “a causa de una ofensa amorosa”³⁴ y una “audacia irreflexiva”, la tiranía evolucionó hacia un sistema en el que imperó el terror y en el que Hipias ejerció el poder por tres años siendo derrocado en el cuarto por los lacedemonios y los Alcmeónidas (en esto coincide con Heródoto) que, en definitiva, liberaron a Atenas de la tiranía.

Finalmente, dentro de los discursos “iconoclastas”, podemos citar a la versión aristotélica de los hechos. Cuando Aristóteles trató la cuestión en la

³⁴ El énfasis dado por Tucídides a los aspectos eróticos y amorosos que se desarrollaron en torno de la cuestión del tiranicidio, ha llevado a que los especialistas modernos hayan confundido frecuentemente los puntos sobre los que el relato del historiador se oponía a la tradición “oficial-popular”. La analítica moderna tendió a hacer foco en las motivaciones y en las causas caracterizadas como “amorosas”, “privadas” y/o “personales” que habrían guiado el accionar de Harmodio y Aristogitón. Tales motivaciones, de acuerdo a esta interpretación, se encontrarían, a su vez, silenciadas por el discurso oficial en tanto correspondería a Tucídides el mérito de haberlas rescatado de la oscuridad en su crítica a la tradición democrática. Ver al respecto los trabajos de: FORDE (1989: 33-7); PALMER (1992: 80-6); GOMME, ANDREWES & DOVER (1970: 322); BARCELÓ (2006: 63); HOFFMANN & DENIAUX (2009: 27). Incluso para LORAUX (2007: 126-7), la insistencia de Tucídides sobre los aspectos amorosos buscaba quitarle deliberadamente al asesinato sus connotaciones políticas. Creemos que esta lectura es errada; no es sobre esos aspectos que el discurso elaborado por Tucídides se opone a la tradición “oficial-popular”; cf. AZOULAY (2014: 30-2). Hemos trabajado de modo específico la cuestión del *éros* que unía a los Tiranicidas y sus vínculos con la ciudadanía democrática en PAIARO (2016).

Constitución de los atenienses (18.1), volvió a expresar la idea ya afirmada por Heródoto y Tucídides según la cual Hipias era el mayor de los hermanos y, en función de ello, era él quien ejercía el poder. De acuerdo a la interpretación aristotélica, quien se enamoró de Harmodio no habría sido Hiparco sino otro de los hijos de Pisístrato, Tésalo que, a la vez, fue el responsable (y no Hiparco como en las otras versiones) de la injuria recibida por la hermana del tiranicida (18.2). Inmediatamente, el Estagirita refiere al tema de la conspiración y afirma que, sospechando haber sido delatados, Harmodio y Aristogitón habrían buscado realizar una hazaña antes de ser capturados dando muerte a Hiparco. De la misma manera que es expresado en el relato tucidideo, Harmodio habría muerto al instante a manos de la guardia de Hiparco en tanto, Aristogitón, habría logrado escapar siendo apresado luego. Torturado, el tiranicida habría, astutamente y en un último acto antitiránico, delatado “a los amigos del tirano” como si se trataran de sus cómplices. Más adelante en el relato, Aristóteles (18.4) va a criticar como anacrónica la versión ofrecida por Tucídides según la cual Hipias habría desarmado a los ciudadanos. Para el filósofo de Estagira, en ese momento no se asistía (aún) a la procesión con armas por lo que la afirmación del historiador ateniense resultaría muy poco probable. Finalmente, en igual sentido que el planteo de los historiadores Heródoto y Tucídides, para Aristóteles la acción de los Tiranicidas no solo no abrió paso a la *demokratía* sino que, por el contrario, trajo como consecuencia que la tiranía se vuelva más dura (19.1). Únicamente luego de transcurridos cuatro años del asesinato de Hiparco, su hermano Hipias fue expulsado del poder por los lacedemonios (19.1-2).

Como podemos observar, en la perspectiva “iconoclasta” hay una voluntad manifiesta de advertir los errores en la concepción histórica que la democracia elaboraba de su propio pasado. Por ser una crítica evidente a la *demokratía*, a las concepciones del *dêmos* y a los modos de conocer (en este caso el pasado) que habilitaba la democracia, uno se siente tentado a identificar al discurso “iconoclasta” con el “discurso aristocrático” en tanto allí se estarían expresando las perspectivas y las valoraciones que esa clase social, la de los *áristoi*, tenía con

respecto al régimen político ateniense. Sin embargo, como intentaremos mostrar, la cuestión era algo más compleja. En función de ello, buscaremos relacionar la problemática del “discurso aristocrático” con lo que hemos denominado como el discurso “oficial-popular” acerca del fin de la tiranía en Atenas.

3. La teoría democrática de la *demokratía* y el discurso aristocrático en el discurso democrático.

3.1 Teoría y demokratía

En función de comprender el fenómeno en su complejidad y su relación con el “discurso aristocrático”, el análisis de los discursos existentes en la Atenas clásica acerca del fin de la tiranía nos obliga a considerar una problemática que la historiografía sobre la democracia ática viene discutiendo profusamente desde, por lo menos, una treintena de años sino más. Se trata, específicamente, de la querrela acerca de si la *demokratía* fue capaz o no de generar un pensamiento y un discurso propios, es decir, si existió aquello que podríamos denominar como una “teoría democrática de la democracia” y un “discurso democrático” estructurado. Tomando partido, Josiah Ober (1993: 81), en un artículo sobre Tucídides y su crítica al modo de conocimiento democrático, explica de modo muy claro cuál es el origen, en última instancia, de la cuestión: “Classical Athens saw the invention of both democracy and political theory, yet while we have a number of examples of criticism of democracy, no systematic defence of democracy –no democratic theory– survives from an Athenian pen”.

Es esta particularidad de la democracia ateniense, a la que conocemos mayormente por sus críticos y cuya “voz” resulta muy engorrosa de ser “escuchada” en la actualidad de modo directo (dadas las peculiaridades del material heurístico con el que contamos), la que ha dado lugar a un profuso debate entre los historiadores de la ciudad del Ática. Frente a la pregunta acerca de si existió en Atenas un pensamiento o un discurso específicamente democrático, los historiadores han brindado un conjunto de respuestas variadas que se pueden

agrupar del siguiente modo³⁵: a) se afirma la existencia de una teoría sistemática; b) se plantea su ausencia pero se propone la existencia de una ideología democrática que se desarrolla de modo práctico pero sin sistematización teórica; c) se propone el carácter aristocrático de la reflexión; d) se indica que hubo una resignificación de los valores aristocráticos en función de los democráticos; y, finalmente, e) se combinan o articulan algunos de los puntos anteriores.

Si quisiéramos respetar el orden cronológico, podríamos comenzar con el caso de A.H.M. Jones (1957: 41-72). En su *Athenian Democracy*, el historiador británico remarcaba un dato que le resultaba “curioso”: a pesar del prolífico desarrollo de la producción literaria durante la vigencia de la democracia, no se podría encontrar en ese amplio *corpus* algo que pudiera ser identificado como una teorización política democrática más o menos acabada de la propia democracia. A la vez, a pesar de que los “filósofos y publicistas” cuyas obras han llegado hasta nuestros días eran simpatizantes de la oligarquía, Jones creía que era posible, sin embargo, reconstruir el pensamiento democrático a partir de distintos vestigios desperdigados, especialmente en la documentación del siglo IV: “Democratic political theory can only be tentatively reconstructed from scattered allusions. For the basic ideals of democracy the best source is the series of panegyrics on Athens”³⁶. Los discursos fúnebres (*epitáphioi lógoi*) –en particular el de Pericles consignado por Tucídides (2.35-46)³⁷ y, también, el de Lisias (2)– serían,

³⁵ Seguimos aquí el agrupamiento y la síntesis propuesta por GALLEGO (2003: 31-2).

³⁶ JONES (1957: 42).

³⁷ En verdad, la presencia del discurso directo en la obra del historiador ateniense constituye, desde la propia antigüedad, uno de los temas centrales a la hora de valorar su “objetividad”. Es el propio TUCÍDIDES (1.22.1) quien parecería introducir cierto elemento subjetivo en su metodología (*hos d’àn edókoun emoi*). La bibliografía es extensa: GOMME (1937); DE STE. CROIX (1972: 7-16); KAGAN (1975); ZIOLKOWSKI (1981: 1-12 y 188-207); PARRY (1981: 176-81); ROKEAH (1982); WILSON (1982); WOODMAN (1988: 11-5); MARINCOLA (2001: 77-85); los comentarios de HORNBLOWER (1991: 59-60; 1994: 45-72) y el reciente balance de IGLESIAS-ZOIDO (2011: 51-73). Cf. PLÁCIDO (1993: 187). Sobre el discurso fúnebre en general, ver: LORAUX (2012); ZIOLKOWSKI (1981); PRITCHARD (1996) y WOHL (2002: 30-72). Acerca de la autenticidad del *epitáphios* pronunciado por Pericles, YUNIS (1996: 64-5).

entonces, el lugar privilegiado en donde se podrían rastrear esas huellas dispersas de pensamiento democrático³⁸.

Poco tiempo después, por otro lado, en una reseña del libro *The Liberal Temper in Greek Politics* de E. A. Havelock, el historiador italiano Arnaldo Momigliano (1960) presentaba cierto escepticismo acerca de la posibilidad de que haya existido un pensamiento político democrático coherente y articulado durante la vigencia de la *demokratía* en el siglo V. Como ha sucedido en más de una oportunidad, la cuestión alcanzó el *status* de debate historiográfico a partir del momento en el que Moses Finley se ocupó de ella al retomar los planteos de Momigliano muy poco tiempo después en un artículo sobre los demagogos atenienses. Para Finley (1981: 19), no existió en Atenas “una teoría democrática bien articulada” sino apenas “nociones, máximas, generalidades” que nunca se “formalizaron en una teoría sistemática”. Desde su perspectiva, esta “carencia” no debería asombrarnos en absoluto. De acuerdo a su interpretación, resulta falaz “suponer que todo sistema social o gubernamental en la historia tiene que haber sido sistemáticamente acompañado por un sistema teórico elaborado” que lo justifique³⁹.

Pero, más allá de los debates acerca de si existió o no una teoría democrática y hasta qué punto ese pensamiento fue sistemático, para nuestro objetivo, resulta de gran interés la intervención de Nicole Loraux en esta disputa historiográfica. La autora francesa propuso que en la Atenas clásica no solo no hubo una teoría democrática sino que, inclusive, es difícil encontrar cualquier

³⁸ En oposición a A.H.M. Jones, para MUSTI (2000: 9-85) si existió una teoría democrática de la democracia y ella encontró su mejor expresión, en el discurso fúnebre (*epitáphios lógos*) expresado por Pericles –de acuerdo a la versión transmitida por Tucídides– en ocasión de los funerales públicos ofrecidos en honor a los caídos durante el primer año de la Guerra del Peloponeso. Para este autor, las categorías de *koinón e idion* organizarían el discurso pericleano y, en general, la totalidad de la experiencia ateniense en tanto la ideología democrática implicaba una constante referencia a la relación entre lo público y lo privado.

³⁹ En otros trabajos FINLEY (1986: 162-6; 1983) retomará la cuestión para criticar tanto a Nicole Loraux –para quien la ausencia de una teoría democrática resultaba “misteriosa”– como a A.H.M. Jones –que pensaba que se podría reconstruir a partir de fragmentos– y propondrá que se debe pensar a la reflexión política más allá de los análisis sistemáticos a través, por ejemplo, de la obra de historiadores, panfletistas o autores teatrales, entre otros.

manifestación indiscutiblemente democrática. Si bien para esta autora los *epitáphioi lógoi* constituían una *práctica* específica de la ciudad democrática en la que, incluso, las instituciones de la *demokratía* eran elogiadas, sin embargo, el discurso y las imágenes presentes en los *epitáphioi* no eran de tipo democráticos sino aristocráticos como es el caso de la insistencia en el tema de la *areté* (virtud, valor)⁴⁰. Para Loraux (2012: 225), entonces, la democracia constituyó “una práctica sin discursividad” y fue la “lengua” y el discurso aristocrático aquellos que brindaron a la democracia sus valores y representaciones imaginarias: “Por lo tanto, no debemos buscar en la oración fúnebre una teoría de la democracia; pero para la democracia la oración fúnebre es una cierta manera de hablar de sí misma, aunque más no sea en una lengua que ella no inventó: la oración fúnebre debe elogiar la democracia y solo puede hacerlo en un lenguaje noble. Ésa es la ley impuesta por las estructuras políticas y al mismo tiempo por el género del discurso”.

3.2 ¿El discurso aristocrático en el discurso democrático?

¿Son útiles estas reflexiones para pensar en los discursos sobre el fin de la tiranía en Atenas?; si la democracia no desarrolló una teoría, un discurso o un pensamiento sistemático que le fueran propios ¿se basó, entonces, en representaciones, prácticas, elementos e imágenes aristocráticas para narrar su propio pasado y reivindicar la figura de los Tiranícidas como paradigmas del ciudadano democrático?; ¿tuvieron “las estructuras políticas” y “el género del discurso” un impacto sobre el discurso “oficial-popular” asimilable al que recibieron los *epitáphioi lógoi*? Sin ánimo ser exhaustivos, de hacer analogías simples o de presentar una argumentación demasiado cerrada, en lo que sigue, intentaremos llamar la atención sobre algunas particularidades que mostrarían cómo el “discurso aristocrático” se encontraba presente en la versión “oficial-popular” que la ciudad elaboró de su propia historia.

⁴⁰ LORAUX (2012: 15-9 y 177-225). Cf. OBER (1989: 290-2); BROCK (1991).

En primer lugar, el culto oficial –cuasi heroico– que recibían los Tiranidas en la Atenas democrática. Como hemos visto, probablemente el espacio en el que era llevada adelante esta práctica eran las tumbas de Harmodio y Aristogitón situadas en el cementerio público (*demósion sêma*) del Cerámico, es decir, en el lugar donde los atenienses enterraban a los caídos por la ciudad y llevaban a cabo los funerales y los discursos fúnebres en su honor (*prácticas democráticas* que se expresaban en un *lenguaje* aristocrático, si seguimos a Loraux)⁴¹. A la vez, resulta importante destacar que la heroización, la mitologización y la celebración de cultos oficiales a esas figuras que se relacionaban, entre otros, con el fundador de la ciudad, de la comunidad o el jefe de la expedición (*oikistés*) en el caso de las colonias constituyen, desde el surgimiento de la *pólis*, prácticas a través de las cuales las aristocracias justificaban su situación de predominio social y político al vincularse imaginariamente con aquellas figuras veneradas⁴². En el mismo sentido –es decir, expresando una práctica y una reivindicación de la democracia a partir de un discurso de tipo aristocrático– funciona la mencionada vinculación entre Harmodio y la figura de Teseo al tratarse este último de un héroe mítico de la tradición aristocrática que es “democratizado” como padre de la *demokratía*.

Por otro lado, hemos referido a los beneficios que recibían los descendientes de los Tiranidas: *proedrión*, *ateleiôn* y *sítesis*. Como sabemos, la reivindicación de y adscripción a una determinada ascendencia constituye uno de los principales modos de *reconnaissance sociale* utilizados por las elites griegas en busca de hacer público su prestigio. Como ha planteado Alain Duplouy (2006: 37), “S’il est une constante dans la définition traditionnelle de l’aristocratie

⁴¹ Sobre el cementerio del Cerámico y los funerales públicos, ver: LORAUX (2012: 37-95, esp. 61-2). Cf. STUPPERICH (1994: 99).

⁴² Cf. ANTONACCIO (1993); MITCHELL (2013: 57-90). Para el carácter aristocrático del culto a los héroes (y a las tumbas) durante el arcaísmo y su resignificación democrática, ver WHITLEY (1994); cf. LORAUX (1978; 2012: 64-77); KEARNS (1989); CONNOR (1993). Cf. HERÓDOTO (5.66 y 5.69-70) para las reformas que Clístenes encara en relación a los cultos heroicos; cf. PARKER (1996: 102-51); BERNABÉ (2009: 91-2). Para el caso de los fundadores de colonias: MALKIN (1987: 189-265); ANTONACCIO (1999).

grecque, c'est assurément sa noblesse de naissance". En el caso de los Tiranidas, ese beneficio del reconocimiento por pertenecer a una determinada genealogía prestigiosa –casi por definición un componente del *ethos* aristocrático⁴³– se ejercitaba prácticamente en un contexto plenamente democrático: el teatro (en el caso del *proedrión*), las obligaciones financieras que la *pólis* imponía a sus ciudadanos (*ateleiôn*) y el Pritaneo (en el caso de la *sítesis*). Sobre esto último, en su estudio acerca de las comidas públicas en las ciudades griegas, Pauline Schmitt-Pantel (2011: 148-54) destaca por un lado, la relación entre los beneficiarios de la *sítesis* y la Atenas aristocrática y, a la vez, que las comidas en el Pritaneo suponían un don del *dêmos* a sus benefactores. El privilegio de la *sítesis* era compartido por los descendientes de los Tiranidas con, entre otros, los huérfanos de los ciudadanos caídos en defensa de la ciudad. Lo anterior muestra la cercanía que tenían en el imaginario de la democracia ateniense los muertos por la ciudad en el campo de batalla y los Tiranidas⁴⁴. Cercanía que no solo se daba en el imaginario sino también en el plano espacial ya que los descendientes de unos y otros compartían tanto el sitio de enterramiento como hemos visto más arriba, así como también las comidas en el Pritaneo: herederos de los Tiranidas y huérfanos de guerra disfrutaban del reconocimiento que la ciudad les otorgaba en forma de *trophé*⁴⁵.

Una mención especial merece el modo en el que son representados, en el discurso “oficial-popular”, los Tiranidas y el vínculo mantenido entre Harmodio y Aristogitón. Los Tiranidas constituían una pareja pederástica unida por un vínculo basado en un *éros* que no era, en absoluto, velado en el discurso y en las prácticas oficiales de la ciudad. En un contexto de fuerte erotización de la política⁴⁶, en el que los vínculos de pederastia se encontraban altamente

⁴³ Vale recordar que, según ISEO (5.47), Harmodio y Aristogitón eran honrados no por sus orígenes familiares sino “por su bravura” (*dià tèn andragathían*).

⁴⁴ De hecho se les ofrecían sacrificios comunes, cf. ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses*, 58.1)

⁴⁵ La relación entre los huérfanos de guerra y los descendientes de los Tiranidas es abordada por LORAUX (2012: 48, 61-2). Cf. EKROTH (2002: 84-5).

⁴⁶ MONOSON (2000: 64-87); WOHL (2002); LUDWIG (2002).

normativizados, las representaciones de Harmodio y Aristogitón se ajustaban a las formas y roles idealizados del *erómenos* (Harmodio) y del *erastés* (Aristogitón)⁴⁷. En el grupo escultórico situado en el Ágora que los evocaba, trabajo realizado por los escultores Critios y Nesiotes, esas formas y roles resultaban evidentes y acabaron por adquirir una gran relevancia ya dichas esculturas se convirtieron en un símbolo iconográfico muy habitual⁴⁸. El análisis de la semántica del conjunto escultórico marca, en primer lugar y dada la desnudez de los Tiranícidas, que nos situamos en un contexto de deseo y atracción eróticos que resultan innegable⁴⁹. A la vez, esto se completa con el hecho de que Aristogitón se encontraba caracterizado con los atributos definitorios del *erastés* (barba, musculatura, edad madura, etc.) mientras que Harmodio aparecía simbolizado como su contraparte, esto es, el *erómenos* (sin barba, con una musculatura menos desarrollada y un aspecto general juvenil, etc.)⁵⁰. Las cerámicas de temática pederástica constituyen un buen término con el cual comparar a los Tiranícidas de Critios y Nesiotes: resulta muy revelador cómo la simbología del amante y el amado, del adulto y el joven, es compartida de forma bastante exacta entre la cerámica y las esculturas⁵¹. Tema frecuentado en el pensamiento griego, se consideraba al vínculo entre un *erastés* y un *erómenos* como un tipo de relación que entraña un grado de solidaridad, fidelidad y unión tan potente que resultaba peligroso, incluso –o mejor dicho, principalmente–, para el poder despótico de las tiranías⁵². Para el

⁴⁷ Para la pederastia, pueden ser de interés los trabajos de: CANTARELLA (1991: 35-73); PERCY (1996); FISHER (1998, 2000); HUBBARD (1998, 2000) y LEAR (2015).

⁴⁸ Sobre la reproducción iconográfica de las estatuas en la cerámica y la denominada “pose de Harmodio”: KARDARA (1951); SHEFTON (1960); TAYLOR (1991: 36-76); CASTRIOTA (1997: 209-13); NEER (2002: 168-81); OBER (2003).

⁴⁹ STEWART (1997: 73); OSBORNE (1997: 514). Cf. MONOSON (2000: 38 n. 59). La desnudez era un atributo diferenciador de la masculinidad de los ciudadanos, cf. IRIARTE (2003); BONFANTE (1989).

⁵⁰ FEHR (1997: 16-31); STEWART (1997: 70-5); MONOSON (2000: 38).

⁵¹ Para la temática pederástica en la cerámica: SHAPIRO (1981); LEAR & CANTARELLA (2008: 23-37, 63-71).

⁵² Así lo vemos, por ejemplo, en PLATÓN (*Banquete*, 182 b-c); cf. ARISTÓTELES (*Retórica*, 1401b 10). Según ESQUINES (1.132), la fidelidad que se tenían los tiranícidas resultó ventajosa para la ciudad; en tanto, más adelante (1.141), pone de relieve el *éros* que los une; cf. ATENEO (*Banquete de los eruditos*, 13.601, 15.694c-695b). HIPÉRIDES (6.39) habla de la amistad mutua de los tiranícidas que redundó en beneficio del *dêmos*. Cf. DOVER (1989: 41, 191); STEWART (1997: 70-

caso de Harmodio y Aristogitón, no debería pasarse por alto –dado que se trata de dos figuras celebradas oficialmente por una democracia que sitúa en el tiranicidio su propia génesis como forma política– que la acción de los Tiranicidas nos instala frente a dos miembros de la aristocracia que tienen un vínculo muy fuerte⁵³ y claramente identificado con las clases superiores (pederastia)⁵⁴ pero que, a la vez, son pensados como los responsables de haber dado “leyes iguales [isonómous]” para todos⁵⁵. Se trata, en definitiva, de un vínculo fuertemente relacionado con las prácticas de sociabilidad aristocráticas pero resignificadas en el contexto de la *demokratía*.

Si bien se pueden evocar otros elementos aristocráticos presentes en el relato “oficial-popular”⁵⁶, creemos que lo expuesto hasta aquí es suficiente para

5) LEAR (2014: 109-12). En términos generales, sobre el costado político de las relaciones pederásticas y los beneficios que ellas tendrían para el ejército y el gobierno de la ciudad, ver LUDWIG (2002: 28-39).

⁵³ Esto es así hasta tal punto que resulta frecuente el uso del dual para referirse a ellos como bien ha notado LORAUX (2007: 104 n.188), cf. TUCÍDIDES (6.54.1) en donde se encuentra una de las pocas veces en la que el orden en que son nombrados los tiranicidas aparece invertido (Aristogitón y Harmodio).

⁵⁴ Para la valoración que recibían esta clase de relaciones en la Atenas democrática –principalmente si se trataba de un vínculo celebrado, tolerado o reprimido y si implicaba o no algún grado de vergüenza para quienes participaban de él, especialmente para el sujeto más jóvenes de gran relevancia el debate entre COHEN (1987; 1991) y HINDLEY (1991); cf. DOVER (1989: 60-8 y 81-109). Para enmarcar la cuestión de la pederastia en el contexto de la democracia ateniense y cómo ha ido evolucionando su estudio a lo largo del tiempo, resulta de interés la consulta de HUBBARD (2000). El mismo autor ha trabajado –HUBBARD (1998)– sobre las percepciones populares en la Atenas democrática de este tipo de vínculos identificados con la élite a partir de un análisis centrado principalmente en las fuentes proporcionadas por la oratoria forense y la comedia. No debe perderse de vista la posible evolución histórica de la valoración que la pederastia recibía en Atenas: mientras que a principios del siglo V existía una democracia moderada conducida por una elite aristocrática, las relaciones pederásticas cumplían un rol cívico importante; sin embargo, en una democracia radicalizada y, más aún, luego de los golpes oligárquicos en la última etapa de la Guerra del Peloponeso, la pederastia comenzó a identificarse cada vez más con lo oligarquía y las amenazas a la democracia sufriendo una cierta desinstitucionalización y ocultándose cada vez más; cf. MONOSON (2000: 21-50). Como es de esperar, el vínculo homoerótico establecido entre los tiranicidas parece no haber incidido en absoluto en las percepciones corrientes acerca de la masculinidad de estos amantes.

⁵⁵ Cf. PMG (893 y 896) que repiten la fórmula *isonómous tàs Athénas epoiesáten*; cf. LÉVY (2005). Para HUBBARD (2003: 55-6) se podría tratar de un intento de las clases superiores atenienses por integrar las prácticas pederásticas al nuevo contexto e ideología que se desarrollan a partir del advenimiento de la democracia.

⁵⁶ Por ejemplo: el contexto del banquete donde circulaban los cantos sobre los Tiranicidas; la referencia a la “isla de los bienaventurado”; el hecho de que el primer grupo escultórico haya sido encargado al artista Antenor, el mismo que realizó trabajos en Delfos bajo encargo de los

justificar la posibilidad de pensarlo como un discurso, sin duda democrático, pero que, a la vez, reutiliza y adapta dispositivos, prácticas, imágenes y metáforas de discurso aristocrático. ¿Debemos pensar, siguiendo la postura que hemos visto de Nicole Loraux, que la *demokratía* no tenía una “lengua” que le fuera propia y “hablaba” con la de la aristocracia para representarse su propio nacimiento? ¿O se trata, más bien, como sugeriría Josiah Ober (1989: 291), de un *ethos* aristocrático incorporado a la ideología política de la ciudad clásica que, sin embargo, no suprimió ni deterioró los ideales igualitarios sino que, por el contrario, ayudó a expresar las necesidades de la democracia? Las referencias a la *isonomía* del discurso “oficial-popular” nos inclinarían a pensar en esta segunda opción, es decir, a valorar la potencia de la ideología popular para apropiarse de términos, imágenes, representaciones y conceptos caracterizados por su exclusivismo aristocrático para extenderlos al conjunto de la ciudadanía democrática. En definitiva, el culto a los Tiranícidas nos sitúa frente al discurso aristocrático característico de la época arcaica griega –época de predominio político de las aristocracias– en el discurso democrático elaborado y difundido por las instituciones de la ciudad clásica.

4. A modo de conclusión

Para finalizar, es necesario presentar las principales líneas de interpretación que hemos expuesto. Intentamos mostrar cómo en la Atenas democrática coexistieron en tensión, al menos, dos discursos opuestos acerca del fin de la tiranía y los inicios de la *demokratía*. Por un lado, aquél que denominamos el discurso “oficial-popular” que, apoyado en una serie de dispositivos institucionales pero no solo en ellos, presentaba un relato simplificado y “heroico” de la historia ateniense que prescribió un modelo de comportamiento político para la acción de los ciudadanos frente a los peligros que

Alcmeónidas exiliados durante la tiranía; las referencias a los Tiranícidas en contextos funerarios relacionados con la aristocracia (relieves de la tumba de Estratocles, Albani y Dexileo); el uso de epigramas y monumentos funerarios; las referencias a la *andreía* (“valor”, “coraje”, “masculinidad”) de los Tiranícidas, etc.

aquejaron a la democracia. Sin embargo, hemos podido notar que la democracia contó mayoritariamente con las formas aristocráticas del discurso para autoreivindicarse y por ello procedió a extender los valores de la aristocracia a la totalidad del pueblo, haciendo de algo que se define por su exclusivismo, algo que, en cierta medida, resultaba común a todos los atenienses. Por otro lado, un discurso que hemos llamado “iconoclasta” y que, siendo mucho más cercano a la ideología y a los intereses políticos de la aristocracia, hacía énfasis en los errores de la “muchedumbre” a la hora de comprender su propio pasado. No debería perderse de vista que con esto, no se intentaba simplemente de marcar un error o un defecto en la interpretación histórica. Es bastante seguro suponer que esos señalamientos sobre la ignorancia del pueblo acerca de su propia historia se vinculaban con la concepción según la cual debe existir una relación entre el saber y el poder y que, por ello, el poder ejercido por un pueblo que es –supuestamente– ignorante sería ilegítimo. Se trata, en definitiva, del conocido debate desarrollado en el *Protágoras* (319d) de PLATÓN acerca de si es necesaria una *tekhné politiké*, un saber especializado, que habilite a unos para hablar y mandar en la ciudad sobre otros que escuchan y obedecen. Mientras que el discurso –y las prácticas– democráticas, aún a pesar de sus formas aristocráticas, pensaban a la *areté politiké*, la virtud cívica, como una cualidad universal, el pensamiento oligárquico de la aristocracia bregaba por la reducción del grupo de los ciudadanos a aquellos que disponían de ciertas riquezas o virtudes como en términos concretos intentaron hacer los responsables de los golpes antidemocráticos de finales del siglo V. Es esta una disputa que atravesó todo el período democrático y que, hemos intentado mostrar, también se proyectó en los discursos existentes en Atenas acerca del pasado de la ciudad.

FUENTES PRIMARIAS:

- ADAMS, Ch. (1919). *Aeschines. Speeches*. Cambridge: Harvard University Press.
BETHE, E. (1967). *Pollucis Onomasticon* (3 vols.). Stuttgart: Teubner.
BURTON GULICK, Ch. (1927-41). *Athenaeus. The Deipnosophists. with an English Translation* (7 vols.). Cambridge: Harvard University Press.

- BURTT, J. (1954). *Minor Attic Orators, Volume II: Lysurgus. Dinarchus. Demades. Hyperides Dinarchus*. Cambridge: Harvard University Press.
- BUTCHER, S.H. & RENNIE, W. (1906-1931). *Demosthenis orationes* (3 vols.). Oxford: Clarendon Press.
- FOERSTER, R. & RICHTSTEIG, E. (1909-27). *Libanii opera omnia* (12 vols.). Leipzig: Teubner Verlag.
- FORSTER, E. (1927). *Isaeus. Isaeus with an English translation*. Cambridge: Harvard University Press.
- GODLEY, A. (1920-5), *Herodotus. The Persian Wars* (4 vols.). Cambridge: Harvard University Press.
- HELMBOLD, W. (1939). *Plutarch. Moralia, Volume IV*. Cambridge: Harvard University Press.
- JONES, W. (1918-1935). *Pausanias, Description of Greece*. (5 vols.). Cambridge: Harvard University Press.
- KENYON, F.G. (1920). *Aristotle Atheniensium Respublica*. Oxford: Oxford University Press.
- KIRCHNER, J. (1913-40). *Inscriptiones Graecae: Inscriptiones Atticae Euclidis Anno Posteriores* (7 vols.). Berlin: De Gruyter.
- MELBER, I. (1887). *Polyaeni Strategematon iibri octo*. Teubner: Leipzig.
- OLDFATHER, C. *et al.* (1933-1967). *Diodorus Siculus. Library of History* (12 vols.). Cambridge: Harvard University Press.
- NORLIN, G. (1980). *Isocrates. Isocrates with an English Translation* (3 vols.). Cambridge: Harvard University Press.
- PAGE, L. (1962). *Poetae melici Graeci*. Oxford : Clarendon Press.
- RACKHAM, H. (1938-1963). *Pliny. Natural History*. (10 vols.). Cambridge: Harvard University Press.
- ROLFE, J. (1927). *The Attic Nights of Aulus Gellius. With An English Translation*. Cambridge: Harvard University Press.
- ROSS, W. D. (1959). *Aristotelis Ars Rhetorica*. Oxford: Clarendon Press.
- SOMMERSTEIN, A. (1990). *Aristophanes. The comedies of Aristophanes. Vol 7. Lysistrata*. Warminster: Aris & Philips.
- STUART-JONES, H. & POWELL, J. (1942). *Thucydidis Historiae* (2 vols.). Oxford: Clarendon Press.

BIBLIOGRAFÍA:

- ANDERSON, G. (2003). *The Athenian Experiment: Building an Imagined Political Community in Ancient Attica, 508-490 B.C.*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- ANTONACCIO, C. (1993). "Tomb and Hero Cult in Early Greece: the Archaeology of Ancestors". En: C. DOUGHERTY & L. KURKE (eds.). *Cultural Poetics in Archaic Greece*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 46-70.
- ANTONACCIO, C. (1999). "Colonization and the Origins of Greek Hero Cult". En: R. HAGG (Ed.), *Ancient Greek Hero Cult*. Estocolmo: Paul Åströms Förlag, pp. 109-21.
- AZOULAY, V. (2014). *Les Tyrannicides d'Athènes. Vie et mort de deux statues*. Paris: Seuil.
- BARCELÓ, P. (2006). "Los tiranicidas y la construcción del mito democrático en Atenas". En: F. SIMÓN, F. PINA POLO & J. REMESAL RODRÍGUEZ (eds.). *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, pp. 55-70.

- BERNABÉ, A. (2009). "Democracia y religión clásicas". En: L. SANCHO ROCHER (coord.). *Filosofía y democracia en la Grecia antigua*. Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza, pp. 89-101.
- BONFANTE, L. (1989). "Nudity as a Costume in Classical Art". *American Journal of Archeology* 93.4, 543-70.
- BROCK, R. (1991). "The Emergence of Democratic Ideology". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 40.2, 160-9.
- BRUNNSÅKER, S. (1971). *The Tyrant-Slayers of Kritios and Nesiotes: A Critical Study of the Sources and Restorations*. Estocolmo: Svenska Institutet i Athen.
- CANTARELLA, E. (1991). *Según natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*. Madrid: Akal.
- CASTRIOTA, D. (1997). "Democracy and Art in Late-Sixth- and Fifth-Century-B.C. Athens". En: I. MORRIS & K. RAAFLAUB (eds.). *Democracy 2500? Questions and Challenges*. Dubuque: Kendall & Hunt Publishing Company. pp. 197-216.
- COHEN, D. (1987). "Law, Society and Homosexuality in Classical Athens". *Past & Present* 117, 3-21.
- COHEN, D. (1991). "Law, Society and Homosexuality in Classical Athens: Reply". *Past & Present*. 133, 184-94.
- CONNOR, W.R. (1993). "The Ionian Era of Athenian Civic Identity". *Proceedings of the American Philosophical Society* 137.2, 194-206.
- COULSON, W. et al. (eds. 1994). *The Archaeology of Athens and Attica under the Democracy*. Oxford: Oxbow Books.
- DE STE. CROIX, G.E.M. (1972). *The Origins of the Peloponnesian War*. Londres: Duckworth.
- DOVER, K. (1989). *Greek Homosexuality*. Cambridge: Harvard University Press.
- DUPOUY, A. (2006). *Le Prestige des élites. Recherches sur les modes de reconnaissance sociale en Grèce entre les Xe et Ve siècles avant J.-C.*. Paris : Les Belles Lettres.
- EHRENBERG, V. (1950). "Origins of Democracy". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 1.4, 515-48.
- EKROTH, G. (2002). *The Sacrificial Rituals of Greek Hero-Cults in the Archaic to the Early Hellenistic Periods*, Lieja: Presses universitaires de Liège.
- ENGEN, D. (2010). *Honor & Profit. Athenian Trade Policy and the Economy and Society of Greece, 415-307 B.C.E.*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- FEHR, B. (1997). *Los Tiranicidas, o ¿es posible erigir un monumento a la democracia?*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- FINLEY, M.I. (1981). "Demagogos atenienses". En: M.I. FINLEY (ed.). *Estudios sobre historia antigua*. Madrid: Akal, pp. 11-36.
- FINLEY, M.I. (1983). "Política". En: M.I. FINLEY (ed.). *El legado de Grecia. Una nueva valoración*. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 33-48.
- FINLEY, M.I. (1986). *El nacimiento de la política*. Barcelona: Editorial Crítica.
- FITZGERALD, T. (1957). "The Murder of Hipparchus: A Reply". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 6.3, 275-86.
- FISHER, N. (1998). "Gymnasia and Social Mobility in Athens". En: P. CARTLEDGE, P. MILLETT & S. VON REDEN (eds.). *Kosmos: Essays in Order, Conflict and Community in Classical Greece*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 84-104.

- FISHER, N. (2000). "Symposiasts, Fish-Eaters and Flatterers: Social Mobility and Moral Concern in Old Comedy". En: D. HARVEY & J. WILKINS (eds.), *The Rivals of Aristophanes*. Londres: Duckworth, pp. 355-96.
- FORDE, S. (1989). *The Ambition to Rule: Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides*. Ithaca: Cornell University Press.
- FORNARA, C. (1968a). "Hellanicus and an Alcmaeonid Tradition". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 17.3, 381-3.
- FORNARA, C. (1968b). "The «Tradition» about the Murder of Hipparchus". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 17.4, 400-24.
- FORNARA, C. (1970). "The Cult of Harmodius and Aristogeiton". *Philologus* 114, 155-80.
- FORREST, W. (1969). "The Tradition of Hippias' Expulsion from Athens". *Greek, Roman and Byzantine Studies* 10, 277-86.
- GALLEGO, J. (2003). *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- GARLAND, R. (1992). *Introducing New Gods: The Politics of Athenian Religion*. Nueva York: Cornell University Press.
- GOMME, A. (1937). "The Speeches in Thucydides". En: A. GOMME (ed.). *Essays in Greek History and Literature*. Oxford: Blackwell, pp. 156-89.
- GOMME, A.; ANDREWES, A. & DOVER, K. (1970). *A Historical Commentary on Thucydides. Volume IV: Books v. 25–vii*. Oxford: Clarendon Press.
- HINDLEY, C. (1991). "Law, Society and Homosexuality in Classical Athens". *Past & Present*. 133, 167-83.
- HOFFMANN, G. & DENIAUX, E. (2009). "Les Tyrannoctones d'Athenes à Rome". En : G. HOFFMANN & A. GAILLIOT (dirs.). *Rituels et transgressions de l'Antiquité à nos jours*. Amiens: Encrege, pp. 25-36.
- HORNBLOWER, S. (1991). *A Commentary on Thucydides. Volume I. Books I-III*. Oxford: Clarendon Press.
- HORNBLOWER, S. (1994 [1987]). *Thucydides*. Londres: Duckworth.
- HUBBARD, T. (1998). "Popular Perceptions of Elite Homosexuality in Classical Athens". *Arion: A Journal of Humanities and the Classics* 6.1, 48-78.
- HUBBARD, T. (2000). "Pederasty and Democracy: The Marginalization of a Social Practice". En: T. HUBBARD (ed.). *Greek Love Reconsidered*. Nueva York: Wallace Hamilton Press, pp. 1-11.
- HUBBARD, T.K. (2003). *Homosexuality in Greece and Rome. A Sourcebook of Basic Documents*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- IGLESIAS-ZOIDO, J. (2011). *El legado de Tucídides en la Cultura Occidental. Discursos e historia*. Coimbra: Instituto de Estudos Clásicos.
- IRIARTE, A. (2003). "El ciudadano desnudo y los seres encubiertos en la Grecia Antigua". *Veleia* 20, 273-96.
- JACOBY, F. (1949). *Atthis. The Local Chronicles of Ancient Athens*. Oxford: Clarendon Press.
- JONES, A.H.M. (1957). *Athenian Democracy*. Oxford: Basil Blackwell.
- KAGAN, D. (1975). "The Speeches in Thucydides and the Mytilene Debate". *Yale Classical Studies* 24, 71–94.
- KARDARA, C. (1951). "On Theseus and the Tyrannicides". *American Journal of Archaeology* 55.4, 293-300.
- KEARNS, E. (1989). *The Heroes of Attica*. Londres: Institute of Classical Studies.

- KEESLING, C. (2005). "Heavenly Bodies. Monuments to Prostitutes in Greek Sanctuaries". En: Ch FARAONE & L. MCCLURE (eds). *Prostitutes and Courtesans in the Ancient World*. Madison: University Of Wisconsin Press, pp. 59-76.
- LANG, M. (1955). "The Murder of Hipparchus". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 3.4, 395-407.
- LEAR, A. (2014). "Ancient Pederasty: An Introduction". En: T. HUBBARD (ed.). *A Companion to Greek and Roman Sexualities*. Oxford: Wiley-Blackwell, pp. 102-27.
- LEAR, A. (2015). "Was Pederasty Problematized? A Diachronic View". En: M. MASTERTON *et al.* (eds.). *Sex in Antiquity: Exploring Gender and Sexuality in the Ancient World*. Londres & Nueva York: Routledge, pp. 115-36.
- LEAR, A. & CANTARELLA, E. (2008). *Images of Ancient Greek Pederasty: Boys Were Their Gods*. Nueva York: Routledge.
- LÉVY, E. (2005). "Isonomia". En: U. BULTRIGHINI (ed.). *Democrazia e antidemocrazia nel mondo greco. Atti del Convegno Internazionale di Studi Chieti, 9-11 aprile 2003*. Alessandria: Edizioni dell'Orso, pp. 119-37.
- LORAUX, N. (1978). "Mourir devant Troie, tomber pour Athènes. De la gloire du héros à l'idée de la cité". *Social Science Information* 17, 801-17.
- LORAUX, N. (2007). *Nacido de la tierra. Mito y política en Atenas*. Buenos Aires: Ediciones El Cuenco de Plata.
- LORAUX, N. (2012). *La invención de Atenas. Historia de la oración fúnebre en la "ciudad clásica"*. Buenos Aires: Katz Editores.
- LUDWIG, P.W. (2002). *Eros and Polis. Desire and Community in Greek Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MALKIN, I. (1987). *Religion and Colonization in Ancient Greece*. Leiden: Brill.
- MARINCOLA, J. (2001). *Greek Historians*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MEYER, E.A. (2008). "Thucydides on Harmodius and Aristogeiton, Tyranny, and History". *Classical Quarterly* 58.1, 13-34.
- MITCHELL, L. (2013). *The Heroic Rulers of Archaic and Classical Greece*. Londres & Nueva York: Bloomsbury Academic.
- MOMIGLIANO, A. (1960). "Recensione a E. A. Havelock, *The Liberal Temper in Greek Politics* (London, Cape, 1957, pp. 443)". *Rivista storica italiana* 72.3, 534-41.
- MONOSON, S. (2000). *Plato's Democratic Entanglements: Athenian Politics and the Practice of Philosophy*. Princeton: Princeton University Press.
- MORGAN, K. (ed.). *Popular Tyranny. Sovereignty and its Discontents in Ancient Greece*. Austin: University of Texas Press.
- Musti, D. (2000). *Demokratía. Orígenes de una idea*. Madrid: Alianza Editorial.
- NEER, R.T. (2002). *Style and Politics in Athenian Vase-painting: The Craft of Democracy, Ca. 530-460 B.C.E.*. Cambridge: Cambridge University Press.
- O'SULLIVAN, L. (2011). "Tyrannicides, Symposium and History: A Consideration of the Tyrannicide Law in Hyperides 2.3". En: A. MACKAY (ed.), *The Australasian Society for Classical Studies 32. Selected Proceedings*. Auckland: Australasian Society for Classical Studies, pp. 1-9.
- OBER, J. (1989). *Mass and Elite in Democratic Athens*. Princeton: Princeton University Press.
- OBER, J. (1993). "Thucydides Criticism of Democratic Knowledge". En: R. ROSEN & J. FARREL (eds.). *Nomodeiktes: Greek Studies in Honor of Martin Ostwald*. Ann Arbor: University of Michigan Press, pp. 81-98.
- OBER, J. (2003). "Tyrant Killing as Therapeutic *Stasis*: A Political Debate in Images and Texts". En: K. MORGAN (ed.), pp. 215-50.

- OSBORNE, M. (1981). "Entertainment in the Prytaneion at Athens". *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 41, 153-70.
- OSBORNE, R. (1997). "Men without Clothes: Heroic Nakedness and Greek Art". *Gender & History* 9, 504-28.
- OSTWALD, M. (1951). "The Prytaneion Decree Re-examined". *American Journal of Philology* 72, 24-46.
- PAIARO, D. (2016), "Éros et politique dans l'Athènes démocratique. À propos des tyrannicides". *Clio. Femmes, Genre, Histoire* 43, 139-50.
- PAIARO, D. (2017). "Discursos y poder (del *dêmos*). Las construcciones discursivas sobre la «liberación» de Atenas y los enfrentamientos políticos durante la democracia". En: Á. MORENO LEONI & A. MORENO (eds.), *Discurso y poder en Grecia y Roma: lecturas desde la historia y la literatura*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, pp. 9-22
- PALMER, M. (1992). *Love of Glory and the Common Good: Aspects of the Political Thought of Thucydides*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- PARKER, R. (1996). *Athenian Religion: A History*. Oxford: Clarendon Press.
- PARRY, A. (1981). *Logos and Ergon in Thucydides*. Nueva York: Arno Press.
- PERCY, W. (1996). *Pederasty and Pedagogy in Ancient Greece*. Urbana: University of Illinois Press.
- PLÁCIDO, D. (1993). "La expedición a Sicilia (Tucídides, VI-VII): métodos literarios y percepción del cambio social". *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica* 5, 187-204.
- PODLECKI, A. (1966). "The Political Significance of the Athenian «Tyrannicide»-Cult". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 15.2, 129-41.
- PRITCHARD, D. (1996). "Thucydides and the Tradition of the Athenian Funeral Oration". *Ancient History: Resources for Teachers* 26, 137-50.
- RAAFLAUB, K. (2003). "Stick and Glue: The Function of Tyranny in Fifth Century Athenian Democracy". En: K. MORGAN (ed.), pp. 59-93.
- RAWLINGS, H.R. (1981). *The Structure of Thucydides' History*. Princeton: Princeton University Press.
- ROKEAH, P.D. (1982). "Speeches in Thucydides: Factual Reporting or Creative Writing?". *Athenaeum* 60, 386-401.
- SANCHO ROCHER, L. (1996). "Tucídides, VI 53-61, y un apunte sobre el principio de la *stásis* ateniense". *Gerión* 14, 101-8.
- SCHMITT-PANTEL, P. (2011). *La cité au banquet. Histoire des repas publics dans les cités grecques*. Paris: Publications de la Sorbonne.
- SHAPIRO, A. (1981). "Courtship Scenes in Attic Vase-Painting". *American Journal of Archeology* 85.2, 33-43.
- SHEAR, J.L. (2007). "Cultural Change, Space, and the Politics of Commemoration in Athens". En: R. OSBORNE (ed.). *Debating the Athenian Cultural Revolution: Art, Literature, Philosophy, and Politics 430-380 B.C.*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 91-115.
- SHEAR, J.L. (2011). *Polis and Revolution: Responding to Oligarchy in Classical Athens*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SHEAR, J. (2012a). "The Tyrannicides, their Cult, and the Panathenaia: a Note". *Journal of Hellenic Studies* 132, 107-19.
- SHEAR, J. (2012b). "Religion and the Polis: The Cult of the Tyrannicides at Athens". *Kernos: revue internationale et pluridisciplinaire de religion grecque antique* 25, 27-55.

- SHEFTON, B. (1960). "Some Iconographic Remarks on the Tyrannicides". *American Journal of Archaeology* 64.2, 173-9.
- STEWART, A. (1997). *Art, Desire and the Body in Ancient Greece*. Cambridge: Cambridge University Press.
- STUPPERICH, R. (1994). "The Iconography of Athenian State Burials in the Classical Period". En: W. COULSON *et al.* (eds.), pp. 93-103.
- TAMIOLAKI, M. (2015). "Rewriting the history of the tyrannicides: Thucydides versus Herodotus". *Synthesis* 22.
- TAYLOR, M. (1991). *The Tyrant Slayers. The Heroic Image in Fifth Century BC Athenian Art and Politics*. Salem: Ayer Co. Publishers.
- THOMAS, R. (1989). *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*. Cambridge: Cambridge University Press.
- THOMAS, R. (1992). *Literacy and Orality in Ancient Greece*. Cambridge: Cambridge University Press.
- THOMPSON, W.E. (1971). "The Prytaneion Decree" *American Journal of Philology* 92, 226-37.
- VALDÉS GUÍA, M. (2007). "Decreto del Pritaneo y política délfica: exégesis religiosa en la democracia de Pericles". En: M. CAMPAGNO, J. GALLEGOS & C. GARCÍA MAC GAW (comps.). *Política y religión en el Mediterráneo antiguo. Egipto, Grecia, Roma*. Buenos Aires: Miño Dávila Editores, pp. 195-228.
- VLASTOS, G. (1953). "Isonomia". *American Journal of Philology* 74.4, 337-66.
- WILSON, J. (1982). "What Does Thucydides Claim for His Speeches?". *Phoenix* 36.2, 95-103.
- WHITLEY, J. (1994). "The Monuments that Stood before Marathon: Tomb Cult and Hero Cult in Archaic Attica". *American Journal of Archaeology* 98.2, 213-230.
- WOHL, V. (2002). *Love Among the Ruins: the Erotics of Democracy in Classical Athens*. Princeton: Princeton University Press.
- WOODMAN, A.J. (1988). *Rhetoric in Classical Historiography: Four Studies*. Londres: Routledge.
- YUNIS, H. (1996). *Taming Democracy: Models of Political Rhetoric in Classical Athens*, Ithaca: Cornell University Press.
- ZIOLKOWSKI, J. (1981). *Thucydides and the Tradition of Funeral Speeches at Athens*. Nueva York: Arno Press.

¿ENEMIGOS DE ROMA? DISQUISICIONES POLÍTICAS EN TIEMPOS DE HONORIO

Roman's enemies? Political disquisitions in Honorius's times.

(artículo recepcionado el 5/09/2016, aceptado el 23/11/2016)

VIVIANA BOCH

Universidad Nacional de Cuyo - Universidad Católica Argentina
vivianaedithboch@gmail.com

Abstract: The work of Claudius Claudianus has been meticulously analyzed by leading researchers. It is opportune, however, to carry out a new critical reading that allows contributions to the understanding of the political intentions of his writings. This study seeks to interpret the fundamental ideas of the poet in relation to those he considered true enemies of Rome.

Keywords: Enemies - Rome - Claudius Claudianus - Stilichon

Resumen: La obra de Claudio Claudiano ha sido minuciosamente analizada por destacados investigadores. Resulta oportuno, sin embargo, llevar a cabo una nueva lectura crítica que permita realizar aportes a la comprensión de la intencionalidad política de sus escritos. Este estudio busca interpretar las ideas fundamentales de este poeta en relación con aquellos que consideraba auténticos enemigos de Roma.

Palabras Clave: Enemigos – Roma – Claudio Claudiano- Estilicón

A comienzos del siglo V, el Imperio Romano se encontró interpelado por decisivos acontecimientos: la muerte de Teodosio I, el ascenso a la púrpura de Honorio y Arcadio, la preponderancia de figuras como Estilicón, Rufino y

Eutropio, así como el avance de Alarico¹. La exégesis de los sucesos, sus connotaciones particulares y la interpretación de Claudiano, constituyen aspectos centrales de este estudio. Al igual que otros autores de la época, Claudiano perteneció a la elite senatorial romana y recibió la misma formación intelectual. Idéntica base de ideas influyeron en su manera de posicionarse frente a los procesos de transformación político-religiosa que vivía el Imperio.

En este período, Roma se enfrentó con notables enemigos, en el caso particular de este estudio se abordarán las apreciaciones políticas expresadas al respecto por el poeta. Cabe preguntarse ¿quiénes eran para este autor los auténticos enemigos de Roma? y ¿qué significación les asignaba en los sucesos vividos por la *Urbs*? A partir de estos interrogantes se intentará realizar un planteo hipotético valedero que permita comprender el alcance de sus escritos.

Al morir Teodosio, Estilicón sostuvo que el emperador le encomendó la tutela de sus hijos Honorio y Arcadio, sin embargo, solo el poder efectivo de la parte occidental quedó en sus manos, mientras la oriental quedó al mando de Rufino y Eutropio². De manera paralela, las relaciones del Imperio con el mundo bárbaro entraron en crisis, la reacción anti-germánica que entonces se impuso, provocó que Alarico recurriese a la violencia. Si bien un tratado de paz entre Rufino y los godos logró alejarlo de Constantinopla, continuaron las hostilidades y durante el invierno de 401- 402, decidió marchar sobre Occidente. En el 401 conquistó Venecia y asedió Milán, como consecuencia, Italia vivió un período de terror. Estilicón actuó con celeridad y logró vencerlo en Pollentia y Verona. La corte imperial se refugió en Rávena, mientras el caudillo vándalo consiguió nuevos triunfos hasta que el invasor se retiró a Iliria³.

Las fuerzas bárbaras fueron derrotadas en *Faesulae*, sin que esta circunstancia los detuviera. A partir de entonces, comenzaron a asolar toda la Galia y algunas regiones de Italia, situación a la que se sumaba la presencia

¹ MIRÓ VINAIXA, 2000: 179-192.

² HEATHER, 2011: 281.

³ LE GLAY, 2002: 618.

continua de usurpadores que intentaban legitimar su poder en Occidente⁴. En Oriente, en 408 murió Arcadio, dejando como sucesor a su joven hijo Teodosio II. Aumentaron entonces las intrigas contra Estilicón, acusándolo de llevar adelante una política filo-bárbara y de promover una conjura para derrocarlo y reemplazarlo por su propio hijo Euquerio. Como consecuencia de estas maquinaciones fue decapitado el 22 de agosto⁵. Aprovechando estas circunstancias, Alarico organizó sucesivos asedios sobre la ciudad. Al fracasar sus intentos de negociar con Honorio, Alarico se dirigió a Roma y se presentó ante sus muros por tercera vez. Luego de unos días de bloqueo, entró por la *porta salaria* y saqueó la Ciudad Eterna el 24 de agosto de 410⁶.

Es poco lo que se conoce sobre la vida de Claudio Claudiano⁷, se sabe que fue oriundo de Alejandría, nació hacia el 370 y aparentemente falleció en 404, pues a partir de esa fecha no quedan rastros de sus escritos, ni sus acciones. Gracias a una inscripción ubicada en la base de la estatua de bronce erigida en su honor en el Foro de Trajano, se deduce que fue Tribuno, notario al servicio del emperador y considerado un “glorioso poeta”. Claudiano ha sido identificado como un poeta cortesano⁸, que se distinguió por ser un hábil panegirista, especializado en escritos laudatorios⁹. Al respecto Jean-Luis Charlet considera

⁴ ARCE, 2007: 31-79; HEATHER, 2011: 294-322.

⁵ HEATHER, 2011: 287-288.

⁶ LE GLAY, 2002: 621.

⁷ Miguel Castillo Bejarano en su Introducción a los Poemas de Claudio Claudiano, cita una inscripción que figuraba en la base de la estatua de bronce que fue erigida en su honor en el Foro de Trajano: *[Cl.] Claudiani v. c. | [Cla]udio Claudiano v. c., tri[bu]no et notario, inter ceteras | [de]centes artes prae[gl]oriosissimo | [po]jetarum, licet ad memoriam sem[pi]ternam carmina ab eodem | scripta sufficiant, adtamen | testimonii gratia ob iudicii sui | [ff]idem, dd.nn. Arcadius et Honorius | [ff]elicissimi et doctissimi | imperatores senatu petente | statuam in foro divi Traiani | erigi collocarique iusserunt. (CIL VI, 1710). Aparentemente era todavía joven cuando llegó a Roma en el 394. En *Carmina minora*, escrito a comienzos de 397, mencionó su *lubrica aetas* (v. 6), o sea “su tornadiza juventud”. Tenía unos veinte años cuando ocupó su consulado (395). Como se dijo probablemente Claudiano murió en el transcurso de 404, pues si hubiera sobrevivido a esa fecha no podría haber dejado de celebrar el segundo consulado de su admirado Estilicón (CASTILLO BEJARANO, 1993: 15-16). Datos detallados sobre el autor pueden consultarse también en importantes estudios prosopográficos (MARTINDALE, 1980: 299-300).*

⁸ CASTORINA, 1967: 57. Entre otros autores, participa de esta opinión RODRÍGUEZ GERVÁS, 2008: 164.

⁹ LAVALLE, 2001: 4

que sus panegíricos, sin desconocer lo retórico, responden sobre todo a parámetros épicos¹⁰.

Para Álvaro Sánchez-Ostiz, Claudiano posee un lugar de privilegio en las letras latinas gracias a su “poética de fusión”. Merece ser destacado no solo por su condición ambivalente de autor griego que escribe en latín o de autor pagano que escribe para un lector cristiano, sino por su capacidad de combinar recursos heterogéneos, que van desde los panegíricos en prosa hasta la emulación de los épicos y líricos anteriores, con una intención renovadora de la épica tradicional¹¹. Su mérito radica en su intento de adaptar las formas canónicas de la poesía en hexámetros a la transmisión de mensajes políticos. Este estudio se centrará en la búsqueda de ellos, intencionalmente imbricados en el conjunto de sus escritos¹².

Al poco tiempo de instalarse en Roma compuso un panegírico dedicado a los cónsules Olibrio y Probino, gracias al cual adquirió una notable popularidad. Como afirma Gabriela Marrón, uno de los aspectos dignos de analizar lo constituye el hecho de que los cónsules destinatarios del mismo, pertenecían a la familia de los *Anicii*, convertida al cristianismo. Es posible inferir que, con este nombramiento, Teodosio buscara transmitir un mensaje a la elite aristocrática de la época, identificada como pagana¹³, que motivara su adhesión al cristianismo¹⁴.

En este sentido cabe destacar que Claudiano no puede considerarse como un autor que buscó realizar poemas históricos. Si bien se apoyó en los sucesos acaecidos en su tiempo, no dudó en tergiversarlos de acuerdo con el interés que perseguía en sus relatos y en concreto buscaba resaltar la figura de Estilicón. En *Guerra contra Gildón*, puso el acento en los diálogos entre personajes, inventó

¹⁰ CHARLET, 2000: xxxviii. Si bien en este trabajo se adopta la traducción de Castillo Bejarano, se sugiere consultar la edición de Charlet, y su importante aporte al análisis filológico de los poemas de Claudiano.

¹¹ SÁNCHEZ-OSTIZ, 2011: 312.

¹² SÁNCHEZ-OSTIZ, 2011: 312.

¹³ En este tema se sugiere la lectura del trabajo de Thomas JÜRGASCH, “Christians and the Invention of Paganism in the Late Roman Empire.” En este capítulo el autor aporta novedosas consideraciones acerca del paganismo, su concepto y significación en el siglo IV. En: SALZMAN-SÁGUY-TESTA, 2016: 115-138.

¹⁴ MARRÓN, 2007:181.

sucesos inexistentes, y finalmente no relató su resultado¹⁵. En sus poemas dedicados al *Consulado de Estilicón* exageró sus hazañas y silenció sucesos que quizás hubieran perjudicado su imagen. Centró sus escritos en el elogio o en la crítica mordaz. Sometió la verdad histórica a sus intenciones políticas:

¿Hablaré de su justicia? Resplandece su gloria militar. ¿Expondré el poder de sus armas? Sin ellas hizo todavía más. ¿Lo alabaré porque florece el Lacio, porque recobrada se somete África al Imperio, (...), porque sin temor contempla la Galia admirada a un Rin desarmado? (...) Un espacio ilimitado se abre ante mí y la misma pendiente fatiga al carro de las Musas cargado de innumerables elogios. (CLAU. *Cons. Est. I*, 15-20).

Durante varios años Claudiano escribió al servicio de la corte de Honorio y estuvo al servicio de la causa de Estilicón¹⁶. En oposición a su adhesión a la figura del caudillo se encuentra el conocido poema de su contemporáneo Claudio Rutilio Namaciano, *De reditu suo*, que no vaciló en considerar a Estilicón como el auténtico causante de las calamidades vividas por Roma en este período¹⁷.

Los escritos de Claudiano permiten comprender la manera en que Estilicón deseaba mostrarse a sus contemporáneos e ingresar en el debate político de la época. En este sentido, el poeta relacionaba la figura de Estilicón con la familia imperial en su intento de legitimar sus pretensiones de proteger a los hijos de Teodosio: “Feliz fue en su decisión el emperador (...) Pues asoció así con sus hijos y su corte, a un hombre que nunca prefirió la molicie a la guerra” (CLAU. *Cons. Est. I*, 90). Examinar su visión resulta fundamental para identificar el posicionamiento que otorgó el autor a los que vivieron e intervinieron de manera activa en los conflictivos sucesos acaecidos en tiempos de Honorio, sobre todo en torno a las figuras centrales del momento.

¹⁵ Nos referimos aquí al diálogo de Firmo de los dos Teodosios con Honorio y Arcadio. El Abuelo de los jóvenes príncipes luchó contra la rebelión en África (376-375) y según Claudiano este fue tomado prisionero cuando en realidad Gildón combatió del lado de Roma. De la guerra en sí no habla, a pesar que en 398 llegan a Milán noticias que Gildón había sido derrotado por Mascecel, quien luego cayó en desgracia, sucesos que, de consignarlo no hubiera sido del agrado del mismo Estilicón (ÁLVAREZ, 1998: 167).

¹⁶ GARAMBOIS-VÁZQUEZ, 2007: 20.

¹⁷ BOCH, 2014: 112-129. Se sugiere la lectura del clásico trabajo de CAGLIARDI, 1972: 125-149, donde se comparan ambos autores.

En su poética utilizó la sustitución del hilo narrativo por la continua alternancia de cuadros descriptivos y de discursos. Sus composiciones se articulan en torno a la formulación refinada de un mensaje propagandístico. Para lograr este objetivo, el poeta no apelaba a la exposición causal de los sucesos sino a la interpretación emocional, ya fuera laudatoria o reprobatoria, de las afirmaciones políticas¹⁸.

Las obras de Claudiano dejan entrever su admiración por las maravillas de la naturaleza, la percepción estética, la expresión intensa de emociones y la interpretación particular de la relación existente entre fantasía y realidad¹⁹. Al referirse al ascenso al consulado de Olibrio y Probino, interpelaba la anuencia del Sol:

Oh Sol, que abrazando el mundo con tus flamígeras riendas haces girar en infatigable movimiento a los siglos en sucesión, (...). Que el año encamine ya sus primeros pasos al consulado de los dos hermanos y los meses traten de alcanzar alegres su nacimiento. (CLAU. *Panegírico a los cónsules Olibrio y Probino*, 5).

Concluyó el panegírico con claras relaciones al advenimiento de una Edad de Oro durante dicho consulado, aspecto que muestra reminiscencias virgilianas²⁰: “Oh tiempo feliz marcado con el nombre de los dos hermanos, oh año dichoso por los cónsules de la misma sangre”. (CLAU. *Panegírico a los cónsules Olibrio y Probino*, 265-270).

Álvaro Sánchez-Ostiz²¹, destaca la utilización que el poeta realizó de imágenes como vehículos de mensajes políticos. El mito de la Edad de Oro fue citado por el autor en relación con el accionar del gobernante que, para Claudiano, conducía a una nueva Edad aurea. *Los Loci aurei*, descriptos por el poeta, permiten entender la dinámica interna de sus escritos. Resulta ilustrativa la representación que realizó de la caverna del tiempo, aquí recurrió al mito para

¹⁸ POLLMAN, 2001: 93-129.

¹⁹ LAVALLE, 2001: 11.

²⁰ LAVALLE, 2001: 74.

²¹ En un trabajo, que merece ser leído cuidadosamente, Álvaro SÁNCHEZ-OSTIZ (2011) establece notables relaciones entre la poética de Claudiano y los lugares de horror y maravilla imaginados en la Antigüedad.

expresar ideas complejas: “Existe lejos, desconocida e impenetrable para nuestra raza, (...) una caverna de inmensa edad, tenebrosa madre de los años que de su anchuroso seno suelta el tiempo y lo hace volver de nuevo”. (CLAU. *Cons. Est. II*, 425).

Claudiano, interpretaba el pasado como una serie de ciclos alternados, representaba la renovación eterna y circular de los tiempos romanos. Sostenía que, en una zona privilegiada de la cueva, se encontraban los años que identificó como resplandecientes: “(...) el grupo de los de oro, de ellos eligió el Sol uno especial por su valiosa materia, para marcar en él el nombre de Estilicón”. (CLAU. *Cons. Est. II*, 450). De esta manera el poeta identificó su gestión como tiempo dorado de bienestar y de armonía²².

La idea de “ciclo” que concibió implicaba la repetición de las glorias pasadas en nuevos actores, la restauración de la paz y la armonía era un tema recurrente en sus escritos. La alternancia de concordia e ira se aplicaba al devenir histórico de Roma²³. La Victoria de Teodosio sobre Arbogasto era vista como la restauración de la libertad al igual que la muerte de Rufino. La repetición de las palabras, reuniendo uno y otro evento, demostraba la idea cíclica de reiteración de patrones históricos: concordia, armonía y discordia. En otro tiempo Aníbal amenazó una vez la ciudad y ahora Alarico repetía sus pasos.

Claudiano insistía en la inexistencia de nuevos peligros, sino de antiguos recreados en diferentes contextos, de esta manera generaba tranquilidad en los romanos, temerosos del avance de los bárbaros que asolaban sus fronteras. Aseguraba tranquilidad por medio de la familiaridad. Con expresiones de esta índole, prometía a su audiencia la eternidad de Roma²⁴. Los antiguos enemigos de la Ciudad, serían derrotados como siempre, según sostenía en el poema a Gildón, en el cual, por palabras de Júpiter, se anuncia la salvación: “No permitiremos que tú, Roma, ni que tú, África, permanezcáis durante mucho tiempo sin venganza.

²² SÁNCHEZ-OSTIZ, 2011: 313.

²³ WARE, 2012: 121-122.

²⁴ WARE, 2012: 118.

Honorio batirá a vuestro común enemigo (...) ninguna fuerza romperá vuestros lazos y África servirá a Roma solamente”. (CLAU. *Guerra contra Gildón*, 205).

En el relato de las súplicas de Roma y África ante Júpiter, el autor mostró reminiscencias con los poemas épicos, recordaba los concilios de los dioses y las quejas que se les presentaban, basta traer a la memoria los diálogos de Venus o Juno con el Padre de los Inmortales en la Eneida. Sin embargo en las escenas en las que describió a Teodosio Padre e Hijo visitando a los jóvenes Augustos, Honorio y Arcadio, para transmitirles el mensaje de Júpiter, Claudiano mostraba una aproximación a Lucano, Estacio y Séneca. Los problemas entre ellos giraban en torno a la discordia por los ámbitos de poder. La misión que traía a la tierra a los dos teodosios, se trataba de una tarea pacificadora, destinada a establecer la concordia entre los hermanos y no una acción fratricida, propia del reino infernal. Estos aspectos del relato muestran cómo las obras neronianas constituyen una base sólida en la poética de Claudiano. La influencia del nuevo estilo de Séneca está presente en los escritos de este autor²⁵.

Para Claudiano, el estado natural del Imperio bajo un buen gobierno, estaba expresado por la concordia y cualquier interrupción era producto de la ira o furia que inspiraba toda discordia²⁶. El balance realizado por el poeta permite identificar el papel asignado a cada uno de los mencionados personajes en relación con los ciclos de la historia del Imperio y su posibilidad de posicionarse como enemigos o defensores del mismo. De acuerdo con esta lógica procesual, Estilicón encarnaba la vigencia de la primera: “Solo en el caso de Estilicón cesó toda discordia entre los diversos estamentos, se alegran los caballeros, aplauden los senadores, y las súplicas de la plebe rivalizan con el favor de los patricios” (CLAU. *Cons. Est.* III, 45-50). En *Guerra contra Gildón*, dedicó un importante espacio a destacar las hazañas de Estilicón, como nuevo héroe de Roma: “Tras los combates de Libia, el crimen se extinguió en todas las regiones de la Aurora y, sometiéndolo de nuevo al Oriente, las fascas se alzan protegidas por el Cónsul

²⁵ ÁLVAREZ, 1998: 165-168

²⁶ WARE, 2012: 117

Estilicón” (CLAU. *Cons. Est.* I, 5-10). En el mismo tenor agregaba: “Poro fue abatido por Alejandro, Memnón por Aquiles y es claro que tú, abatiste a Gildón. (...) Esta victoria ha hecho revivir todos los laureles de nuestros viejos héroes; Estilicón te ha restituido, oh Roma, todos tus triunfos” (CLAU. *Cons. Est.* I, 265-385).

En *Guerra contra Gildón* hizo un llamado al acercamiento entre los dos hermanos, Honorio y Arcadio, entre Oriente y Occidente: “Las dos partes del mundo se unen con riendas comunes (...) Hemos unido a Europa con Libia. Vuelve plenamente la concordia entre los dos hermanos” (CLAU. *Guerra contra Gildón*, 4-5).

Desde esta perspectiva, enemigos de Roma eran los opositores a Estilicón quienes, en su afán propagandístico, encarnaban la discordia. Eran aquellos que, movidos por la furia, pretendían destruir la anhelada unidad: “Rufino fue la primera causa del mal: siendo él el promotor, hubo discordia entre las dos partes del Imperio” (CLAU. *Contra Eutrop.* II.540). Una observación similar se lee en *Guerra contra Gildón*: “¿Por causa de un mauro surge la discordia ente los dos hermanos y está el mundo en desacuerdo y las dos cortes desunidas?” (CLAU. *Guerra contra Gildón*, 235). En la misma línea se observan los comentarios del poeta en el Panegírico al Tercer Consulado del emperador Honorio donde hace mención a la historia romana y la presencia de la discordia: “(...) truenan de nuevo las guerras civiles y la sacude el mundo tambaleante” (CLAU. *Paneg. al III Consulado de Honorio*, 65).

Los antagonistas de Estilicón como Rufino, Eutropio o Gildón eran presentados por Claudiano como poseedores de furia, que conducían a la discordia, como puede observarse en las palabras que atribuyó al primero: “¿qué me queda sino sumergirlo todo en una nueva confusión y arrastrar en mi ruina a pueblos inocentes?” (CLAU. *Contra Ruf.*, II, 15-20). Para el poeta, Rufino superaba toda imagen o representación de maldad: “(...) tengo un monstruo más espantoso que todas las hidras, más ágil que una tigresa recién parida, más

violento que el impetuoso Austro, más traicionero que las refluentes aguas del Euripo: Rufino” (CLAU. *Contra Ruf.*, I, 85-90)

Claudiano utilizó como recurso paralelo para identificar a las figuras de estos individuos, imágenes paradigmáticas, los *loci horridi* o bien divinidades infernales²⁷. Eran antros, lugares asociados a la oscuridad, opuestos a los lugares áureos: “Hay un lugar en el que se unen en uno solo el Cocito y el Flegetonte con sus siniestras aguas. Ambos cauces son espantosos, uno arrastra lágrimas, otro se desborda con fuego” (CLAU. *Contra Ruf.* II, 440-480). Estas imágenes correspondían a corrientes de aguas subterráneas, asimilables a la Estigia, Aqueronte o la Lete, por donde Caronte llevaba las almas de los muertos al otro lado. Aparecen mencionados como ríos infernales en Homero: “Allí atracarás el bajel a la orilla del océano profundo y tu marcha a las casas de Hades aguanosas; allí al Aqueronte confluyen el río de las Llamas y el río de los Llantos, brotado en la Estigia, que reúnen al pie de una peña sus aguas ruidosas”. (HOMERO, *Odisea*. X, 510-515). Platón, en la República, hace referencia a estos ríos capaces de transportar las almas: “De este modo, Glaucón (...) no se perdió, y también podrá salvarnos a nosotros, si le hacemos caso, de modo de atravesar el río del Olvido manteniendo inmaculada nuestra alma”. (PLATÓN, *República*. X. 621 c). De manera inmediata el autor involucraba en el relato, comprometedoras alusiones al destino final de los artífices del mal:

“(…) Aquí llegan las generaciones de mortales después de la conclusión de su vida. Allí no permanece distinción alguna (...) y el plebeyo indigente expulsa al rey desprovisto de su título inútil. El Juez Minos visible en su Alto Trono, examina los cargos y separa a los culpables de los inocentes” (CLAU. *Contra Ruf.* II, 475).

Estos enemigos de Roma en la poética de Claudiano estaban identificados como aquellos que encarnaban la furia. Roma estaba llamada a regir los destinos del orbe sin límite espacial o temporal como lo anunció Virgilio y cualquier oposición a ello era producto de la furia, señalando un dinámico proceso cíclico

²⁷ SÁNCHEZ-OSTIZ, 2011: 319-320.

entre concordia y furia. Esta noción de violencia se presenta en los escritos del poeta como una locura momentánea o una ceguera de mente que se evidencia en los enemigos de Estilicón, quienes llegan incluso a arrepentirse de su error al contemplar las consecuencias funestas de sus acciones que amenazaban la subsistencia del mismo Imperio²⁸:

“Se confiesan merecedores del suplicio y de la muerte todos los que (...) abandonaron a Estilicón. (...) quedaron estupefactos durante largo tiempo y, tras haber restablecido poco a poco su razón, contemplan admirados las monstruosidades de su propia locura” (CLAU. *Contra Eutropio*, II, 515-520).

Sin embargo, Claudiano mostraba la furia como esencial para Roma, ya que así se autodefinía, en su papel de conquistadora. El estado de guerra era una parte del carácter nacional que adquirió Roma. Si la imposición de la paz era parte del deber de los romanos, también lo era ejercer la guerra justa como recuerda la Eneida. Todo estado de guerra, volviendo al punto de vista cíclico, devendría en paz, en armonía. Por su parte la paz podía traer aparejada la molicie y la única cura propicia era la guerra: “(...) tras haber perdido el hábito de la antigua conducta, me retiré al regazo servil de la paz” (CLAU. *Guerra contra Gildón*, 50). Los peligros de la paz y la necesaria regeneración a través de la guerra era un tema recurrente en la épica de Claudiano. La guerra era necesaria para lograr la unidad, eliminando del poder en Oriente a los enemigos de Estilicón. En el plano externo se evidenciaba el carácter romano corrompido por la paz y restaurado por la guerra, en ambos casos se requería poner en movimiento ambas realidades. La guerra entonces se requiere tanto como castigo como por corrección: “¡Mira a qué acciones dio lugar un pequeño sociego: cuánto daño produjo el descanso de la espada!” (CLAU. *Contra Eutrop.* II, 120). La ira funesta traería como consecuencia la paz²⁹.

De allí que sea necesario volver a los planteos iniciales ¿quiénes eran para el poeta enemigos de Roma? ¿Los godos que combatía Estilicón?, ¿sus

²⁸ WARE, 2012: 120.

²⁹ WARE, 2012: 121-122.

antagonistas, que buscaban evitar la unidad del Imperio? En sentido estricto, lo eran, pero ¿cómo estaban concebidos para él?, ¿no habían enriquecido y fortalecido la Ciudad Eterna a través de la furia, concebida bajo la dinámica de concordia-discordia? Para regresar a la paz se requería la influencia regenerativa de la guerra. Esos enemigos de Roma ¿realmente eran tales? o cumplían solo la función pasajera de asegurar la paz, la concordia y el orden. En el caso de la poesía de Claudiano esta realidad se alcanzaba a través de Estilicón: “Tú eres defensor suficiente para ambos imperios. Permítesenos gozar en común de la gloria de tus armas. Que nos proteja un mismo escudo y que un solo valor se esfuerce en la defensa de ambos mundos”. (CLAU. *Contra Eutrop.* II, 600)

En realidad Claudiano revelaba la existencia de enemigos de Roma pero les asignaba una función: enriquecer la fuerza de la ciudad. En el eterno ciclo del tiempo representado, donde comienzo y fin estaban unidos por el lábil confín de un permanente devenir, las instancias de furia, discordia y armonía o concordia se enriquecían mutuamente, sin embargo el poeta evidenciaba su temor por el destino de la ciudad³⁰.

En síntesis y a partir de los interrogantes planteados en este estudio, se sostiene que Claudiano identificaba como enemigos externos a los bárbaros y como enemigos internos a aquellos que, opuestos a las nobles acciones de Estilicón, ponían en peligro la seguridad de la ciudad frente a los primeros.

Los últimos versos de la *Guerra contra los Getas* ejemplifica con claridad el planteo hipotético de este trabajo:

“¡Oh Polentia, digna de ser celebrada por mí para la eternidad, oh tierra apropiada para los dichosos triunfos por tu merecido nombre, suelo destinado al valor por el hado, tumba memorable de la barbarie! (...) Allí sucumbió en las mismas llanuras la revuelta de los cimbrós (...) que la generación que llega ya inmediatamente mezcle los huesos de las dos razas e inscriba una estela de doble valor, trofeo común: Aquí la tierra de Italia cubre a los fieros cimbrós y getsas aniquilados por Estilicón y Mario, ilustres caudillos, aprended pues

³⁰ WARE, 2012: 121-122.

insensatos, a no despreciar a Roma!” (CLAU. *Guerra contra los Getas*, 640-645).

FUENTES PRIMARIAS:

- CLAUDIANO (1993). *Poemas I*. Introd., trad. y notas de Miguel CASTILLO BEJARANO. Gredos: Madrid.
- CLAUDIANO (1993). *Poemas II*. Trad. y notas de Miguel CASTILLO BEJARANO. Gredos: Madrid.
- HOMERO (1993). *Odisea*. Introd. Manuel Fernández-Galiano. Trad. José Manuel Pabón. Madrid. Gredos.
- PLATÓN (1986). *Diálogos IV. República*. Introd., Trad., y notas por Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos.

BIBLIOGRAFÍA:

- ÁLVAREZ, D.E. (1998). El Panegírico poético latino a partir de Augusto. *Myrtia*, 13, 151-175.
- ARCE, J. (2007). *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D)*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- ÁVILA CRESPO, R. (2000). Identidad y alteridad, una aproximación filosófica al problema del doble, *Rev. de Filosofía*, 20, 5-23.
- BOCH, V. (2014). Los romanos y los otros en la obra de Rutilio Namaciano, *De Rebus Antiquis*, 4, 113-130.
- CHARLET, J.-L. (2000). *Claudien. Oeuvres*. t. II, 2. Paris: Les Belles Lettres.
- GARAMBOIS-VÁZQUEZ, F. (2007). Les invectives de Claudien. Une poétique de la violence, *Latomus*, 11-67.
- CAGLIARDI, D. (1972). *Aspetti de la poesia latina tardoantica. Linee evolutive e culturali dell'ultima poesia pagana dei "novelli" a R. Namaziano*. Palermo.
- HEATHER, P. (2011). *La caída del imperio romano*. Crítica: Barcelona.
- JÜRGASCH, T. (2016). Christians and the invention of paganism in the Late Roman Empire. En: SALZMAN, M. – SAGUY, M. - LIZZI TESTA, R. (Eds.). *Pagans and Christians in Late Antique Roma*. Cambridge: Cambridge University Press, 115,138.
- LANA, I. - MORESCHINI, C. (1998). Poesia epica y paganismo in Claudiano. Storia della civiltà letteraria greca e latina. En: LANA, I. – MALTESE, V. (Dir.) *Storia della civiltà letteraria greca e latina*. Torino: UTET, 715-727.
- LAVALLE, R. (2001). *Referencias naturales en Claudiano*. Tesis doctoral. Univesrsidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/tesis/referencias-naturales-en-claudio.pdf>.
- LE GLAY, M. (2002). *Grandeza y caída del Imperio Romano*. Cátedra: Madrid.
- MARINO, R. (2001). Alarico nella letteratura pagana e cristiana. *Pan*, 18-19, 377-390.
- MARRÓN, G. (2007). Rufino y Prosérpina en los infiernos de Claudiano. *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, 7, 179-201.

- MIRÓ VINAIXA, M. (1997). Paganos y herejes en la obra de Aurelio Pudencio. Estado de la cuestión. En: *Congreso Internacional la Hispania de Teodosio, I* (Salamanca), 179-192.
- POLLMANN, K (2001). Das lateinische Epos in der Spätantike. En: RÜPKE, J. (Ed.). *Von Göttern und Menschen erzählen: Formkonstanzen und Funktionswandel vormoderner Epik*. Stuttgart, 93-129.
- RODRÍGUEZ GERVÁS, M. (2008). La retórica del siglo IV. Espacios de integración y expulsión del Bárbaro. *Studia Historica. Historia Antigua*, 26, 149-165.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, A. (2011). *Antros de horror y lugares de maravilla en la épica de Claudiano*. Universidad de Navarra. Depósito Académico Digital, 311-322. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10171/17806>.
- WARE, C. (2012). *Claudian and the roman epic tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

INVERSIÓN SOCIO-POLÍTICA EN LA CORTE IMPERIAL DE CALÍGULA

Socio-political inversion in Caligula's imperial court

(artículo recepcionado el 14/10/2016, aceptado el 03/12/2016)

JUAN PABLO ALFARO

Universidad Católica Argentina

alfarojuanpablo@gmail.com

Abstract: Since AD 40, and as a consequence of highly conflictive background, Caligula made a restructuration of the center of the imperial court (*aula Caesaris*). This movement had the aim of guarantee the personal security of the emperor after the crisis motivated by the discovery of a complot in summer-autum 39. This restructuration provoked the rise of low social-juridical status individuals beside the roman equestrian or senatorial aristocracy. Since then, imperial slaves and freedmen, and oriental client kings achieved a great influence at court. This situation, meantime, had several socio-political consequences that we must take in consideration for understand the course of the narrative of those testimonies, mostly aristocratic, that has transmitted us the negative image that we commonly know about the young emperor.

Keywords: Caligula – Socio-political inversion – Imperial court – roman aristocracy

Resumen: A partir del año 40, y como consecuencia de un contexto altamente conflictivo, Calígula provocó una reestructuración del núcleo de la corte imperial (*aula Caesaris*). Este movimiento, tenía por principal objeto garantizar la seguridad personal del emperador tras la crisis provocada por el descubrimiento de una conspiración en el verano-otoño del 39. Esta reestructuración provocó el ascenso de individuos de estrato social y jurídico subalterno o ajenos a la aristocracia romana ecuestre o senatorial. A partir de este momento, esclavos y libertos imperiales y reyes clientes orientales acreditaron una gran influencia en la corte. Esto a su vez, tuvo una serie de consecuencias socio-políticas a destacar y que son necesarias tomar en consideración para comprender la orientación del relato de aquellos testimonios, en su mayor parte de raigambre aristocrática, que nos han legado la imagen negativa que comúnmente conocemos del joven emperador.

Palabras Clave: Calígula – Inversión socio-política – Corte imperial – Aristocracia romana

1. Introducción

La tradición clásica ha conservado una imagen sumamente negativa del emperador romano Cayo César Germánico, Calígula (marzo 37- enero 41)¹. A grandes rasgos, esta *negatividad* estaba dada por la noción de un emperador maniático, libertino y cruel, que nos ha sido transmitida por la evidencia literaria que disponemos². El sustrato de esta evidencia debe localizarse entre la segunda mitad del siglo I y la primera del II. Sustancialmente, su visión derivaba de los sectores prominentes de la sociedad, conectados en mayor o menor medida con la corte imperial³. Por esta razón, creemos que para comprender sus opiniones

¹ Castoriadis, habla de *imaginario* para referirse a “algo inventado”, ya sea “una pura invención... o a un deslizamiento, un cambio del significado en el cual los símbolos disponibles son utilizados con otra significación respecto de su *normal* o canónica (aquí diríamos, *históricamente real*) significación... En ambos casos, se asume que el imaginario está separado de lo real, ya sea que pretenda o no ser tal cosa” (CASTORIADIS, 2013: 204). Siguiendo esta concepción, cuando aquí nos referimos a la *imagen* de Calígula, lo haremos en tanto *construcción* por parte de un determinado sector socio-político, que se ha canalizado a través de la tradición literaria, y que por tanto involucra, aparte de históricos, factores ideológicos.

² Aparte del sinnúmero de evidencias fragmentarias que aluden al emperador Cayo Calígula a lo largo de todo el corpus documental grecolatino (literario, epigráfico, arqueológico o numismático), conservamos algunos testimonios que lo describen de manera más o menos integrada, como un objeto en sí mismo en tanto emperador. Por un lado, Filón de Alejandría, con su *Legatio ad Gaium* (*Embajada ante Cayo*), y Flavio Josefo, fundamentalmente los Libros XVIII y XIX de su *Antigüedades* y los fragmentos 178-203 del Libro II de sus *Guerras*, constituyen el corpus judeo-helenístico. Por otro lado, que más interesa a este estudio, el núcleo de la tradición aristocrática (greco) romana sobre este emperador que está conformada por la *Vita Gai*, de Suetonio (siglo II) y el Libro LIX de la *Historia Romana* de Dion Casio (siglo III). Cabe destacar asimismo, en el marco de esta tradición, la pérdida de los Libros correspondientes en los *Anales* de Tácito; una ausencia lamentable que reduce significativamente las posibilidades comprensión del principado de este emperador en relación a otros del periodo Julio-Claudiano.

³ El *equite* Cayo Suetonio Tranquilo (70-130 aprox.) ascendió socio-políticamente gracias a Plinio el Joven (SYME, 1958: 91), a quien probablemente conoció en las escuelas retóricas de Roma (antes del año 110-111), y lo integró a su «círculo intelectual». Plinio lo reconoce como “*contubernalis meus*” (PLIN., *Ep.* 1.24; 10.94) y lo recomendó ante el emperador Trajano (PLIN. *Ep.* 10.94). Bajo Adriano, alcanzó los cargos palatinos de *studiis* y *a bibliothecis*, hecho que le debe haber otorgado acceso a importantes documentos imperiales. La vida de Suetonio se cruza con la Cornelio Tácito, quien también fue un beneficiario de la *amicitia* de Plinio y miembro de su círculo (PLIN. *Ep.* 2.11; *Ep.* 4.13.1; cf. SYME: 1958, 71). Aunque no hay testimonios específicos que aseguren un conocimiento personal entre Tácito y Suetonio, la generación política a la que pertenecen y la relación que ambos tenían con Plinio el Joven, nos permite inferir, si no una conexión personal, sí al menos una conexión intelectual entre ambos.

resulta indispensable tomar en cuenta ciertas vicisitudes experimentadas por estos sectores durante su principado.

Al respecto, una de las instancias más críticas fue el descubrimiento, en algún momento del verano-otoño del 39, de una gran conspiración contra su vida. En aquella instancia, prominentes individuos de la aristocracia romana, incluyendo su cuñado y hermanas, planificaron eliminarlo⁴. Aloys Winterling (2007: 114-116) sostiene que, como consecuencia de esto, Calígula provocó una “reestructuración del papel del emperador” que implicó, entre otros movimientos, una “desaristocratización” de su círculo más íntimo. De acuerdo con el testimonio de nuestras fuentes, a partir del año 40 una serie de individuos de estrato social subalterno, como esclavos y libertos imperiales, y no específicamente romano-aristocrático, como reyes clientes orientales, habrían alcanzado una notable influencia en el seno de la corte imperial.

Ahora bien, específicamente, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de “corte imperial”? La personalización del poder que significó la instauración del principado tuvo por correlato la formación de un espacio cortesano en torno al

La otra fuente aristocrática que analiza de manera integral el principado de Cayo es Casio Dion Cocceiano (163/164-235). Hijo de una familia senatorial oriunda de Bitinia (MILLAR, 1964: 9-10 y 21, se refiere a él y su padre como un “magnate provincial”), bajo el principado de Septimio Severo (193-211) alcanzó el consulado. Fue *comite* de Caracalla en su expedición al Oriente en 216 y *curator* en Pérgamo y Esmirna durante los principados de Macrino y Heliogábalo. En el 229 obtuvo la singular distinción de ser nombrado cónsul por segunda vez, y como colega del emperador Alejandro Severo (CARY, 1914: viii-x). Por otra parte, en sus *Historias* hace una serie de referencias al “círculo filosófico” que se había formado en torno a la emperatriz Julia Domna (esposa de Septimio Severo) lo cual pone en evidencia su aproximación personal a este grupo intelectual y cortesano (MILLAR, 1964: 19; BOWERSOCK, 1969: 102). Si bien desconocemos si alcanzó importantes niveles de influencia, de su carrera se puede inferir una singular conexión con la corte imperial bajo la dinastía Severa (MILLAR, 1964: 24-25).

⁴ Siguiendo el testimonio de Dion Casio, único autor que nos brinda un testimonio cronológico de estos acontecimientos, en septiembre Calígula depuso a los dos cónsules en funciones tras romperles las fasces bajo la excusa de no haber celebrado su cumpleaños (31 de Agosto) y haber conmemorado la victoria de su bisabuelo Augusto sobre su otro bisabuelo Marco Antonio (2 y 3 de Septiembre)». Paralelamente a estos hechos, desterraba al orador Carrinas Segundo por haber pronunciado un discurso contra los tiranos en un gimnasio y dividía la provincia pública de África tras ser asignada por sorteo a Lucio Pisón (procónsul), apuntando a un *legatus* las legiones allí acantonadas (DION 59.20.3-7). Luego marchó a las Galias/Germania «sin previo aviso» y «mandó a matar a algunas personas con la excusa de que estaban organizando una revuelta y a otras, por conspiración» (DION 59.21.2-5). Cf. BALSDON, 1977: 66-76; BARRETT, 1989: 91-113; WINTERLING, 2007: 102-114.

príncipe que los autores latinos denominaron *aula*⁵. Este espacio se constituyó, por un lado, en el centro del proceso de toma de decisiones. Por otro, resultó en el eje del régimen de distribución de beneficios sociopolíticos que disponía el César. Vale destacar que estos *beneficia* (que se resumían en acceso a magistraturas, sacerdocios, rangos, propiedades, etc.) eran indispensables a cada aristócrata para ostentar su lugar social preeminente⁶.

Consecuentemente, esta nueva realidad política provocó la aparición de nuevas jerarquías al margen de la estructura social tradicional que crearon segmentos diferenciados a partir de la cercanía con el emperador (ALFÖLDY, 1996: 140-142). Gracias a la confianza personal que éste podía dispensarles, ciertos individuos acreditaron en la corte importantes niveles de influencia que discrepaban con su baja condición socio-jurídica. El estudio de la influencia de individuos de bajo rango social en el marco del *aula*, fundamentalmente el papel de los *servi* y *liberti Augusti*, cuenta con importantes antecedentes⁷. A partir de éstos, en el presente trabajo analizaremos dos aspectos que creemos necesario profundizar para alcanzar una comprensión más acabada del tema. Por un lado,

⁵ Derivado del griego *aulē* y ajeno a los textos de la época republicana, el término en sí ya denota la aparición de esta nueva realidad que era la corte del emperador. (PATERSON, 2007: 127).

⁶ Recordemos que, en correspondencia con la indefinición jurídica del poder monárquico del príncipe, no se puede observar la corte del emperador como un órgano legal de gobierno (cf. CROOK, 1955; WALLACE-HADRILL, 1996; PATERSON, 2007), sino como “una institución social y no legal, privada en su composición aunque pública en su importancia” (WALLACE-HADRILL, 1996: 285). Pública en su importancia, progresivamente monopolizó aquello que Norbert Elias, en su caracterización de la sociedad cortesana, denominaría las “fuentes decisivas” el poder (1996: 10-11). Privada en su composición, pues quienes se participaban allí, por el motivo que fuese, contaban con la confianza y tenían acceso directo a la persona del emperador independientemente de su status socio-jurídico, y podían acreditar importantes niveles de influencia.

⁷ Una importante recopilación de la evidencia sobre los esclavos y libertos imperiales se puede encontrar en DUFF (1958: 143-186) y en MILLAR (1992: 69-83). Millar afirma que la emergencia del poder de los libertos fue el inevitable resultado del establecimiento de un doméstico ejercicio del poder de los magistrados romanos, una tendencia que, evidentemente, se acentuó aún más durante el principado (*Id.*: 70). BOULVERT (1974: 334), por su parte, encara la cuestión desde una perspectiva socio-económica, y aclara que los esclavos y libertos imperiales eran un “apéndice de las clases dominantes”. Como grupo adquirieron progresivamente autonomía respecto de los esclavos y libertos ordinarios: “de no son trabajadores y tienen una posición privilegiada. Ellos cumplen una función esencial que permite el buen funcionamiento del aparato político y administrativo en donde el emperador es la pieza maestra”. En particular, en este trabajo nos valdremos también de los conceptos aportados al respecto por WEAVER (1981) y, para los reyes clientes, BRAUND (1984), único trabajo que ha considerado el tema en su conjunto.

indagaremos cuáles han sido, para la aristocracia romana, las consecuencias de la aparición de estas nuevas influencias durante el principado de Calígula. Por otro lado, intentaremos develar de qué manera sus efectos pudieron haber colaborado en la construcción de aquella imagen negativa del joven emperador.

2. Nuevas influencias en la corte imperial

La socióloga Lisa Rashotte (2007: 4426) reconoce la presencia de «influencia social» cuando se produce “un cambio en los pensamientos, sentimientos, actitudes o comportamientos de un individuo que son resultado de la interacción con otro individuo o grupo”. Desde esta perspectiva, podemos observar en los testimonios de nuestras fuentes dos tipos de evidencia que nos permiten reconocer, en el ámbito cortesano, una específica influencia. Por un lado, la participación en el proceso de toma de decisiones a través de la presión y persuasión. Por otro lado, se puede inferir una posición preeminente en la corte y su influencia consecuente, gracias a la calidad (y continuidad) de los beneficios recibidos en el régimen de patronazgo imperial y una posición privilegiada en su mecanismo como agentes de mediación.

Un sucinto panorama de la situación cortesana a mediados del 40 se puede recoger de la obra de Filón de Alejandría, *Legatio ad Gaium*⁸. El filósofo, relata allí su experiencia tras presidir una embajada judeo-alejandrina cuya tarea era defender los derechos de su comunidad frente a los crecientes pogroms que se sucedían contra ésta desde el año 38⁹. En su testimonio (*Leg.* 162-171), destaca e incrimina la influencia cortesana de unos “servidores domésticos” (οικέτας) que

⁸ Ésta obra de Filón, pertenece al grupo de las denominadas “histórico-apologéticas”. En éstas el autor se focaliza en la situación histórica concreta del pueblo judío. A diferencia de la mayor parte de la obra intelectual de Filón, el contenido de ésta no es una exégesis de las escrituras. No obstante, su autor es el mismo hombre que resguarda la sabiduría mosaica y la grandeza de su nación. Cualquier esfuerzo por comprender ésta obra debe ponerla en relación con los temas exegéticos elaborados en el cuerpo principal de la obra filónica. Cf. RUNIA, 1990: 185-198.

⁹ Sobre el conflicto entre judíos y griegos en Alejandría véase: BELL, 1941: 1-18; SCHWARTZ, 2000: 206-216.

asesoraban al emperador. La mayoría de estos οικέτας eran egipcios (Αιγύπτιοι) y tenían por jefe (ἡγεμῶν) a Helicón¹⁰, quien:

“acompañaba a Cayo en el juego de la pelota, en la gimnasia, en los baños y en las comidas, y estaba a su lado cuando este se iba a dormir. Había sido nombrado ayuda cámara y capitán de la guardia palatina, (...) de modo que sólo él disponía de las audiencias en los momentos propicios y ociosos del emperador, en las que, sin la interferencia de perturbaciones externas, le hacía escuchar las cosas que más deseaba”. (FILÓN, *Leg.*175).

Aquí vemos cómo, al describir la ambición de Helicón, Filón nos descubre ciertos mecanismos de influencia de estos miembros del servicio imperial (αὐτοκρατορικὴν οἰκίαν), impedidos de ascender socio-políticamente mediante el tradicional *cursus honorum*. Como por ejemplo, aprovechando los momentos de aislamiento para influir por medio de la persuasión o la posibilidad de acceder a puestos subalternos (aunque en la práctica de la máxima importancia), como “ayuda cámara” (κατακομιστοῦ) o “capitán de la guardia de palacio” (ἀρχισωματοφύλαχος)¹¹.

Las fuentes aristocrático-romanas, por su parte, ponen mayor atención al rol de los libertos imperiales. En particular, atestiguan para mediados del 40, la notable influencia de Cayo Julio Calisto¹². Coetáneos como Séneca (*Epístolas*, 47.9.) y Plinio el Viejo (*Historia Natural*, 36.60) le adjudican a Calisto un notable poder (*potentia notus*), riqueza (*opulentior*) e influencia. Tácito (*Anales*, 11.29), medio siglo después, aún distinguía su reconocida experticia en los asuntos cortesanos. Dion Casio, en diversos pasajes del Libro de su *Historia Romana*

¹⁰ “se mantuvo cerca de Cayo adulándolo, sin apartarse de él ni de noche ni de día y acompañándolo a todas partes (πανταχοῦ συμπαρόν) a fin de aprovechar los momentos de aislamiento y descanso para formularle acusaciones (αἰτίας) contra nuestro pueblo”. (FILÓN. *Leg.* 171).

¹¹ WEAVER (1981: 149 ss.) se refiere a esta situación como una “diferenciación dentro de la burocracia”.

¹² WEAVER, *Repertorium*, 49, 13-15.

dedicado al principado de Cayo, afirma que éste “lo estimaba” (τε ἐτίμα) y también destaca su rol (59.19.6; 25.8).

Paul Weaver, especialista en cuestiones sociales del mundo antiguo, afirma que estos *servi* y *liberti* imperiales representaban uno de los más espectaculares ejemplos de movilidad social. En virtud del estatus preeminente de su patrón/amo, el emperador, y, fundamentalmente, del impacto de sus ocupaciones, éstos conformaban un grupo de élite dentro del segmento esclavos-libertos, con acceso a posiciones de poder inimaginables para otros miembros de su estamento e incluso de la sociedad romana en general. Esta circunstancia provocaba una “disonancia de estatus”, es decir, una discordancia manifiesta entre el bajo nacimiento y estatus legal de estos individuos y el alto poder, prestigio ocupacional y nivel de riqueza que podían alcanzar (WEAVER, 1981: 139-145).

Otra clase de individuos que reconocemos en la corte de Calígula es la constituida por una serie de etnarcas que, durante su principado, fueron instituidos para gobernar ciertas regiones orientales del Imperio. Conceptualizados por la historiografía moderna como “reyes clientes”, o *reges socii et amici* según la tradición romana¹³, éstos descendían de las dinastías que controlaron la realeza oriental durante la conquista romana (siglos II-I a.C.). Consolidado el principado, quedaron integrados a la esfera política del *princeps* como parte de su personal clientela. Al respecto, Braund (1984: 26) explica que el paso de la tardo-república al principado dio lugar a dos cambios fundamentales respecto de sus nombramientos (*appellatio*). Por un lado, el rey, que antes necesitaba normalmente el reconocimiento senatorial, necesitaba ahora el del emperador. Por otro lado, mientras que durante la república primero asumía el trono y luego pedía

¹³ Concordamos con LINTOTT (1981: 56) y BRAUND (1984: 23) que el concepto “rey cliente” (*client king*) es una construcción moderna y no se ajusta a una traducción literal de aquello que los romanos querían significar al referirse a estos etnarcas como *reges socii et amici*. Sin embargo, la situación política cambió sustancialmente desde que Roma tuvo sus primeros contactos políticos con los reyes helenísticos (momento en que se forjó la terminología de *reges soccii et amici*) hasta el ascenso del Principado. Entrado el siglo I, la intención igualitaria que tienen estos términos no iba más allá del plano nominal. La subordinación que estos reyes tenían respecto de Roma, y del *princeps* en particular, era un hecho.

el reconocimiento del Senado como *rex socius et amicus*, ahora debía pedir primero el reconocimiento imperial para coronarse. Por esta razón, antes que a Roma, estos reyes rendían fidelidad al César y su Casa y, a través de éstos, el emperador aseguraba distintos territorios del imperio.

Entre su asunción, en marzo del 37, y la segunda mitad del 38, Calígula provocó una explícita reversión de varios aspectos de la política imperial de Tiberio (WARDLE, 1992: 439). En la región del Cercano Oriente, el dominio de ciertos reinos anexados como provincias fue devuelto a los descendientes dinásticos de sus antiguos poseedores. Apenas asumió, otorgó a Julio Agripa I (Herodes Agripa, según la denominación bíblica), nieto de Herodes el Grande, las tetrarquías de sus tíos Filipo y Lisaniás que Tiberio había pasado a la jurisdicción del legado romano en Siria (JOS. *AJ* 18.237; DION 59.8.2)¹⁴. En el mismo momento favoreció a Cayo Julio Antíoco IV Epífanés con el antiguo reino de su padre, Comagene, que había sido convertido en provincia en romana en el 18. A eso agregó la región costera de Cilicia y “cien millones de sestercios” en materia de indemnización por los tributos cobrados desde entonces (DION 59.8.2; SUET. *Cal.* 16.3). Al año siguiente, asignó distintas regiones orientales al príncipe itureo Sohaemo y a los tres hijos del rey tracio Cotis III, a quienes una inscripción de Císico (Misia, actual Turquía) reconoce como “compañeros” (ἑταίρους) del joven emperador (SMALLWOOD, 1967: 401.5-10, p. 120)¹⁵.

¹⁴ Que incluían las antiguas regiones de Auranitis, Traconitis, Batanea, Paneas y Abilene.

¹⁵ La ceremonia de *appellatio* se llevó a cabo en el Foro por decreto del Senado. A Cotis (hijo), le concedió la Armenia Inferior, a Remetalces, la mitad de las posesiones de su padre Cotis (la otra mitad seguía bajo el dominio de su tío, también llamado Remetalces), y a Polemón, el reino del Ponto-Bósforo (cf. BARRETT, 1977: 1-9). A Sohaemus se le otorgó el pequeño reino de la Arabia Iturea (Emesa) (DION 59.12.2). En cuanto a la relación que los tres príncipes tracios, hijos de Cotis, tenían con Calígula, aparte de los reinos concedidos, no tenemos más que una inscripción Ferrill presume la posibilidad de que los haya conocido mientras vivía con su abuela Antonia, al igual que Herodes (FERRILL, 1991: 82). En el caso de Antíoco IV de Comagene, Anthony Barrett también sugiere una amistad desde niños, tras la reorganización del territorio de su padre en provincia en el año 18 por parte de Germánico (BARRETT, 1990: 285). Esto explicaría que todos ellos hayan recibido reinos de Cayo luego de acceder al principado. No obstante estas asignaciones, las fuentes nos confirman la presencia de Agripa y Antíoco en la corte junto a Cayo a partir del año 40.

De acuerdo con la evidencia documental, el etnarca más influyente dentro de la corte habría sido Agripa I (10 a.C. - 44 d.C.). Flavio Josefo indica que vivía en Roma desde niño y fue educado junto a los jóvenes de la familia imperial (JOS. *AJ* 18.143), donde “hizo grandes progresos en su amistad con Cayo” (JOS. *AJ* 18.168). El testimonio de Filón consolida la evidencia de Josefo. Según el filósofo, Calígula consideraba a Herodes “el más íntimo y dilecto de sus amigos (συνηθέστατος καὶ φίλτατος)”, ligado a él por “grandes beneficios (εὐεργεσίαι)” (FILÓN, *Leg.* 268). Entre éstos debemos contar el extraordinario honor, para un individuo que, aunque ciudadano, no era romano de origen ni senador, de la ornamenta pretoria (FILÓN, *In Flac.* 40). Ello, sumado a las asignaciones territoriales ya mencionadas, colocaba a Agripa en un lugar de privilegio en el régimen de patrocinio del emperador¹⁶. Este caso es un ejemplo concreto de aquella paradoja que expresa Braund (1984: 58) y, según la cual, “un rey que se había convertido en parte de la esfera romana podía ejercer mucho más poder del que podría haber ejercido como una fuerza totalmente independiente”.

3. Efectos de las nuevas influencias cortesanas

No es una novedad afirmar aquí que el cambio político que significó para Roma la instauración del principado no implicó una transformación sustancial del orden social. La estructura social tradicional, jerárquica y estamental, con una aristocracia en su cúspide, conformada por los miembros del orden senatorial y ecuestre, se mantuvo vigente¹⁷. En virtud de ello, la concentración fáctica del poder político en manos de un *princeps* dio paso a la formación de una monarquía

¹⁶ Sobre el rol de los reyes clientes en el seno del régimen de patrocinio del emperador, véase: BRAUND, 1984: 55 y ss. Véase también: SUET. *Augusto*, 48 y 60. De hecho, según el testimonio de Flavio Josefo, a la muerte de Calígula, “Agripa se comportó con Cayo como debía comportarse un hombre honrado por él; abrazó su cadáver, y luego de acostarlo en una cama y darle los cuidados que le fueron posible, se dirigió a los guardias diciendo que Cayo vivía todavía, que sufría a causa de las heridas recibidas y que los médicos estaban con él”. (JOS. *AJ* 19.237).

¹⁷ Mientras que para SYME (2010: 429) esto se debe a los prejuicios de la mentalidad romana típica, tendiente a negar la noción de igualdad, para ALFÖLDY (1996: 132-133) la vigencia de la estructura social tradicional durante la monarquía imperial se debió a la continuidad del sistema económico.

particular. Dicha particularidad estaba dada por la permanencia de las instituciones soberanas del régimen político anterior; fundamentalmente el Senado y las Magistraturas. Aunque políticamente neutralizadas por la *potentia* del emperador, esta continuidad aparece como *necesaria* en la medida que cumplía una función social capital para la elite. Pues el acceso a éstas otorgaba aquello que constituía, para todo ciudadano aristocrático, su aspiración primera: el acrecentamiento de su *dignitas*, baluarte de su prestigio social y diferenciación respecto del *multitudo* (cf. DENIAUX, 2006: 412)¹⁸.

Por razones sociológicas, el emperador no podía prescindir de este grupo. Casi exclusivamente, de allí escogía las personas idóneas para el gobierno y la administración imperial. De esta realidad, surgieron los *amici Caesaris*, “amigos del César”. El término en sí, buscaba significar públicamente que un ciudadano, generalmente de rango aristocrático, era un beneficiario directo del patronazgo imperial. A través de este régimen, un aristócrata que se hallaba en relaciones positivas con el emperador, podía acreditar una serie de beneficios que le permitían acrecentar su *dignitas* y prestigio. Alternativamente, estos *amici* podían formar parte de la corte imperial y alcanzar altos niveles de influencia. Vale aclarar aquí que, si bien nominalmente el término latino “*amicitia*” implicaba una relación de simetría, cuando el emperador tomaba parte en una relación de este tipo, pese a las pretensiones semánticas, la simetría era, de facto, inexistente. Pues los dones (*beneficia*) que el emperador podía otorgar eran incomparablemente superiores a los de la contra parte, que quedaba supeditada a repagar mediante fidelidad (*fides*) y servicio (*officia*)¹⁹.

¹⁸ Según el filólogo alemán Viktor Pöschel, “la condición principal para adquirir dignidad es la acción política, la pertenencia al Senado, junto a la integridad moral. El pertenecer a la nobleza romana, el tener entre los antepasados héroes, reyes o dioses, confiere aún más brillo a esa dignidad. En el concepto de *dignitas* cada posición política y social superior encuentra su más clara expresión, lo que es distintivo del carácter aristocrático de la sociedad romana” (citado en CHUAQUI JAHATT, 2000). BALSDON (1960: 44-45), aseguraba que existían grados de *dignitas*, la cual representaba su “representación y rango”.

¹⁹ Perspicazmente Séneca (*Sobre los Beneficios*, 5.4.2) afirmaba que los emperadores “habías sido puestos por la Fortuna en una posición tal que les permitía otorgar muchos favores pero recibir muy pocos e inadecuados dones a cambio”. Cf. SALLER, 1982.

El mencionado proceso de “desaristocratización” del núcleo íntimo de la corte tuvo drásticas consecuencias en relación a este fenómeno. El aumento de la influencia de individuos ajenos a la aristocracia, implicó para los *amici* de primer rango una situación paradójica. Pues para lograr la *gratia* imperial, indispensable para el ascenso en los honores, se vieron en la necesidad de “aclientelarse” simbólicamente frente a individuos de menguada condición socio-jurídica, lo cual, a su vez, suponía una manifiesta humillación. Más o menos escrupulosos, algunos aceptaron la circunstancia y la supieron explotar²⁰. No obstante, resultaba un elemento de tensión evidente entre el emperador y sus *amici*. Esta dinámica nos permite comprender la connotación negativa con que los autores alto-imperiales, mayormente aristocráticos, caracterizaron a estos individuos y a las consecuencias de sus relaciones con el emperador.

En los Libros de su *Historia* correspondientes al periodo Julio-Claudiano (LVII-LXIII), Dion Casio (160-230 aprox.), un senatorial de origen provincial (Bitinia), reproduce en el siglo III la tradición configurada por la memoria aristocrática romana entre los siglos I y II²¹. De su lectura, resulta evidente que el ascenso de la influencia de individuos no romano-aristocráticos dentro de la corte imperial, es uno de los aspectos más traumáticos del principado. La posición de los libertos Calisto y Protógenes bajo el imperio de Cayo es un ejemplo sintomático.

El célebre orador de rango pretorio, Domicio Afro²² se salvó de una acusación que el propio Calígula le había cursado en el Senado²³ y fue designado

²⁰ Bajo el gobierno de Claudio, el “patrocinio” de sus libertos significaba, para cualquier aristócrata romano, el acceso a importantes magistraturas (SUET. *Clau.* 29.1). Por ejemplo, el futuro emperador Vespasiano fue nombrado *legatus* en Germania “por el favor de Narciso” (*Narcissi gratia*), liberto imperial. SUET. *Vesp.* 4.1.

²¹ Dion Casio perteneció a la “Segunda Sofística”. Heredera de la tradición intelectual aristocrática de los siglos I y II, en el orden de la filosofía política, la Segunda Sofística representa una serie de virtudes a la manera de *speculum principis*, que debe acompañar al buen monarca y orientarlo en su accionar (GASCÓ, 1988-1989: 442-443). Teniendo en cuenta este paradigma discursivo, Dion Casio lo aplicará a sus historias al construir también una visión de “buenos y malos” emperadores.

²² Sobre la fama alcanzada por Afro por sus virtudes oratorias, véase: DION 59.19.3-4; TAC. *Dial.* 13.3; QUINT. *Inst.* 10.1.2; 10.1.6; 12.10.1; 12.11.1.

cónsul *suffectus* a fines del 39 gracias al favor del liberto Calisto, a quien Afro, afirma Dion (59.19-6), “solía cortejar” (ἐτεθεραπεύκει). Entre las varias acusaciones que se sucedieron en aquel tiempo (59.16.2-4)²⁴, Dion Casio destaca ésta porque le permite exponer una realidad que, en tanto senatorial, le resultaba particularmente aborrecible: la inversión social. Desde la óptica senatorial, Domicio consiguió salvar su vida y acceder al consulado, pero “al precio, recalca Dion, de no ser ya reconocido como un orador célebre” (59.19.4-6), es decir, al paradójico precio de perder su *dignitas*.

El análisis del discurso de Dion Casio (59.25.6-7) pone en evidencia un vínculo semántico entre la acción de los libertos y algunos de los aspectos más denostados que se adjudican a la personalidad y gobierno de Calígula. Calisto es calificado como un “compañero” (ἐταίρους) del emperador que incitaba su “libertinaje y crueldad” (ἀσελγείας καὶ ὀμότητος). Algo similar podría decirse sobre el liberto Protógenes, quien, según Dion, “servía al emperador en los asuntos más dolorosos (χαλεπώτατα)” (DION 59.26.1)²⁵. De hecho, cuando el historiador bitiniense presenta al liberto imperial Protógenes, lo hace en un pasaje particularmente significativo:

“En cierta ocasión este individuo entró en el Senado con la intención de ocuparse de no importa qué asunto y, mientras todos, naturalmente, lo saludaban y le estrechaban la mano (vale decir, lo honraban), él dirigió una mirada inquisidora a Escribonio Próculo y le dijo: «¿También me saludas tú, que odias tanto al emperador?». Los presentes, al oír aquellas palabras, rodearon a su colega senador y le hicieron pedazos” (DION 59.26.2 /XIPH. 167, 27-168, 4).

²³ “Cayo lo odiaba, entre otras razones, porque durante el reinado de Tiberio él se había encargado de la acusación contra una mujer que tenía vínculos con Agripina, su madre. (...) Pero en aquel tiempo, Domicio había levantado una estatua del emperador, en cuya basa había grabado una inscripción en la que se manifestaba que, con veintisiete años, ya había ocupado su segundo consulado. El emperador se enfadó en la creencia de que le estaba reprochando su juventud y la ilegalidad de la magistratura. Y fue por esta acción, por la que se podría haber supuesto que Afro sería honrado, por la que lo llevó inmediatamente ante el Senado y leyó un largo discurso de acusación contra él”. (DION 59.19.1-3). Cf. TAC. *An.* 4.52.

²⁴ Según KEAVENEY–MADDEN (1998: 320), Calígula nunca habría abolido las leyes de *maiestas*, sino que simplemente ahora las re-actualizaba.

²⁵ Los “Libros de Protógenes” que atestiguan Dion y Suetonio, y contendrían las listas de aquellos senadores que Calígula premeditaba ejecutar, parecen haber sido un instrumento de terror célebre a lo largo de generaciones (DION 59.26.1; 60.4.5; SUET. *Calígula*, 49.3).

Como podemos observar, a Dion “no le importa” el asunto tratado en aquella ocasión (la cuestión institucional), sino los efectos producidos por el desmedido poder de un liberto sobre el cuerpo senatorial. Al remarcar que “todos” (πάντων) los senadores, “naturalmente” (οἷα εἰκός), “saludaban y estrechaban la mano” (προσειπόντων τε αὐτὸν καὶ δεξιουμένων) de Protógenes, Dion hace explícita la transgresión al orden social operada en aquel acontecimiento. Una transgresión que se cristaliza con su víctima consular Escribonio Próculo, “despedazado” (διέσπασαν) en la propia Casa del Senado por sus “colegas senadores” (συμβουλευσι). Un siglo antes que Dion, Tácito afirmaba que “el bajo estatus de los libertos, es signo seguro de *libertas*” (TAC. *Germania* 25; cf. WEAVER, 1981: 149-150). Entendida aquí la *libertas*, como la garantía a la condición jurídica de cada uno, “el hecho de que una persona sea ciudadana y todo lo demás, esto es, que pueda poseer bienes que nadie pueda quitarle, redactar un testamento y que su cuerpo esté protegido contra la violencia” (GRIMAL, 1998: 23-24).

Una connotación retórica similar define, en el discurso de Dion, la preocupación por la influencia de los reyes clientes²⁶:

“...nada de esto los afligía (λυπέω) tanto (a los romanos) como la sospecha de que la crueldad (ὀμότης) y el libertinaje (ἀσέλγειαν) de Cayo se acrecentarían con el tiempo, especialmente porque sabían que los reyes Agripa y Antíoco vivían con él, como dos maestros en la tiranía (τυραννο διδασκλους)”. (DION 59.24.1).

A diferencia de los libertos imperiales, resulta más complejo calificar la influencia de los reyes clientes como una forma de inversión social. Pues, pertenecían a las casas dinásticas helenísticas, ya eran ciudadanos romanos por tercera o cuarta generación (BRAUND, 1984: 41-44) y, desde la época de Augusto, se encontraban fuertemente ligados a la familia imperial en calidad de *amici*

²⁶ Dion Casio localiza esta presencia de reyes clientes junto a Calígula ya durante su campaña en el norte entre la segunda mitad del año 39 y la primera del 40.

(BRAUND, 1984: 58-61). No obstante ello, según se observa en la literatura aristocrática romana, representaban un sector claramente diferenciado dentro de la elite. Por lo cual, podríamos referirnos a este fenómeno como un proceso de inversión política, antes que social, en el marco de la corte. Y su acción parece haber sido más “nociva” en el orden ideológico²⁷.

En este testimonio el concepto de “tiranía” (τυραννία) se asocia con dos vicios imperiales que el autor ya había puesto de relieve en la relación con los libertos: “crueldad” (ὀμότης) y “libertinaje” (ἀσέλγειαν). Roger Dunkle (1971: 12-20), en un estudio sobre la figura del “tirano” en la historiografía romana, apunta el uso “casi formulaico” de un vocabulario abastecido de una serie de vicios típicos que configuran un estereotipo. Junto a otros vicios, “crueldad” (*saevitia* - ὀμότης) y “libertinaje” (*libido* - ἀσέλγειαν), son “lugares tiránicos comunes”, para describir la “villanía” de un gobernante. Su utilización, nos alerta Dunkle, podría conducirnos a una exageración o tergiversación si carecemos de una interpretación crítica correcta (DUNKLE, 1971: 20).

Ahora bien, si tomamos en consideración esta realidad, ¿a qué aspectos concretos del pretendido “mal gobierno” de Calígula podría este testimonio de Dion Casio, subrepticamente, aludir? La presencia en la corte de *basileias* como Agripa I y Antíoco, que por cultura y ascendencia pertenecían al mundo político helenístico, nos permitiría inferir cierta influencia ideológica en aquella dirección. De hecho, existe toda una corriente académica que busca explicar las conductas de este emperador como resultado, casi exclusivo, de sus “aspiraciones helenísticas” (WILLRICH, 1903; CAZENAVE-AUGUET, 1995; ADAMS, 2007). Por ello, el contexto en el que Dion describe esta coyuntura, nos exhorta a interpretar la expresión “tiranía” como el despliegue de una tendencia autocrática en tal sentido²⁸, que se

²⁷ Seguimos aquí la opinión de van Dijk, quien asume a la “ideología” como un sistema que sustenta las cogniciones sociopolíticas que organizan las actitudes y opiniones generales de los grupos respecto de temas sociales relevantes. (VAN DIJK, 1996: 15-43).

²⁸ Una tendencia que Suetonio (*Cal.* 22.2) confirmaría en la representación de un banquete celebrado por Cayo junto a unos reyes clientes. Tras proclamar la fórmula homérica “*«que sea uno el jefe, solo uno el basileus»*”; poco faltó para que se pusiera la diadema y convirtiera la forma del principado en reino” (Εἰς κοίρανος ἔστω, Εἰς βασιλεύς; *nec multum afuit quin statim diadema*

consumaría con su pretensión de divinización (cf. GATTI, 1981; SIMPSON, 1981; GRADEL, 2002: 149-159; ALFARO, 2015).

4. Conclusión

El mencionado proceso de “des-aristocratización” de la corte imperial que implicó el acrecentamiento de la influencia de individuos ajenos al segmento aristocrático tradicional, se nos manifiesta como un caso singular de inversión socio-política. Por un lado, frente al ascenso de los esclavos y libertos imperiales, los *amici Caesaris*, se encontraron atrapados en una insalvable paradoja. Para acreditar honores y alcanzar primeras magistraturas, se vieron obligados a cortejar individuos de estrato social y jurídico subalterno. Por otro lado, la presencia de reyes clientes como Agripa y Antíoco junto al emperador, habría motivado un avance de tendencias monárquico-helenísticas que significaron un explícito avasallamiento a las instituciones tradicionales, espacio político en el que la elite se integraba y reproducía su preeminencia social.

Esta experiencia “dramática”, provocó un contexto cortesano en el cual este sector vio seriamente comprometido aquello que lo identificaba y lo distinguía del resto de la sociedad: su *dignitas* y privilegio estamental. Esta circunstancia derivó en una serie de efectos semánticos que debemos considerar a la hora de analizar los testimonios con que contamos sobre la vida y principado de Calígula. En este sentido, la conceptualización negativa que implicaban aquellas conductas calificadas como “cruels” (ὀμότης), “libertinas” (ἀσελγειαν) o “tiránicas”, eran el resultado, antes que de una personalidad inherentemente viciosa, de la configuración, entre los siglos I y III, de una memoria sobre el emperador Calígula por parte de un sector, la aristocracia cortesana, que se vio dramáticamente afectada por las circunstancias socio-políticas mencionadas. En

sumeret speciemque principatus in regni formam converteret). Luego de reprimir el complot en su contra, Calígula anunciaba que “volvía (a Roma) para los que lo deseaban, para los caballeros y para el pueblo, pero que los senadores no encontrarían en él ni ciudadano ni príncipe (*neque civem neque principem*)” (*Cal.* 49.1). Estas declaraciones, junto a los casos de humillación y persecución (cf. WINTERLING, 2007: 127-139; ALFARO, 2013), dieron forma a su estrategia para neutralizar a la aristocracia.

virtud de ello, autores como Suetonio y Dion Casio, cuyo testimonio resulta clave en la configuración de la imagen negativa de Calígula, *exemplum* del mal gobernante, comparten y re-proyectan a través de ésta, las aspiraciones socio-políticas de este grupo al que, por supuesto, pertenecían.

FUENTES PRIMARIAS:

- CODOÑER MERINO, C. (1988). *Séneca, Lucio Anneo, Sobre la Clemencia*. Madrid: Tecnos.
- COLOMA, L. (1949). *Tácito, Los Anales*. Buenos Aires: W.M. Jackson Inc. Editores.
- CONDE, L. (2006). *Tácito, Historias*. Madrid: Cátedra.
- CORTÉS COPETE, J.M. (2011). *Dion Casio, Historia Romana*. Libros L-LX. Madrid: Gredos.
- FARRÉ, L. (1961). *Flavio Josefo, Obras Completas, 5 vols*. Buenos Aires: Acervo Cultural.
- LÓPEZ ARRIAZU, E.-MARINONI, B. (2009-2012). *Suetonio, Vida de los Césares: Libros I-V, 2 vols*. Buenos Aires: Malke.
- MARINÉ ISIDRO, J. (2001). *Séneca, Diálogos*. Madrid: Gredos, 2001
- REQUEJO, J.M. (1996). *Tácito, Cornelio. Vida de Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*. Madrid: Planeta-DeAgostini.
- RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA, M. (2001). *Flavio Josefo, Autobiografía. Contra Apión*. Madrid: Gredos.
- SMALLWOOD, E.M. (1961). *Philonis Alexandrinis, Legatio ad Gaium*. Leiden: Brill.
- TRIVIÑO, J.M. (1976). *Filón de Alejandría, Obras Completas, 5 vols*. Buenos Aires: Acervo Cultural.
- VAN DER HORST, P.W. (2003). *Philo of Alexandria, Philo's Flaccus, the first pogrom*. Leiden-Boston: Brill.

BIBLIOGRAFIA:

- ADAMS, G. (2007). *The roman emperor Caligula and his hellenistic aspirations*. Boca Ratón: Brown Walker Press.
- ALFARO, J.P. (2013). Cayo Calígula: del 'civilis princeps' al 'superbus' autócrata. En: CERQUEIRA, F. – GONÇALVES, A.T. – EDALaura, M. – LEÃO, D. (Orgs.). *Saberes e poderes no Mundo Antigo. Estudos ibero-latino-americanos. Volume II – Dos poderes*. Imprensa da Universidade de Coimbra, 53-69.
- ALFARO, J.P. (2015). Una aproximación a la comprensión del culto imperial de Calígula. En: BOCH, V. – CARDOZO, P. (Eds). *Voces en el Mediterráneo Antiguo*. Mendoza: SS&CC Ediciones, 31-50.

- ALFÖLDY, G. (1996). *Historia social de Roma*. Madrid: Alianza.
- BALSDON, J.P.V.D. (1960). Auctoritas, dignitas, otium. *CQ*, 10, 43-50.
- BALSDON, J.P.V.D. (1977). *The emperor Gaius (Caligula)*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- BARRETT, A. (1977). 'Gaius' policy in the Bosphorus'. *Transactions of the American Philological Association*, 107, 1-9.
- BARRETT, A. (1989). *Caligula: The corruption of power*. London: Routledge.
- BARRETT, A. (1990). 'Claudius, Gaius and the client kings'. *CQ*, 40, 284-286.
- BELL, H.I. (1941). 'Anti-semitism in Alexandria', *JRS*, 31, 1-181.
- BOULVERT, G. (1974). *Domestique et fonctionnaire sous le Haut-Empire romain. La condition de l'affranchi et de l'esclave du prince*. Paris: Les Belles Lettres.
- BRAUND, D. (1984). *Rome and the friendly King. The character of client kingship*. London & Canberra: Croom Helm.
- CASTORIADIS, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquet.
- CAZENAVE, M. – AUGUET, R. (1995). *Os imperadores loucos. Ensaio de mitologia histórica*. Lisboa: Inquérito.
- CHUAQUI JAHIAAT, B. (2000). El concepto de dignidad en la antigua Roma y después. Estudio de Viktor Pöschel. *Ars Médica*, 2, disponible en: <http://escuela.med.puc.cl/publ/arsmedica/arsmedica.html>
- CROOK, J. (1955). *Consilium Principis. Imperial counsellors and councils from Augustus to Diocletian*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DENIAUX, E. (2006). Patronage. En: Rosentein, N. & Morstein Marx, R. (eds.), *A Companion to the Roman Republic*. Oxford: Blackwell Publishing, 401-420.
- DUFF, A.M. (1958). *Freedmen in the Early Roman Empire*. Cambridge: W. Heffer & Sons, LTD
- DUNKLE, J.R. (1971). The rhetorical tyrant in Roman Historiography: Sallust, Livy and Tacitus. *CW*, 65, pp. 12-20.
- ELÍAS, N. (1996). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura.
- FERRILL, A. (1991). *Caligula. Emperor of Rome*. London: Thames and Hudson Ltd.
- GASCÓ, F. (1988-1989). Retórica y realidad en la Segunda Sofística. *Habis*, 18-19, 442-443.
- GATTI, C. (1981). Considerazioni sul culto imperiale nel quadro della politica di Gaio. *Contributi del Istituto di Storia Antica del Sacro Cuore*, 7, 161-173
- GRADEL, I. (2002). *Emperor Worship and the roman religion*. Oxford: Clarendon Press.
- GRIMAL, P. (1998). *Los extravíos de la libertad*. Barcelona: Gedisa.
- KEAVENEY, A. & MADDEN, J.A. (1998). The crimen *maiestatis* under Caligula: the evidence of Dio Cassius. *CQ*, 48, 316-320.
- LINTOTT, A. (1981). What was the 'Imperium Romanum'? *Greece & Rome*, 28, 53-67.
- PATERSON, J. (2007). Friends in high places. The creation of the court of the roman emperor. En: SPAWFORTH, A.J.S. (Ed.). *The court and court society in ancient monarchies*. Cambridge: Cambridge University Press, 121-156.
- MILLAR, F. (1964). *A study of Cassius Dio*. Oxford: Oxford University Press.

- MILLAR, F. (1992). *The Emperor in the Roman World (31 BC – AD 337)*. New York: Duckworth
- RASHOTTE, L. (2007). Social influence. En: RITZER, G. (Ed.). *The Blackwell Encyclopedia of Sociology*. Oxford: Blackwell Publishing, 4434-4437.
- RUNIA, D.T. (ed.) (1990). *Exegesis and Philosophy: Studies on Philo of Alexandria*. Variorum, Aldershot
- SALLER, R. (1982). *Personal patronage under the Early Empire*. Cambridge: Cambridge University Press
- SCHWARTZ, M.B. (2000). Greek and Jew: Philo and the Alexandrian Riots of 38-41 CE. *Judaism*, 49, pp. 206-216
- SIMPSON, C.J. (1981). The cult of the emperor Gaius. *Latomus*, 40, 492-501
- SMALLWOOD, E.M. (1967). *Documents illustrating the principates of Gaius, Claudius and Nero*. Cambridge: Cambridge University Press
- SYME, R. (2010). *La Revolución Romana*. Barcelona: Crítica
- VAN DIJK, T. (1996). Análisis del discurso ideológico. *Versión*, 6, UAM-X, México, 15-43
- WALLACE-HADRILL, A. (1996). The imperial court. En: BOWMAN A., CHAMPLIN E., LINTOTT A. (Eds.) *The Cambridge Ancient History, Vol. X: The Augustan Empire 43 BC – 69 AD*. Cambridge: Cambridge University Press, 283-308.
- WARDLE, D. (1992). Caligula and the client kings. *The Classical Quarterly*, 42, 437-443.
- WEAVER, P.R.C. (1981). Movilidad social en el Alto Imperio Romano: la evidencia de los libertos imperiales y los esclavos. En: Finley, M.I. (Ed.). *Estudios sobre Historia Antigua*. Madrid: Akal, 137-156.
- WEAVER, P. R. C., *Repertorium Familiae Caesaris et Libertorum Augustoum*, disponible en: <http://alte-geschichte.phil-fak.uni-koeln.de/500.html>
- WILLRICH, H. (1903). Caligula. *Klio*, 3, I, pp. 85-118; II, pp. 288-317; III, pp. 397-470
- WINTERLING, A. (2007). *Calígula*. Barcelona: Herder.

CONFERENCIA**DISCURSO ARISTOCRÁTICO Y EXPECTATIVAS POPULARES EN
BIZANCIO: LA CRISIS DE ROMA-BIZANCIO EN PERSPECTIVA
ESCATOLÓGICA****Aristocratic discourse and popular expectations in Byzantium: the crisis of Rome-Byzantium
in eschatological perspective****PABLO UBIERNA**
*CONICET - Universidad de Buenos Aires***Keywords:** Bizancio – Aristocracia – Escatología**Palabras Clave:** Enemigos – Roma – Claudio Claudiano- Estilicón

Agradezco a la Dra. Gómez de Aso, a las autoridades de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Pontificia Universidad Católica por esta invitación a dictar una conferencia en el marco de ciclo anual que organiza el Proyecto de Estudios Históricos Grecorromanos, en esta edición dedicado a “El discurso aristocrático en el entramado histórico del mundo helénico-romano”¹.

Muchos de los conceptos enumerados en el propio título de esta presentación requerirían demasiado tiempo para lograr, al menos, una definición mínima y operativa, entre ellos “aristocracia”, “pueblo” y “escatológico” (y nos permitimos pasar por alto los problemas que plantea el concepto de “discurso”).

¹ Conferencia dictada el 21 de noviembre de 2016 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica Argentina.

Veamos, con todo, si podemos esbozar algunas ideas para acercarnos a nuestro tema de hoy.

La “aristocracia” bizantina ha siempre un grupo social complejo de definir y, en todo caso, que ha requerido definiciones variables a lo largo de la secular historia del imperio. Un concepto elusivo, sin duda, para nuestros patrones historiográficos ya que los propios bizantinos no usaron el término griego de “aristocracia” para definir a la clase dirigente (salvo en un singular aparición en la obra de Miguel Attaliates en el siglo XI, quien relaciona el término, usado en una corta semblanza autobiográfica, no con el origen familiar, que en su caso no era especialmente alto, sino con haber llegado a posiciones “de confianza” en el servicio imperial)². En la mayoría de los autores, así como la legislación imperial (porque no debemos olvidar que la sociedad se reglaba a partir de la ley) utilizaron términos como “ilustres”, “poderosos” (*dynatoi*) o, simplemente, “los gobernantes y magistrados” (*archontes*). Esta ausencia de un término específico llevó a muchos autores a dudar de la propia existencia de una aristocracia bizantina que tuvo, eso sí, una estructura muy distinta a la de la nobleza hereditaria que encontraremos en el occidente medieval³. Detentar un puesto administrativo o un rango de estatus de manera hereditaria era poco común en Bizancio por más que la pertenencia a familias tradicionales fue sin duda importante para ubicar candidatos en la línea de acceso a los puestos más importantes de la administración (esto sin duda cambió en época paleóloga, hacia el final del imperio). El servicio de armas o administrativo, así como un lugar en la corte, fueron también caminos de acceso privilegiado al ingreso a la clase dirigente. Hasta el siglo VI la presencia de familias senatoriales y terratenientes fue dominante, pero cayó después de esa fecha y sobre todo con la gran crisis del siglo VII (guerras persas y árabes, además de la penetración eslava). Esas pérdidas de territorio en la Alta Mesopotamia, Siria, Palestina, Egipto (y también en los

² ANGOLD, M. (1984). *Byzantine Aristocracy*. Oxford: BAR, 1-9.

³ CHEYNET, J-C. (2006). *The Byzantine aristocracy and its military function*. Aldershot: Ashgate Pub.

Balcanes en parte) hizo que el poder se fuera concentrando, por un lado, en los altos cargos de la corte o en las grandes familias de Anatolia, Paflagonia (costa central del Mar Negro), y Armenia. De época de Justiniano tenemos obras descriptivas del funcionariado como *Περὶ ἀρχῶν τῆς Ῥωμαίων πολιτείας* (*De Magistratibus reipublicae Romanae*) de Juan el Lidio, estudiadas por Michael Maas, Christopher Kelly y Anastasios Bandy⁴.

La crisis del siglo VII pudo ser, finalmente sorteada por el funcionamiento de una administración que mantuvo en pie las bases mismas del estado en momentos claves (recaudación fiscal, pago del ejército, reordenamiento de la producción), problemas iluminados en los últimos años por las obras de Wolfram Brandes y John Haldon en general o por T. S. Brown para la Italia bizantina y Jonathan Conant para África⁵. Entre los siglos VIII al XI, tenemos toda una serie de fuentes fundamentales para la descripción de la administración estatal durante el período mesobizantino, como el *Taktikon Uspensky*, el *Klêtorologion* de Filoteo (listas de oficios de mediados y fines del s. IX) y las obras de Constantino Porfirogénito (el *De Administrando Imperio*, por ejemplo). Se distinguían dos tipos de dignidades (ἀξίαι), aquellas que se otorgaban (διὰ βραβείων ἀξίαι), títulos apenas honoríficos y de rango(s) en la corte y aquellas que se “proclamaban” (διὰ λόγου ἀξίαι) que eran los puestos efectivos y que eran motivo de un pronunciamiento oficial del Emperador. A su vez se distinguía entre aquellos que los recibían, eunucos (ἐκτομίαι), “barbados” (βαρβάτοι, del latín *barbati*), i. e. no

⁴ MAAS, M. (1992). *John Lydus and the Roman Past. Antiquarianism in the Age of Justinian*. Nueva York y Londres: Routledge; KELLY, C. (2006). *Ruling the Later Roman Empire*. Cambridge (MA): Harvard University Press; BANDY, A. C. (ed.). (1983). *John the Lydian, On powers or The magistracies of the Roman state / Ioannes Lydus*; introduction, critical text, translation, commentary, and indices by Anastasius C. Bandy. Filadelfia: American Philosophical Society.

⁵ De una manera introductoria, en general y para cada área geográfica, ver: BRANDES, W. (2002). *Finanzverwaltung in Krisenzeiten. Untersuchungen zur byzantinischen Administration im 6.-9. Jahrhundert*. Frankfurt: Löwenkalu Gesellschaft; HALDON, J. (1995). *State, Army and Society in Byzantium*. Aldershot: Ashgate. BROWN, T. S. (1984). *Gentlemen and Officers. Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy A.D. 554-800*. Roma: British School at Rome; CONANT, J. (2012). *Staying Roman: Conquest and Identity in Africa and the Mediterranean, 439-700*. Cambridge y New York: Cambridge University Press.

eunucos y mujeres. Las grandes figuras de la corte podían acumular títulos de ambas categorías y ser, a la vez, *magistros* (un título otorgado) y *logothetēs tou dromou* (un puesto “proclamado”). Después de la muerte de Basilio II (1025), la pelea entre la aristocracia militar provincial (en la tradición de los *akritai*) y la aristocracia del servicio civil en la corte se resuelve con el ascenso de Alexis I Comneno, un representante de la primera. Los lazos familiares y el linaje (concepto complejo aún para occidente) se volvieron más importantes y la familia imperial fue monopolizando los títulos u *officia* imperiales. Esto introdujo el concepto de una fuerte tradición dinástica familiar imperial junto con los dignatarios de corte y las aristocracias provinciales: será la época de los Comnenos, los Kantacuzenos, los Tornikioi, los Skleros, los Argyroi, los Vranoi y los Paleólogos, señores de un *oikos*, término que designará en el griego mesobizantino el conjunto de las tierras en provincia así como el palacio en la capital que aseguraba su gestión, todo en beneficio de una familia. El término designa, claro, “casa” y hablamos del *oikos* de los Comnenos como después lo haremos, para otras geografías, de la “Casa” de Austria⁶. El estudio de los diversos grupos de la élite bizantina durante esos siglos descansa en las obras fundamentales de Alexander Kazhdan; Jean Gouillard, Paul Magdalino y Michael Angold.

Esta somera introducción nos permite ver que, en líneas generales, lo que podemos llamar “discurso aristocrático” es un discurso originado en las élites administrativas del estado (y consideramos que es correcto hablar en términos de “estado” para el conjunto de la administración bizantina) en las que debemos incluir, claro, a las élites eclesiásticas, clero patriarcal, grandes metropolitanos y grandes abades, dependientes de círculos de poder en la capital o, directamente, residentes en ella. Es esta, entonces, una particularidad doble: la existencia por un lado de una compleja administración estatal que es a la vez usina intelectual y, por

⁶ KAPLAN, M. (2016). *Pourquoi Byzance?* Paris: Gallimard, 446.

otro, la obligación una vez más de recordar la especificidad, la importancia en el contexto de esa administración, de Constantinopla, la capital.

La categoría de “pueblo” es, si cabe, aún más elusiva. Pero una vez que hemos recordado, como recién lo hemos hecho, el lugar central de Constantinopla en todos los aspectos de la vida del imperio, una focalización en las clases populares de la capital se hace ineludible (y a esos grupos nos remitiremos a continuación). Pero debemos recordar otros aspectos. Así que detengámonos un poco en esto: la operación intelectual llevada adelante por esa aristocracia de corte y función determinó lo que, en su conjunto, llamamos “ortodoxia”. La ortodoxia bizantina fue definida por Hans-Georg Beck en una obra fundamental⁷ como un sistema completo de normas políticas y rituales devocionales que definían y aseguraban la conformidad general a las fórmulas teológicas generadas y aprobadas por la élite. Dentro de este marco, uno de los “discursos” particulares más importantes fue sin duda el de la ecuación entre el destino del mundo con el destino del imperio (a su vez conjugado con el de la Capital, que suplantará a Jerusalén en el drama escatológico final). En ese paradigma, el Emperador debe fungir como un “Mesías en el interregno” acompañando y conduciendo al pueblo de Dios a lo largo del decurso de la historia hasta la Parousia, la Segunda Venida del Mesías y el consecuente fin de la historia. Es por eso que el Emperador –como el Mesías– debe tener incumbencias a la vez políticas y religiosas, pertenecer a la “Casa de Judá” y a la “Casa de Levi”⁸. Es este un tema sobre el que en los últimos años mucho se ha escrito a partir de la obra fundante de Gilbert Dagron. Recientemente Anthony Kaldellis⁹ ha vuelto sobre ciertos aspectos del tema en clave del análisis del sustento bíblico de este pensamiento. La obra de Kaldellis vuelve sobre este problema y señala que, si bien estos aportes historiográficos sobre el lugar de la tradición exegética permiten entender mejor un tipo de operación intelectual (en todo caso, mejor que el fútil rastreo de antecedentes

⁷ Beck, H-G. (1978). *Das byzantinische Jahrtausend*. Munich: C.H. Beck Verlag.

⁸ Dagron, G. (1996). *Empereur et Prêtre*. Paris: Gallimard.

⁹ Kaldellis, A. (2015). *The Byzantine Republic*. Cambridge (Ma.): Harvard University Press.

helenísticos), no deja de lado un aspecto fundamental como es el del andamiaje legal de una sociedad como la bizantina, que nunca dejó de considerarse romana.

El análisis de una categoría como la de estado es siempre elusivo en sociedades premodernas pero no imposible de estudiar. Uno de los aspectos más interesantes de la obra de Kaldellis es el de haber llamado la atención sobre la poca distinción que ha hecho la historiografía en estos últimos años entre conceptos como el de *politeía* (la *res publica*), *krátos* (gobierno) y *basileía* (la monarquía como ejercicio del gobierno, con todas sus funciones derivadas). La idea de una *politeía*, que engloba en griego la noción romana de *populus* y lo incorpora de diversas maneras a la idea de poder político no pareciera, según Kaldellis, haber abandonado el pensamiento político de los romanos de oriente en su faceta medieval. Si bien la idea no es novedosa, aparece por primera vez en una discusión que hace de ella el centro del análisis, sacándola del ámbito de obras si bien claves como la de Beck –que no lo desarrollan– o de otras que lo remitían a discusiones más concentradas temporal o temáticamente, o ambas (el pensamiento jurídico en Fögen o problemas de la percepción fiscal y la gestión financiera en la de Brandes). Esta nueva formulación de ideas con las que Anthony Kaldellis venía ya trabajando, debe ser todavía revisada y recibida por la crítica, pero nos atrevemos a señalar un primer interés en relación con nuestra reunión de hoy. Permite rescatar la posible incidencia de las ideas políticas (sobre la sociedad, la institución eclesiástica, el manejo de lo público) que circularan entre el *populus* (por lo menos como un nomenclador que lo diferencie del emperador y de los agentes de la administración) sobre todo de la capital y que podría haber capilarizado, influenciándolas, hacia los textos producidos en la corte¹⁰. Es un problema que se relaciona con el lugar de aquellos presumibles agentes políticos distintos del emperador y la aristocracia. En ese contexto, por ejemplo, toda la operación legal del siglo VI bajo Justiniano, si bien tuvo como intención la

¹⁰ Para una introducción a los conceptos de *populus*, δῆμος, cf. ZUCKERMAN, C. (2000). Le cirque, l'argent et le peuple. À propos d'une inscription du Bas-Empire. *Revue des études byzantines*, 58, 69-96.

armonía de un conjunto de medidas, generó una cierta confusión con la profusión de nuevas leyes y toda una serie de costumbres que no habían sido ratificadas por ley alguna y que sólo dependían de la voluntad (*proairesis*) de la masa popular – *hoi ánthropoi, tò plêthos, ho ókhlos*¹¹. Esa προαίρεσις del conjunto de habitantes de Constantinopla (que las nuevas estimaciones de Constantin Zuckerman a partir de los catastros fiscales cerealeros de la *annona* pública, sitúan entre 600.000 y 700.000 habitantes para la época anterior a la peste del 542-3), esa “elección”, “deliberación” de la voluntad popular –vagamemente definida para la época bizantina y en la que ustedes clasicistas reconocerán los ecos de la ética aristotélica y de las complejidades de definir el ἀγών para la época bizantina, algo en lo que hoy no podemos detenernos- tuvo una dinámica en su expresión que resta por ser estudiada y que nos señala el lugar evidentemente político que podía tener una masa poblacional como aquella.

Tenemos suficientes datos y erudición acumulada para concluir (con Kaldellis) que la esfera de lo político en Bizancio se definía en gran medida por aspectos ideológicos distintivamente romanos y republicanos (o sea, por la expresión tradicional de esa élite; y uno estaría tentado de volver aquí a viejas discusiones de Ronald Syme sobre la holística presencia de lo oligárquico y su lugar en la política bizantina, comentando sobre la participación popular en época de los Antoninos en la obra de Wilhelm Weber, cuestiones todas que son sin duda muy conocidas por ustedes romanistas pero muy pero muy poco tratadas en el tratamiento de lo político en Bizancio¹²). No podemos, entonces, decir que estos conceptos sólo sobrevivieran de una manera arqueológica o anticuaria. La *basileia*

¹¹ KALDELLIS, 2015 : 10-11.

¹² Comentando la obra de WEBER, W. (1937). *Rom. Herrschertum und Reich im zweiten Jahrhundert*. Stuttgart-Berlin: W. Kohlhammer; Ronald SYME (1938) dice: “Wir sollten vielmehr die Regierungsoligarchie als ein Ganzes betrachten, denn es ist klar, daß, was immer die nach außen hervortretende Verfassungsform sein mag, Monarchie oder Republik, irgendwo eine Oligarchie vorhanden sein muß“ [“Deberíamos más bien considerar al gobierno oligárquico como un todo, porque es evidente que, cualquiera sea la forma exterior que la constitución tenga, monarquía o república, en algún lugar debe existir una oligarquía”]. *Historische Zeitschrift*, 158, 554-561, cit. P. 559. Debo a mi colega Adrián Viale (Université Paris I) haberme acercado a este texto.

pertenecía a la *politeia*, no a la persona que eventualmente ocupara el trono; y la *politeia* pertenecía a todos los miembros de la Res Publica, incluyendo al pueblo. El emperador tenía la responsabilidad mayor de trabajar a favor de lo común y era moral y políticamente responsable frente a sus súbditos quienes, es cierto, tal vez no tuvieran mucho que decir en la génesis de una candidatura al trono pero cuyo consentimiento era necesario para su acceso al trono de una manera legítima. No había fuente de poder que estuviera por encima de la del pueblo (de la capital). La legitimidad imperial tenía, entonces, una raíz popular y dependía, era contingente, de la continua aceptación popular. La opinión y aceptación de ese pueblo no podía ser entendida como algo ya logrado y tenía que ser cultivada continuamente (lo que hace de Bizancio, lo opuesto de un despotismo o de una monarquía de derecho divino). Ese lugar de lo popular no era solamente una ficción o propaganda vehiculizada desde el poder para lograr un necesario apoyo, sino que se correspondía con lo que esa misma población comprendía eran sus atributos. Todo episodio de movilización popular (y eran muchos e importantes) señala esa conciencia de su rol en la creación y deposición de emperadores.

Y es este el sentido que quiero, finalmente, compartir con ustedes en el día de hoy. La escatología imperial, se expresó en los formatos discursivos más diversos: textos exegéticos, cronísticos, elegíacos, expresiones artísticas y tuvo una contraparte que expresó los ideales de una *Kaiserkritik* que tuvo los más diversos alcances¹³. Manifestada muchas veces en la redacción y circulación de textos apocalípticos sobre la crisis y fin próximo de la dinastía reinante de los que me he ocupado en diversos momentos de mi carrera y que, digámoslo al pasar, podían llegar incluso a ser compartidos con embajadores extranjeros (como vemos en la *Relatio de legatione Constantinopolitana* de Liutprando de Cremona en el s. X). Pero este tipo de textos, también eran parte del discurso aristocrático.

¹³ Retomando la expresión y las líneas generales señaladas en el artículo pionero de MAGDALINO, P. (1983). Aspects of Twelfth Century Byzantine Kaiserkritik. *Speculum*, 58/2, 326-346. Tanto Magdalino como anteriormente Franz Tinnefeld se basan mayoritariamente en Historias y Crónicas. Cf. TINNEFELD, F. (1971). *Kategorien der Kaiserkritik in der byzantinischen Historiographie von Prokop bis Niketas Choniates* Munich: W. Fink. Aquí intentamos señalar la importancia de otros géneros literarios, los apocalipsis y las profecías.

Los clivajes de la élite se manifestaban de esta manera. Ahora, hay otro tipo de textos que nos dejan percibir las voces (lejanas, grises, apenas el eco de un rumor muchas veces) de la calle, de ese *πλῆθος*, de ese *ὄχλος* (la “multitud”, ambos términos con claros significados desde época clásica y neotestamentaria), constantinopolitano. El problema mayor es que esas voces nos llegan a través de textos complejos y con una historia nunca del todo elucidada, me refiero a las *Parastaseis* y los *Patria*.

Constantinopla, que después de las crisis sociales de la segunda mitad del siglo VI y del VII, volvió a tener una gran población durante todo el período mesobizantino (hasta la IV Cruzada en 1204), fue desde su fundación y merced a las decisiones de los emperadores de los siglos IV y V, una urbe pletórica de arte clásico en sus calles, un recuerdo viviente del expolio al que esos mismos soberanos sometieron a diversas localidades del imperio para embellecer la nueva capital. Los *Patria* traen una lista de las ciudades desde las cuales se trajeron las obras: Atenas (del templo de Ares sobre todo), Delfos, Dodone, Salónica, Chrysopolis, Cyzica, Nicomedia, Iconium, Efeso (el templo de Artemis), Quíos, Antioquía, Roma, Dyrrachium. La que es una ciudad cristiana desde su nacimiento se desarrolla contando con un número de piezas monumentales de arte clásico (pagano) en sus calles, mayor al de cualquier otra ciudad del imperio. Estatuas, columnas historiadas, arcos diversos se encontraban por doquier en la capital. Y esos monumentos contaban historias, muy diversas, siempre complejas de entender. Y la capital contaba con toda una serie de intelectuales, gentes de lecturas que las explicaban a cambio de unas monedas. Algunos, incluso, podía elaborar encantamientos (*stoicheíōsis*) con las estatuas¹⁴. Esos monumentos contaban la historia y el futuro de la capital, del imperio y de la humanidad que estaba cifrada en esas piedras. Es esta, en suma, la pervivencia en la capital de una

¹⁴ Es conocido el caso, relatado por los *Patria*, de cómo Miguel I Rangabès (811-813) le habría cortado la cabeza a la *Tychè* (o *Anthousa* como la llama Malalas, Diosa de la Fortuna, deidad tutelar) de la ciudad para que las “fuerzas del demos” no prevalecieran contra los soberanos. Ver. MAGDALINO, P. (2006). *L'Orthodoxie des astrologues. La science entre le dogme et la divination à Byzance (VIIe.-XIVe. Siècle)*. Paris : Lethielleux, 60.

tradicción astrológica (de filosofía natural) que llegó importada ya en el s. V desde Alejandría y especialmente activa aún en tiempos del segundo iconoclasmo con el Patriarca Juan el Gramático (y que ha sido brillantemente estudiada por Paul Magdalino).

Esas tradiciones fueron compiladas, y esa compilación es un producto de las discusiones políticas de los ss. IX y X, por más que, en casi todos los casos, los textos canalicen tradiciones previas. En esos siglos IX y X las costumbres y percepciones populares deben ir más allá de los límites planteados por Kaldellis y entroncarse con la circulación de un tipo particular de literatura política. Se trata de una literatura sobre el destino del imperio y la capital (que Paolo Odorico incluyera muy recientemente dentro de la tradición de una cultura de la *syllogè* por él estudiada y defendida¹⁵) y que comprende el conjunto de textos que serán conocidos en ese siglo X bajo el título de *Patria Constantinopoleos*. Ya a principios del siglo XX, Charles Diehl (1929-30), llamó la atención sobre la importancia de los *Patria* en la supervivencia de las creencias escatológicas. Paul Alexander¹⁶, posteriormente, retomó la importancia de esta tradición en el contexto de sus estudios de la tradición apocalíptica. Se puede considerar, en general, que “las *Parastaseis*, *La Diegesis de Hagia Sophia* y los *Patria* presentan una imagen de Constantino, de Justiniano y de Constantinopla inversa a aquella que ofrecen los panegíricos de la corte y en general la exégesis imperial, (...) las profecías populares, en su pesimismo, establecen un balance con el optimismo de la escatología imperial”¹⁷. Las *Parastaseis Syntomoi Chronikai* (“Cortas Notas históricas” Παραστάσεις σύντομοι χρονικαί) son uno de los textos más particulares de la larga historia de la literatura bizantina y que forman parte de una

¹⁵ ODORICO, P. (2014). Du recueil à l’invention du texte: le cas des *Parastaseis Syntomoi Chronikai*. *Byzantinische Zeitschrift*, 107 (2), 755-784.

¹⁶ ALEXANDER, P. (1964). Historiens byzantins et croyances eschatologiques. En: *Actes du XIII^e Congrès International des Études Byzantines*, Belgrado, vol. II, 1-8 (= *Religious and political thought in the Byzantine empire*. London: 1978, XV).

¹⁷ MAGDALINO, P. (1993). The history of the future and its uses: prophecy, policy and propaganda. En: BEATON, R. y ROUCHÉ, C. (Eds.) *The making of Byzantine history*. Aldershot: Ashgate, 3-34.

colección que toma el nombre de *Patria Konstantinoupoleos*¹⁸ (de las que las Parastaseis son el segundo libro, tras un texto atribuido a Hesychio, de la edición de Preger de 1901). Se trata de un conjunto de relatos sobre los monumentos de Constantinopla. No es una guía topográfica sobre esos monumentos, tampoco es un tratado sobre su significación talismánica (la que nunca se explicita) sino un ensayo de evocación literaria. Evocación de un pasado misterioso y de los riesgos que corren los “filósofos/astrologos” que intentan develar sus secretos, enfatizando que sólo algunos pueden hacerlo y éstos guardan celosamente los secretos de su ciencia (la que les permite entender su significado oculto, comprender una fuerza que las habita y que emana de los astros, los elementos celestes que son “captados” por números y letras). Es un texto que reclama nuestra atención, como los oráculos y profecías. La estructura de estos textos, sin duda el resultado de una copia de conjunto de noticias diversas sobre la historia de Constantinopla dentro del marco de una tradición típica de la época, la de la *Syllogè*, para servir a la redacción de una obra histórica mayor, está siendo estudiada nuevamente en estos últimos años (Paolo Odorico, EHESS, Paris). Pero nuestra intención hoy ha sido señalar otro aspecto: esos textos vehiculizan ciertas tradiciones de interpretación histórica –en clave política contemporánea– realizadas en la calles de Constantinopla por “filósofos” que trabajaban sobre los omnipresentes monumentos de la ciudad (herederos de un Apolonio de Tyana que las Patria hacían actuar en Constantinopla en tiempos de Constantino en relación con la disposición de las estatuas). A partir de los monumentos sobre los que habla, el filósofo predice. Y sus predicciones son siempre consternadoras: la decadencia del género humano, la ciudad en manos de gobernantes tiranos.

Tomemos un ejemplo de esta dinámica: Asclepiodoro, bajo Anastasio, mirando la gran estatua (ζώδιον) del Hipódromo (la estatua en bronce del

¹⁸ Ed. Preger. Cf. PREGER, Th. (1901). *Scriptores Originum Constantinopolitanarum*. Leipzig: Teubner. Cf. también DAGRON, G. (1983). *Constantinople Imaginaire. Études sur le recueil des “Patria”*. Paris: PUF y CAMERON, A. y HERRIN, J. (1984). *Constantinople in the Early Eighth Century: The Parastaseis Syntomoi Chronikai. Introduction, Translation and Commentary*. Leiden: Brill.

Herakles sedente de Lyssipos, originalmente en Tarento, después en Roma y finalmente en Constantinopla en donde sería fundida en el s. XI) y que lleva la mano a su rostro declara: “O Poderosa, cómo todas las aspiraciones de los hombres se conciben en la cabeza de un solo hombre”. Y cuando alguien le señala las letras inscritas en el mármol, las lee y dice: “sería mejor morir antes de llegar a ver lo que sucederá, más me hubiera valido no haber leído esto”. Porque si las estatuas de la capital cuentan una historia es sobre todo y en principio, la de una decadencia de la que se hacen eco los autores de las noticias: tales y cuales estatuas han sido rotas, fundidas, destruidas por simple torpeza. Es por eso que pueden decir que todas las estatuas (*theamata*) terminarán, finalmente, en el fondo del mar, en preanuncio del fin de la ciudad. Esas estatuas son una población (de piedra, de bronce) que después de los grandes emperadores del primer siglo de la ciudad no se renuevan y que por eso ofrecen¹⁹ la imagen perfecta de una lenta decadencia. Los monumentos no son recuerdos históricos, ilustran una concepción catastrófica de la historia. Sobre este bajo continuo operan los filósofos, azuzando los temores populares. El sentido simbólico que les viene a las estatuas de Constantinopla de su transplante y de la pérdida de su sentido histórico original se transforman en un registro bien definido, de “*νοούμενον*”, “*noúmenon*”: “lo pensado” o “lo que se pretende decir”, que se impone sobre la realidad aparente. Aplicado al decurso del tiempo, ese simbolismo proyecta la incertidumbre sobre el pasado (ese origen desconocido de los monumentos que pueblan la ciudad) sobre un futuro del que se profetiza con seguridades esotéricas. Esas estatuas, está recopilado en nuestros textos y explicado por los filósofos, predicen una sucesión de reinados más o menos malos, la captura de la ciudad por los bárbaros (en principio pueblos rubios del norte, en alusión a los rusos que pueblan los textos proféticos bizantinos de esos siglos) y a continuación, el fin del mundo. Ese escenario final (escatológico) está descripto –e interpretado- en los textos apocalípticos que son, también ellos, parte del discurso aristocrático (*Apocalipsis*

¹⁹ DAGRON, 1983: 146.

del Pseudo Metodio y la figura en él del Último Emperador, exégesis de Daniel y del *Apocalipsis* de Juan en el Nuevo Testamento²⁰). Pero a los textos patriográficos les queda, desvelando el sentido oculto de los monumentos, de llenar el vacío de los tiempos intermedios con una innúmero descripción de pequeños acontecimientos y, sobre todo, osadía última, señalar eventualmente, que se está bajo el emperador reinante, en la antesala misma del final.

Es en esta actividad en donde podemos ver, efectivamente, parte de las dinámicas de participación política que canalizaban las expectativas populares y que, eventualmente, podían oponerse al discurso aristocrático sobre la ortodoxia política. Muchas gracias.

²⁰ Este último mucho menos comentado ya que no fue canónico en la Iglesia bizantina hasta el siglo XII; aunque tuvo, con todo, un puñado de importantes comentarios en los siglos previos a esa incorporación canónica (Andrés de Cesárea, Oecumenius, Arethas).

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

FRASCHETTI, AUGUSTO (2014). *Marco Aurelio. La miseria de la filosofía*. Madrid: Marcial Pons Historia, trad. Javier Arce Martínez. ISBN: 978-84-15963-09-7, páginas 315.

Marco Aurelio. La miseria de la filosofía es una lectura obligada para aquellos interesados en la historia de Roma. A diferencia de la mayoría de las biografías publicadas que resaltan de forma laudatoria el cumulo de valores, virtudes y bondad que habría tenido el emperador Antonino, Frascchetti nos propone una novedosa y, por qué no, revolucionaria percepción de Marco Aurelio. Lo muestra como un hombre hipócrita, que actuó en forma diferente a lo que escribió en sus aclamadas *Meditaciones* (pág. 175). Hombre sanguinario, perseguidor de cristianos (pág. 134) que arruinó las arcas de Roma a través de sus medidas y guerras desmedidas (pág. 242).

El presente texto es un libro póstumo del autor. Frascchetti murió antes de terminar la corrección del libro. Es por esta razón, que se encuentran algunos detalles de repetición, expresiones y notas sin corregir en el escrito. La obra original es el italiano y se publicó sin correcciones. La edición en español cuenta con 315 hojas, organizada en 11 capítulos más el epílogo, mapas y diversos índices que resalta la labor erudita del escrito. La traducción y prefacio estuvo a cargo de Javier Arce quien decidió mantener la versión original a pesar de los detalles anteriormente mencionados. Acertadamente, para mejorar su publicación eliminó las citas latinas y dejó las traducciones que realizó el autor. También, ofrece al lector, en el prefacio, las citas que Frascchetti menciona pero no llega a incluir en el texto original.

El autor desde la introducción se plantea la necesidad de esclarecer la figura “admirable” del emperador Antonino. Para lograr su objetivo, se sirve de fuentes epigráficas y literarias que va desmenuzando poco a poco para despojar la figura de Marco Aurelio del halo de magnificencia tradicional del emperador-filósofo. Podemos resaltar cuatro puntos principales en los que Frascchetti logra construir una nueva imagen de este emperador. El primero, desestimar la elección “del mejor” como sistema para garantizar la sucesión imperial cuando en realidad la dinastía Antonina, a partir de Trajano, utilizó la *domus Augusta* debido a la falta

de hijos varones. Asociado a este punto, podemos resaltar el “*familismo amoral*” de Marco al cancelar un compromiso matrimonial por uno más rentable con la hija de Antonino Pio. Además de obligar a su hija a desposarse, en reiteradas oportunidades, según sus intereses políticos. El tercero, la impensada y deficiente formación del emperador-filósofo en cuestiones de estado para haber confundido el erario público y el fisco imperial. Por último y, a opinión de Fraschetti el más grave, fue el accionar que tuvo su gobierno con el cristianismo. Estas cuestiones llevan al autor a dudar sobre la personalidad del Augusto hasta aceptar y ampliar la opinión de G. R. Stanto en la “escisión” entre el sabio Marco Aurelio y el Marco Aurelio emperador.

Augusto Fraschetti (1947-2007), profesor italiano de la Universidad di Roma La Sapienza, l'École Pratique des Hautes Études y la Universidad de Paris I Sorbona, fue especialista en la historia de la Antigüedad. Fructífero autor de obras históricas sobre Roma. Filólogo y traductor de obras clásicas. Discípulo de uno de los más destacados maestros italianos de la especialidad: Santo Mazzarino. La minuciosa labor al abordar de forma crítica las fuentes alejada de clichés, dan como fruto una excelente obra. Recomendable para todo amante y estudioso de la historia romana y en particular de la figura del nombrado emperador.

LORENA ESTELLER

BEARD, MARY (2016). *SPQR: Una historia de la antigua Roma*. Barcelona: Crítica, trad. Silvia Furió. I.S.B.N.: 978-8-498-92955-3, páginas 664.

A un año de su publicación, y tras haber sido galardonado con el Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales, el libro de la Dra. Mary Beard, *SPQR: Una historia de la antigua Roma*, de manos de la editorial Crítica, que mantiene su posición de vanguardia en sus producciones historiográficas, ha suscitado grandes expectativas en los lectores de lengua hispana.

La Dra. Beard, profesora de Clásicos de la Universidad de Cambridge, *fellow* del Newnham College y profesora de Literatura Antigua de la Real Academia de Artes, conocida por sus obras de divulgación histórica, mantiene esta línea en este libro que, sin embargo, combina con cierta rigurosidad

científica, lo que lo hace igualmente apreciado tanto como para aquellos que se introducen en la Antigüedad Clásica, como también para quienes se han abocado a los estudios clásicos.

La obra, dividida en doce capítulos, profundiza en los aspectos sociopolíticos, culturales y cosmovisionales a lo largo de mil años de historia de la Antigua Roma (desde su fundación, en el año 753 a.C., hasta el Edicto de Caracalla, en el año 212 d.C.) mediante el uso de un léxico ameno que, sumado a la utilización de imágenes, permite al lector formar una representación de la época, las situaciones y las personas relatadas. Asimismo, cada capítulo plantea una serie de interrogantes que la autora usará como guía del relato y a los cuales evita dar respuestas taxativas, lo que da lugar al lector a sacar sus propias conclusiones. No obstante, la obra no ofrece un análisis profundo de las fuentes más hace aclaraciones de rigor sobre estas.

El prólogo del libro marca, desde el inicio, el carácter de la obra. No sólo nos señala el impacto de la antigua Roma en la actualidad, sino también de la importancia que tiene la renovación bibliográfica a pesar de la numerosa producción sobre el tema. Además, el capítulo 1 marca un segundo punto a tomar en cuenta, a saber, el *leitmotiv* ciceroniano del libro, ya que es a partir de Cicerón (la obra comienza en el año 63 a.C. con el juicio a Catilina) que la autora va a analizar la antigüedad romana. Este punto de inicio le permite aprovechar la gran variedad de fuentes contemporáneas no solo para observar la sociedad romana en detalle, sino también porque es en este momento que los propios romanos comenzaron a escribir su historia. Es por ello que este enfoque le da un carácter de originalidad a la obra, ya que desde un primer momento nos adentra en la historia de Roma en uno de sus momentos más convulsivos y mejor documentados, la Conjuración de Catilina. Por lo demás, la obra nos ofrece una visión alternativa de la historia de Roma más sin dejar de presentar el relato tradicional que impera en los estudios clásicos.

Finalmente, el epílogo cierra el relato en el año 212 d.C. con el Edicto de Caracalla, que, para la autora, pone fin a la Roma clásica y da inicio a una nueva etapa, con nuevas estructuras y nuevas dinámicas que cambian a Roma profundamente y nos dirigen hacia la Edad Media; además de ofrecer una serie de conclusiones sobre la importancia de Roma y su herencia a la civilización occidental.

En conclusión, *SPQR: Una historia de la antigua Roma* es un libro cuyo carácter divulgativo permitirá alcanzar a una gran variedad de lectores gracias a su

lenguaje sencillo mas sin dejar de ofrecer un grado de cientificidad que hará que el lector pueda indagar y reflexionar sobre la historia de Roma.

RODRIGO CANDIANO

CAMPBELL, BRIAN (2013). *Historia de Roma. Desde los orígenes hasta la caída del Imperio*. Barcelona: Crítica, trad. Julia Alquézar. ISBN 978-84-9892-55-7, páginas 432.

Este libro, como nos indica el autor, ha sido resultado del propósito de Yale University Press para publicar una Historia de Roma “sin la tiranía de las notas al pie y que realmente pudiera ser útil” (pág. 9). En apariencia simple, esta aspiración impone a un historiador académico múltiples desafíos. Comprometido con sus objetivos, Brian Campbell (Queen’s University of Belfast) buscó darle lugar a toda la evidencia y enfoques disponibles en “una guía sencilla del mundo romano para un público general y para estudiantes” (*Id.*). De esta manera, Campbell se mete de lleno en la discusión sobre la necesidad de conjugar la producción científica con la difusión cultural. Un espacio, éste último, que si la academia abandona, queda librado a divulgadores muy bien intencionados pero, en ocasiones, desprovistos de la rigurosidad metodológica necesaria para proyectar un puente sostenible entre los documentos y la narración.

El libro se encuentra estructurado en diez capítulos que siguen un orden cronológico desde los primeros asentamientos en el Lacio hasta el 476. La titulación escogida para los primeros dos capítulos, “La conquista de Italia”, “La conquista del Mediterráneo”, vaticina de qué se trata el libro: la historia de un imperialismo. El eje que subyace, en congruencia con la especialidad del autor, es la cuestión militar. El primer capítulo, que abarca del 1000 al 264 a.C., aborda las huellas arqueológicas del periodo monárquico y los mitos fundacionales; la influencia etrusca en aquél momento y su aporte institucional. El conflicto de órdenes, se explica en el contexto de la consolidación del dominio de Roma sobre Italia. Proceso que describe con prosa vigorosa, mapas didácticos y atendiendo a cuestiones muchas veces soslayadas como acuerdos diplomáticos, el apoyo de las clases ricas aliadas y la identificación de los municipios con Roma. Por otra parte, Campbell no deja de encarar el problema de las fuentes relativas al periodo: “La arqueología no puede erigirse por sí sola como una especie de talismán que sirva para verificar o contradecir a los escritores de la Antigüedad. De hecho, la

evidencia arqueológica en sí misma requiere un contexto que se obtiene mediante la interpretación de los textos literarios” (pág. 38).

Con una ágil y concisa narrativa, el segundo capítulo aborda desde la Primera Guerra Púnica a la destrucción de Cartago (264-146 a.C.). Apoyándose en didácticos cuadros y mapas, para cada fase, describe los procesos en sus aspectos militares y estratégicos. Campbell es, sin dudas, un historiador de la guerra. Cada conflicto, es cuidadosamente puesto en contexto, analizando la situación de los enemigos al momento del enfrentamiento y las estrategias de dominio y sujeción resultantes. La impresión que transmite para este periodo, es la de una evolución en la agresividad. “A posteriori, puede parecer que la expansión romana era algo inevitable, pero es una idea equivocada, ya que la realidad era mucho más compleja. No existía un plan coherente de conquista del Mediterráneo parte por parte” (pág. 72). Los efectos socio-económicos de la expansión, son observados en el tercer capítulo, “La transformación de Roma”, que implicó el paso de la ciudad-estado a la ciudad-mundo. En general, el autor asume posturas mediadoras entre las líneas interpretativas planteadas por la historiografía sobre los múltiples problemas sociales abordados. Respecto de la cuestión social, una de las debilidades del texto se percibe en cierta falta de definición para referirse a la aristocracia romana. Alternativamente la llama, “aristocracia”, “clases superiores”, “oligarquía”, “elite gobernante”, todos conceptos legítimos pero sobre los que habría que especificar su ámbito y composición.

Entre las virtudes del trabajo, podemos destacar la buena costumbre de iniciar los capítulos o apartados con testimonios documentales (Tito Livio, Polibio, Salustio, etc.) que sirven de disparador para la ampliación del tema en cuestión. Al mismo tiempo, la referencia a las fuentes primarias como bastón de apoyo de las argumentaciones es recurrente. El capítulo cuarto, “La cloaca de Rómulo” (146-31 a.C.), mantiene el patrón. Como en el resto del trabajo, el relato es ágil y atrapante. Pero el espacio para las varias interpretaciones que han tenido lugar para este periodo clave es ínfimo. Más allá del sugerente título, carece de una esperable reflexión teórica sobre la crisis de la república. Algo similar sucede en el quinto capítulo, “Augusto y el Nuevo Orden”. La visión que propone, aunque cuidadosa, resulta un tanto simplificada. Y si bien acentúa el carácter militar del liderazgo del emperador, tal vez deja de lado algunas particularidades importantes de su rol como autócrata, las novedades socio-políticas que significaban la aparición de la corte imperial y su diálogo con la aristocracia. Ciertamente, estos aspectos aparecen de manera intuitiva, como cuando afirma que Augusto “jamás llegó a resolver las contradicciones de su posición política”.

Pero estas contradicciones, en las que varios especialistas han empezado a incursionar, deberían tomarse más detenidamente en cuenta en un manual novedoso.

En contrapartida, otra de las fortalezas del libro de Campbell es su inteligente selección de la evidencia epigráfica que tiene a disposición y que nos dan una idea de cómo los asuntos eran percibidos y comunicados más allá del “ombligo del mundo”. En el capítulo seis, “El gobierno del Imperio”, si bien la historia de los emperadores (14-235) sigue casi al pie de la letra el libreto tradicional, el análisis de la administración imperial dispone de momentos destacables. Echando mano de un oportuno material epigráfico, analiza aspectos muy interesantes muchas veces soslayados en este tipo de manuales. Como el trabajo diario de un gobernador provincial y la disposición de fuentes para la economía imperial.

El capítulo séptimo es el corazón de esta *Historia de Roma*. En primer lugar encontramos un panorama detallado y claro de la organización militar del Imperio y el despliegue estratégico. Para cada aspecto se conduce con un concienzudo uso de fuentes. Aparte de las cuestiones formales mencionadas, Campbell incursiona en las aspiraciones de los soldados, los motivos de queja, su situación material en relación al resto de la sociedad romana, el carácter multiétnico de las unidades militares. En esta dirección, una novedad del autor parece ser la noción del ejército como una “comunidad militar autosuficiente”, con sus rituales, ceremonias y sistema de lealtades. En segundo lugar, aborda los efectos sociales, económicos y culturales de la presencia y acción del ejército a lo largo del Imperio. Por ejemplo, su impronta sobre los mercados provinciales como agente permanente de consumo, en la urbanización y construcción de caminos, e incluso en la literatura. Frente a todo este impacto “humanitario”, Campbell no olvida que “la destrucción total fue siempre una opción” (pág. 243).

El octavo capítulo “El mundo de la Roma imperial” nos pone en conocimiento acerca de cómo era vivir en el imperio. Era de esperar que un especialista en temas militares se metiera en la cuestión de la “romanización”, a la que se refiere como “un camino de doble sentido” (pág. 260). No obstante, queda la sensación que el concepto no es problematizado lo suficiente, sobre un tema del que han surgido variadas discusiones, aportes y teorías. Por otra parte, aparece una mirada renovadora y refrescante al rescatar cuestiones como las ocupaciones de la plebe, el rol de los collegia y el patronazgo local como instrumento de cohesión social. La sociedad romana imperial es descrita con sus contrastes, sumergiéndose en la vida familiar y la religión. Cada paso del capítulo es jalonado

por una adecuada selección epigráfica, mientras que el apartado correspondiente a la “vida intelectual” resulta una excusa para evaluar las fuentes historiográficas del periodo imperial, sus condiciones retóricas y la ideología subyacente.

Los últimos dos capítulos cierran el periodo imperial (235-476) y con él, al libro. Aquí recorre los aspectos clásicos de la crisis del siglo III desde una matriz que pondera principalmente las cuestiones militares. Finalmente, el último capítulo, “El Imperio Cristiano”, resulta planteado a partir de múltiples problemas: la cuestión sucesoria del sistema tetrárquico, el problema de las fuentes atravesadas por el conflicto cristiano-pagano, la “barbarización” del ejército, la progresiva aparición de una burocracia bajo-imperial. En relación a Constantino retoma la cuestión de su conversión, saliendo de aquella noción que hablaba de un “mero pragmatismo” y su relación con la Iglesia (primero ambivalencia, luego alianza explícita). De forma similar al tratamiento que le da a la figura de Dioclesiano, en la controversia historiográfica en torno de Juliano el Apóstata, aparece una línea más bien reivindicativa que destaca el carácter militar de su figura en oposición a las fuentes cristianas. En este final, se percibe la carencia de algún detenimiento en la cuestión de la barbarie como tópico.

Un manual que ofrece muchas respuestas pero carece, según creemos, de algunas preguntas. Preguntas que le den cierto perfil interpretativo a una narrativa que se presenta más bien fáctica. No obstante ello, el actualizado y abultado corpus bibliográfico que adjunta el autor, garantiza la lectura de un manual académico de importancia y del cual uno se puede fiar. Al mismo tiempo, los mapas, la interesantísima recopilación epigráfica, el tratamiento de algunos temas novedosos, sobre todo militares, y la inclusión de imágenes destacables, hacen de este libro un aporte valioso tanto para el “gran público” como para el mundo universitario. Destacamos, finalmente, la apuesta perenne de editorial Crítica por promocionar los estudios históricos en general y clásicos en particular, así como también la cuidadosa labor de su traductora, Julia Alquézar.

JUAN PABLO ALFARO